

**Universidad de la República
Facultad de Ciencias Sociales
Instituto de Ciencia Política**

***De Capuletos y Montescos
Familias político - ideológicas en el sistema de partidos
del Uruguay post dictadura***

**Andrea Delbono
Monografía Final de la Licenciatura en Ciencia Política
Tutora: Dra. Constanza Moreira**

Julio de 2010

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
I. MARCO TEÓRICO.....	7
Sección I. ESTRUCTURACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS Y COMPETENCIA POLÍTICA A LA LUZ DE LA DIMENSIÓN IDEOLÓGICA.....	7
I.1. LOS SISTEMAS DE PARTIDOS: CONCEPTO Y PRINCIPALES PROPIEDADES DE ANÁLISIS.....	7
I.1.1. Conceptualización de los sistemas de partidos.....	7
I.1.2. El criterio numérico.....	7
I.1.3. La forma de la competencia interpartidaria y la polarización ideológica.....	8
I.1.3.a. La forma y la dirección de la competencia interpartidaria.....	8
I.1.3.b. La polarización ideológica.....	9
I.1.4. El nivel de institucionalización.....	11
I. 2. PARTIDOS Y ELECTORES A TRAVÉS DEL ESPACIO IDEOLÓGICO.....	12
I.2.1. Competencia política espacial: el modelo de Downs.....	12
I.2.2. Aportes para el modelo de competencia espacial.....	14
I.2.2.a. Percepción y posicionamiento en torno a cuestiones (<i>issues</i>).....	14
I.2.2.b. La identificación partidaria.....	14
I.2.2.c. La imagen de los partidos.....	15
I.2.2.d. Percepción e imagen de las posiciones.....	15
I.2.3. Los dos componentes de la dimensión ideológica: el enfoque Inglehart-Klingemann.....	16
Sección II. EL SISTEMA DE PARTIDOS EN URUGUAY: DEL BIPARTIDISMO PRAGMÁTICO A LA CONFIGURACIÓN DE LAS FAMILIAS IDEOLÓGICAS.....	18
II.1. EL BIPARTIDISMO FUNDACIONAL.....	18
II.1.1. Dos partidos y dos ‘subsociedades’ integradas.....	18
II.1.2. La fraccionalización del sistema de partidos.....	19
II.1.3. ¿Dos partidos pragmáticos y múltiples fracciones ideológicas?.....	20
II.2. QUIEBRE DEL “DUOPOLIO”, REALINEAMIENTO DEL SISTEMA DE PARTIDOS Y PASAJE DE LA COMPETENCIA PRAGMÁTICA A LA IDEOLÓGICA.....	21
II.2.1. El corrimiento hacia la derecha de los partidos tradicionales y el surgimiento de un tercer actor por la izquierda del espacio ideológico en la hora de la crisis estructural.....	21
II.2.2. El “triumfo del centro” en la hora de la redemocratización.....	22
II.2.3. La recolocación de las posiciones ideológicas en los albores del “presidencialismo de coalición”.....	23
II.2.4. El país de los tres tercios.....	24
II.2.5. De los tres tercios a los dos bloques ideológicos.....	25
II.2.6. (Re) Unificación y triunfo del bloque desafiante.....	27
II. MARCO METODOLÓGICO.....	29

II.1. CONCEPTOS A CONSIDERAR.....	29
II.2. OBJETO DE ESTUDIO.....	30
II.3. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	30
II.4. PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN.....	30
II.5. HIPÓTESIS DE INVESTIGACIÓN.....	31
II.6. DIMENSIONES, VARIABLES E INDICADORES DE ANÁLISIS.....	31
II.7. FUENTES DE INFORMACIÓN.....	32
III. ANÁLISIS.....	34
Sección I. LA DIMENSIÓN IDEOLÓGICO – ESPACIAL: IZQUIERDA, DERECHA Y POLARIZACIÓN EN EL SISTEMA DE PARTIDOS..... 34	
I.1. PARTIDOS Y ELECTORES EN EL EJE IZQUIERDA – DERECHA.....	34
I.1.1. Partidos y líderes a través de la imagen de posición percibida por la opinión pública.....	34
I.1.2. Autoimagen y percepción de posición de la opinión pública.....	38
I.2. FAMILIAS POLÍTICAS Y POLARIZACIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS.....	40
I.2.1. La configuración de dos familias políticas en el sistema de partidos.....	40
I.2.2. Bipolaridad y polarización ideológica del sistema de partidos.....	42
Sección II. LA DIMENSIÓN POLÍTICA: CULTURA POLÍTICA DEMOCRÁTICA E INVOLUCRAMIENTO CIUDADANO..... 44	
II.1. VALORACIÓN DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS.....	44
II.1.1. Valoración del régimen democrático y del voto por parte de la opinión pública.....	44
II.1.2. Valoración de los partidos políticos por parte de la opinión pública.....	45
II.2. GRADO DE INTERÉS E INVOLUCRAMIENTO POLÍTICOS.....	47
II.2.1. Proximidad de la opinión pública con los partidos políticos.....	47
II.2.2. Importancia, interés, proximidad y participación política.....	49
Sección III. LA DIMENSIÓN SOCIO – ECONÓMICA: EL DEBATE ESTADO – MERCADO..... 51 LA PARTICIPACIÓN DEL ESTADO EN LA ECONOMÍA Y EN LA SOCIEDAD 51	
Sección IV. LA DIMENSIÓN SOCIO – MORAL: LAICIDAD VS. RELIGIOSIDAD Y CONSERVADURISMO VS. PROGRESISMO..... 53	
IV. 1. SECULARIZACIÓN TEMPRANA Y LEYES “DE AVANZADA”	53
IV. 2. LA “MORAL SECULAR” VS. LA “MORAL CONFESIONAL”.....	53
IV. 3. LA “MORAL CONSERVADORA” VS. LA “MORAL PROGRESISTA”.....	55
IV.3.1. La posición sobre el divorcio.....	55
IV.3.2. La posición sobre el aborto.....	56
IV.3.3. La posición sobre la homosexualidad.....	57
IV. CONCLUSIONES.....	58
IV. 1. PASANDO RAYA.....	58
IV. 2. REFLEXIONES FINALES.....	59
ANEXO.....	62

BIBLIOGRAFÍA.....73

NOTAS.....80

“...Para los partidos tradicionales, el Frente Amplio [es] su adversario principal (...) el intruso político que rompe el oligopolio bipartidista tradicional. Bien sabemos que todo sistema multipartidista es inestable y tiende a la recomposición de un bipartidismo. En el largo plazo, pues el Frente Amplio amenaza la vida de uno de los dos partidos tradicionales (...). En lo profundo, tanto el Partido Colorado como el Partido Nacional son los opositores naturales a los intereses que representa el Frente Amplio (...). Por un lado están los que defienden un Uruguay tradicional, por otro los que queremos cambiarlo”.

Liber Seregni, fragmento de discurso pronunciado en un acto partidario, 22.05.1985 (tomado de Lanzaro 2001: 157).

“...Ha de pensarse que la segunda vuelta [es una] oportunidad de reflexionar y elegir por familia ideológica...”.

Julio María Sanguinetti, “Hacia la reforma política”, extracto de artículo publicado en el semanario *La Prensa*, 03.11.1995 (tomado de Lanzaro 2001: 157).

“...Las urnas emitieron un claro mensaje en el sentido de que el sistema de partidos dispersos se desdibuja y comienza a ser reemplazado por corrientes ideológicas, una de centro y otra de izquierda. Reconocerlo y hacer los ajustes necesarios es el único camino para transitar hacia un bipartidismo del estilo que predomina en los países más desarrollados que permita una alternancia no traumática de partidos y una normal rotación en el poder”.

Fragmento de editorial del diario *El Observador*, 01.11.1999 (tomado de Aguiar 1999).

“...Blancos y colorados somos partidos distintos [pero] tenemos que admitir que a pesar de todo lo que nos separó, nos separa y nos seguirá afortunadamente separando (...) nos vincula una misma concepción de lo que debe ser el país, una misma definición filosófica liberal en el cabal sentido de la palabra y la convicción de cuál es el camino por el que debe transitar este Uruguay (...). [Por lo tanto,] quienes se presentaron divididos, pero coincidiendo en lo básico (...) ahora deben unirse en un solo bloque”.

Editorial del diario *El País*, noviembre de 1999 (tomado de Aguiar 1999).

“Como está hoy dispuesto el sistema electoral, la cosa no es, a mi juicio, entre el Partido Colorado y el Partido Nacional, sino entre el Frente Amplio y otro partido, en este caso el Partido Colorado. El candidato del Partido Colorado representa entonces mucho más que el Partido Colorado. Significa votar por mantener ese concepto filosófico al que yo hago referencia. O sea que al final será entre un partido marxista y un partido liberal”.

Jorge Batlle en declaraciones realizadas al Semanario *Búsqueda*, 14.10.1999 (tomado de Lanzaro 2001:181).

Periodista del diario Clarín: “Usted dice que se terminó el bipartidismo clásico. ¿Hay ahora un nuevo bipartidismo, entre las fuerzas tradicionales y la centro izquierda?”

Tabaré Vázquez: “Yo creo que sí (...) creo que la tendencia va a ser la de definir entre conservadores y progresistas”.

Fragmento de entrevista publicada en el diario *Clarín* de Buenos Aires, 14.11.1999 (tomado de Lanzaro 2001:181).

“Aunque no compartimos la definición de las ‘familias ideológicas’ del Dr. Julio Sanguinetti, entendemos que existe una similitud y un paralelismo entre los autodefinidos blancos y colorados en los temas esenciales de la vida del Uruguay moderno, que en el debut del sistema de segunda vuelta en noviembre de 1999, quedó expresamente manifiesto. Quizás, las semejanzas se den con más fuerza entre los votantes que lo que se da en los cuadros directrices de nuestros partidos, en donde las diferencias juegan entre otras cosas por factores personales, en sus liderazgos y muchas veces refiere más a lo instrumental que a lo esencial”.

Álvaro Alonso, *“La mesa está servida”*, fragmento de boletín publicado en la publicación *Compromiso 903* de la Lista 903 del Partido Nacional, 09.09. 2004.

INTRODUCCIÓN ¹

Durante casi un siglo y medio, entre el nacimiento del Estado uruguayo a la vida independiente y el último tercio del siglo XX, los partidos políticos tradicionales, el Partido Colorado y el Partido Nacional o Blanco, dieron forma a un sistema bipartidista, a la luz del cual, coexistieron en Uruguay “dos ‘*subsociedades*’” (Real de Azúa 1984: 29), dos bandos que implicaban una pertenencia social en sentido clánico, correspondientes por un lado al “ser blanco” y por el otro al “ser colorado” (Bottinelli 2010). Tras dejar atrás una decimonónica etapa de crudas guerras civiles, los dos partidos fundacionales, distintos mas no antagónicos, se adaptaron a las reglas del pluralismo político, cooperando y coparticipando en el gobierno en clave pragmática, y dando paso a la construcción de una de las democracias más firmes y socialmente enraizadas del concierto latinoamericano.

Cuando hacia 1971, en un contexto de crisis económica, encendidas crispaciones sociales y creciente deslegitimación del sistema político, una nueva fuerza política, el Frente Amplio, irrumpió desde la izquierda del sistema de partidos rompiendo con el viejo bipartidismo, dicho sistema partidista no sólo experimentó un cambio de formato hacia el pluripartidismo, sino también el pasaje de una política pragmática a una ideológica. La ideologización en clave izquierda-derecha que hasta entonces no había tenido mayor cabida en la cultura política uruguaya, se instaló así tanto en los partidos como en la opinión pública.

Luego de que los virulentos acontecimientos acaecidos en el país durante el decenio de los sesenta y comienzos de los setenta, desembocaran en más de una década de autoritarismo cívico-militar, la dicotomía izquierda-derecha se consolidó como “...*uno de los modos privilegiados en que los uruguayos ‘significan’ el mundo político que se les ofrece*” (Moreira 1997: 120). Ahora bien, en el “partidocrático” Uruguay (Caetano, Rilla y Pérez 1988), el modo por antonomasia a través del cual los ciudadanos decodifican el universo político, está dado por los partidos, los cuales, a su vez, desde la conversión de la política pragmática a la ideológica, están fuertemente marcados por las imágenes de izquierda y derecha.

Tras la recuperación de la institucionalización poliárquica, el multipartidismo quedó ratificado. Asimismo, elección tras elección, los lemas tradicionales veían mermar su caudal de votos en favor de un Frente Amplio que desde la izquierda/centro-izquierda del espacio ideológico, se expandía electoralmente, “desafiando” (González 1999) la permanencia de blancos y colorados en el gobierno nacional. Planteado este escenario, los partidos fundacionales, que a pesar del pragmatismo que antaño había signado a la competencia política en Uruguay, siempre habían albergado en su interior unas fracciones más liberales y otras más conservadoras, iniciaron un proceso de acercamiento ideológico en el cual fueron despojándose de sus alas de centro-izquierda y convergiendo en la centro-derecha del mapa político, al tiempo que mediante coaliciones gubernamentales bicolores, incursionaron en ensayos de cooperación sin precedentes en la historia política del país. Todo este proceso se vio a su vez acentuado por las nuevas reglas electorales que introdujo la reforma constitucional de 1996. El sistema de partidos se encaminó entonces, hacia una mecánica de funcionamiento bipolarizada en torno a dos bloques partidarios que estructuraban su competencia, precisamente, en clave ideológica.

En este contexto, tanto en el ámbito político como en el académico, afloró un debate acerca de la configuración de dos nuevos bandos en el Uruguay de la post transición: dos familias ideológicas de partidos, una de ellas ubicada en la izquierda/centro-izquierda del espacio ideológico e integrada por el Frente Amplio y las alianzas electorales que éste fue tejiendo (desde el Encuentro Progresista - Frente Amplio hasta el Encuentro Progresista - Frente Amplio - Nueva Mayoría), y la otra constituida por los partidos Nacional y Colorado, y asentada en la centro-derecha/derecha del espectro.

El presente trabajo tiene como propósito investigar si en las dos décadas transcurridas entre la reinstauración democrática y el arribo del Frente Amplio en el Poder Ejecutivo nacional y en ocho de los diecinueve gobiernos departamentales del país, el sistema partidista efectivamente evolucionó hacia la conformación de dos familias ideológicas. A partir de información secundaria proveniente de distintos estudios de opinión pública, se analizará si en Uruguay, a lo largo del período 1985-2005, se constituyeron dos “familias político-ideológicas” con patrones de cultura política propios. Para ello, se estudiará la evolución del posicionamiento de los partidos políticos y sus principales dirigentes en el eje izquierda-derecha, desde la óptica de la opinión pública; y asimismo, se analizará la autopercepción de ubicación de los votantes de cada partido en dicho eje y su orientación en relación a un conjunto de valores y asuntos políticos, socio-económicos y socio-morales de relevancia.

Con tal norte fijado, esta monografía se articula en cuatro capítulos:

i) el primer capítulo, subdividido a su vez en dos secciones, pasa revista en la primera de ellas, a las principales teorías sobre sistemas de partidos, de forma tal de proporcionar un marco para el abordaje del caso del sistema partidista uruguayo, cuya evolución histórica se describe en la segunda sección;

ii) el segundo capítulo presenta el encuadre metodológico que guía la investigación, detallando el objeto a estudiar, los objetivos planteados, la pregunta e hipótesis de investigación, y también, las dimensiones, variables e indicadores de análisis, y las fuentes de información a utilizar para llevar adelante la indagación;

iii) el tercer capítulo se centra en el análisis propiamente dicho, y se secciona en cuatro partes correspondientes a cuatro dimensiones de estudio: la dimensión ideológico-espacial en términos de izquierda-derecha; la dimensión política; la dimensión socio – económica y la dimensión socio – moral;

iv) por último, el cuarto capítulo sintetiza las conclusiones a las que arriba la investigación y plantea unas breves reflexiones.

I. MARCO TEÓRICO

Sección I. ESTRUCTURACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS Y COMPETENCIA POLÍTICA A LA LUZ DE LA DIMENSIÓN IDEOLÓGICA

I. 1. LOS SISTEMAS DE PARTIDOS: CONCEPTO Y PRINCIPALES PROPIEDADES DE ANÁLISIS

I. 1. 1. Conceptualización de los sistemas de partidos

El politólogo alemán Dieter Nohlen (1994: 38) define a los sistemas de partidos como “...*la composición estructural de la totalidad de los partidos en un Estado*”, en tanto el italiano Stefano Bartolini (1988: 219), siguiendo a su compatriota Giovanni Sartori [1976]², concibe a los mismos como “...*el resultado de las interacciones entre las unidades partidistas que lo componen; más concretamente [como] el resultado de las interacciones que resultan de la competición político-electoral*”. En esta línea, en el ámbito de la política pluralista y competitiva, la idea de unidades interactuando dentro de un Estado, implica que todo sistema de partidos deba contar con al menos dos elementos que lo estructuren y establezcan relaciones de competencia entre sí.

En estas conceptualizaciones, entonces, ya se trazan al menos dos propiedades claves para el análisis de los sistemas partidistas: la *cantidad de partidos* que los conforman y el *tipo de competencia* que estos desarrollan. Aditivamente, el estudio de los sistemas de partidos resulta de capital importancia en función de su vinculación con el funcionamiento y la estabilidad de los sistemas políticos en los que se inscriben. En el marco de regímenes políticos democráticos, la estabilidad exige que las unidades partidarias que interactúan en el sistema sean precisamente firmes y estables, siendo asimismo representativas de la ciudadanía. De esta forma, el desempeño democrático de un Estado, puede analizarse a la luz de su relación con una tercera propiedad central de los sistemas partidistas: la estabilidad o *nivel de institucionalización* de estos últimos.

En el entendido que configuran los ejes neurálgicos en el estudio de los sistemas de partidos, a continuación, pasaremos revista a las siguientes tres propiedades o características sistémicas abordadas por la literatura: i) el número de partidos existentes en un sistema dado; ii) la forma en la que éstos compiten y la distancia ideológica que los separa y; iii) el nivel de institucionalización de los sistemas partidistas.

I. 1. 1. El criterio numérico

Los enfoques teóricos centrados en el número de partidos, constituyen una primera aproximación al análisis de los sistemas de partidos. La larga lista de investigadores abocados al estudio de esta propiedad, tiene entre sus precursores a Maurice Duverger [1951]³, quien hacia el decenio de 1950, clasificó a los sistemas partidistas de las democracias liberales -propios de los regímenes pluralistas- según su grado de fragmentación en: i) sistemas bipartidistas (como Gran Bretaña y Estados Unidos) y ii) sistemas multipartidistas (tales como Francia e Italia). El autor también se refirió a los formatos monopartidistas, mas como una expresión de los regímenes autoritarios, en los que la política competitiva no tiene cabida. Duverger trazó una relación entre el formato del sistema y la estabilidad política esperable en el mismo, en el entendido que los bipartidismos manifestaban mayor estabilidad y una oposición al gobierno más moderada que los multipartidismos, donde habría más lugar para la confusión y menos para la previsibilidad.

En las postrimerías de la década del sesenta, Jean Blondel (1968), si bien se valió del criterio numérico para desarrollar su tipología de sistemas partidistas, lo hizo incorporando una segunda variable: el *tamaño* de los partidos en competición. Así, el autor distinguió entre: i) sistemas de dos partidos; ii) sistemas de dos partidos y medio; iii) sistemas multipartidistas con un partido dominante y; iv) sistemas multipartidistas sin ningún partido dominante⁴.

Sartori [1976] por su parte, en su clásica obra de los años setenta “*Partidos y Sistemas de Partidos*”, también realiza un abordaje desde la aproximación morfológica, aunque afinándolo bastante más y –como veremos en páginas subsiguientes-, complementándolo con otras variables. En un Estado pueden convivir varios partidos políticos, sin embargo, no todos ellos son necesariamente tomados en cuenta a la hora de “contar” quiénes integran y dan forma al sistema de partidos. Según Sartori, para que un partido “importe” a tales efectos, deberá, o bien, tener la posibilidad de formar gobierno o de ser parte de una coalición gubernamental, o bien, ostentar la posibilidad de chantajear al gobierno desde la oposición, es decir, tener la capacidad de alterar las tácticas de competencia del (los) partido(s) gobernante(s). Atendiendo a este criterio numérico, el mencionado autor, complejiza la distinción entre monopartidismo, bipartidismo y multipartidismo, elaborando una *clasificación* de los sistemas de partidos conforme a siete categorías: i) sistemas de *partido único*; ii) sistemas de *partido hegemónico*; iii) sistemas de *partido predominante*, iv) sistemas *bipartidistas*; v) sistemas de *pluralismo limitado*; vi) sistemas de *pluralismo extremo* y; vii) sistemas de *atomización*⁵.

En la actualidad, la cantidad de partidos en competencia, sigue considerándose una propiedad central a la hora de clasificar los sistemas partidistas. No obstante, la teoría ha avanzado en la forma de medir la fragmentación. En este sentido, las dos normas definidas por Sartori para contar las unidades que “importan” dentro de un sistema, han cedido el paso a la aplicación del índice instrumentado por Markku Laakso y Rein Taagepera (1979)⁶ y luego por Taagepera y Matthew Shugart (1989)⁷, que calcula el *número efectivo de partidos* (NEP)⁸ existentes en un sistema, ponderados de acuerdo a su peso electoral (*número efectivo de partidos electorales*) o su peso legislativo (*número efectivo de partidos parlamentarios*)⁹.

Ahora bien, conocer cuántas unidades partidarias compiten dentro de un sistema, sólo nos proporciona información sobre el *formato* del mismo. Nada nos dice, empero, sobre las interacciones de los partidos, es decir, sobre la forma en la que compiten. En tal sentido, Sartori considerará que para realmente entender los sistemas partidistas es menester recurrir a otras variables además del mero conteo de los partidos.

I. 1. 3. La forma de la competencia interpartidaria y la polarización ideológica

I.1.3.a. Forma y dirección de la competencia partidaria

Una segunda propiedad anotada por Sartori, alude entonces, a la forma de competencia que los partidos desarrollan, en otras palabras, refiere a la *mecánica* con la que funciona el sistema. A partir de la distribución de partidos y votantes a lo largo de una escala de diez puntos que se extiende desde una posición de extrema izquierda (0 ó 1)^{10 y 11}, hasta una de extrema derecha (10), los partidos competirán, o bien, direccionados hacia el centro del *continuum*, en clave *bipolar*, o bien, hacia los polos, en clave *multipolar*.

La escala de diez (u once) puntos, es un instrumento de medición extensamente adoptado por las ciencias sociales en general y por la ciencia política en particular, que permite conocer las percepciones ideológicas de actores políticos y ciudadanos en relación a un conjunto de temas políticos importantes y a partir de ellas, predecir comportamientos políticos y electorales. La dimensión ideológica, a través de las imágenes de izquierda y derecha, ayuda a ordenar y simplificar la multidimensional y siempre compleja realidad política, constituyendo una suerte de atajo mental para los votantes. Estos

podrán basar sus decisiones electorales mediante la comparación de sus propias preferencias ideológicas con respecto a las asumidas por (léase, las que *creen* que asumen) los partidos y candidatos en competición. Según esta lógica, los ciudadanos tenderán a apoyar aquellas opciones partidarias que consideren ideológicamente más cercanas a las propias dentro del continuo izquierda-derecha.

La modalidad de competencia direccionada hacia el centro, implica una distribución “normal” o *gaussiana* del electorado en el eje ideológico, donde los partidos, ya sean de izquierda o de derecha, moderarán sus discursos y programas con miras a captar la adhesión del centro del espectro político. Dado que los votantes posicionados en los extremos de la escala ya estarían en buena medida cautivos por sus respectivos partidos (de izquierda o de derecha), en el marco de una distribución electoral con curva acampanada, serán los electores concentrados en el centro del *continuum* quienes definen el resultado de los comicios y constituyen por tanto, el preciado botín a disputar. Es por ello que la mecánica de competencia es bipolar, direccionada por tendencias *centrípetas*.

En la modalidad de competencia orientada hacia los extremos, en cambio, la distribución ideológica de los votantes, lejos de tomar la forma de la campana de Gauss, exhibe el fortalecimiento de uno de los polos del continuo (o incluso de ambos) en detrimento del apoyo electoral volcado hacia el centro político. De esta manera, los partidos compiten hacia los extremos del espectro ideológico, orientados por impulsos *centrífugos* donde la mecánica competitiva es multipolar.

1.1.3.b. La polarización ideológica

La incorporación de la dimensión ideológica y de las categorías izquierda-derecha a la hora de analizar la estructuración de la competencia partidaria, implica un aporte cualitativo al estudio de los sistemas de partidos. Si bien la contribución más importante en este sentido se debe a Sartori, sus antecedentes ya se encuentran en Joseph La Palombara y Myron Weiner (1966)¹², quienes clasificaron los sistemas partidistas distinguiendo entre sistemas competitivos y no competitivos y asimismo, tomando en consideración el comportamiento u orientación de los partidos entre el polo ideológico y el pragmático, y las distintas relaciones de fuerza de esos partidos¹³. Así, en el marco de los sistemas competitivos, dichos autores establecieron cuatro subtipos de sistemas partidistas: i) con alternancia ideológica; ii) con alternancia pragmática; iii) ideológicamente hegemónicos; iv) pragmáticamente hegemónicos.

Sartori, por su parte, a partir de la combinación de los criterios cuantitativo (el numérico) y cualitativo (la ideología), avanza en la elaboración de una *tipología* ya célebre y ampliamente aplicada por la academia internacional. La ideología como criterio, es utilizada por este autor para incorporar una variable capital en el estudio de los sistemas partidistas: la polarización o distancia ideológica que separa a los partidos en competencia en relación a las preferencias ideológicas/programáticas que éstos asumen en torno a ciertos asuntos de relevancia. La polarización comprendida como la distancia existente entre dos polos opuestos (Sani y Sartori 1983¹⁴) y la competencia partidaria, pueden estructurarse a través de distintos conflictos o líneas de ruptura presentes en la sociedad [Lipset y Rokkan 1967]¹⁵. Ejemplos clásicos de ellos son las divisiones que surgen de la oposición entre el capital y el trabajo; las posturas religiosas y las seculares y; el campo y la ciudad. Sin desentender la importancia de estas y otras divisiones –cuya intensidad, influencia y combinación varía en las distintas sociedades y contextos históricos-, y teniendo en cuenta que la compleja realidad social y política difícilmente puede reducirse a la unidimensionalidad, el clivaje izquierda-derecha, emerge como un parteaguas prominente que combina utilidad y sencillez de medición con capacidad de condensación de un sinnúmero de temas relevantes (Inglehart 1991:320).

En las postrimerías del decenio de los ochenta y comienzos de los noventa, en el marco del fin de la Guerra Fría y del mundo bipolar, buena parte de la literatura occidental cuestionaría fuertemente la vigencia de tal diáda como eje organizador de la política. Mucho se habló durante esos años sobre “el fin de la historia”, la crisis de las ideologías y la inminente desaparición de éstas. Sin embargo, la experiencia histórica demostró que caído el muro de Berlín, ¡larga vida a las ideologías! Contradiendo los vaticinios que sobrevinieron al desplome del denominado *socialismo real*, la dicotomía izquierda-derecha continúa erigiéndose como la línea divisora de pretensión omnicompreensiva más recurrida a la hora de desentrañar las complejidades del universo político.

En tal sentido, si bien el contenido de estas categorías ha evolucionado y sufrido importantes resignificaciones desde su nacimiento en el marco de la Revolución Francesa hasta la actualidad¹⁶; ningún otro clivaje ha sido capaz de sintetizar mejor las oposiciones en torno al conflicto político occidental más básico, léase: la búsqueda del cambio social en clave igualitaria vs. la defensa del *status quo* (Inglehart 1991; Bobbio 1995). Conflicto que desde hace más de un siglo, puede a su vez resumirse en términos de la intervención vs. la no intervención estatal en la esfera económica y social¹⁷. Aún después del fin de la bipolaridad mundial y del avance hacia la multipolaridad, los polos izquierda-derecha siguen constituyendo la dimensión ordenadora de la política por antonomasia, tanto a nivel de élites como de ciudadanos, a lo largo y ancho de las sociedades occidentales¹⁸.

Aunque para Sartori (1992: 392) las etiquetas de izquierda y derecha “*descargan*” y “*recargan*” sus contenidos con demasiada facilidad y en principio, sólo servirían para establecer un ordenamiento espacial en un “*espacio ordinal*” (donde los partidos y los votantes se ordenan horizontalmente uno al lado del otro a lo largo de la escala), en la medida que hacen a un “*espacio ideológico*”, se entenderá que las unidades partidarias no sólo se disponen una junto a la otra, sino que también están separadas por distancias diferentes y a intervalos desiguales (1992: 403-404). En tal sentido, a partir de la ubicación de élites y bases partidarias a lo largo de la escala de diez (u once) puntos, es posible medir la proximidad/lejanía ideológica de los distintos partidos en el espectro político y así conocer cuán polarizado se encuentra el sistema. Cuanto mayor sea la distancia entre las autoidentificaciones de los actores partidarios en el *continuum*, mayor será la polarización del sistema de partidos, al tiempo que una mayor cercanía entre ellos, expresará menores niveles de polarización ideológica. Bajo esta lógica, se supondrá que menores grados de polarización, tenderán a fomentar la moderación y el consenso entre las élites políticas mejorando así las condiciones de gobernabilidad. Un escenario poblado por actores político-partidarios ideológicamente muy lejanos, por el contrario, entorpecería el acuerdo entre las partes y dificultaría la acción gubernamental. En sintonía con esto, el nivel de polarización ideológica constituirá un indicador cardinal en el estudio de la estabilidad, eficacia y viabilidad del sistema político democrático (Sartori 1992; Sani y Sartori 1983).

Como ya adelantáramos, a partir de la relación entre las variables polarización ideológica y número de partidos importantes, Sartori avanza en la formulación de una tipología en la que distingue entre sistemas multipartidistas de *pluralismo moderado o limitado* y de *pluralismo polarizado*. El primer tipo se caracteriza por una baja fragmentación y escasa distancia ideológica, mientras que el segundo responde a una pauta de alta fragmentación y significativa distancia ideológica entre los partidos en competición. El pluralismo moderado, reproduce la mecánica bipolar y la tendencia centrípeta, ergo moderadora, propias de los sistemas bipartidistas¹⁹, en tanto el pluralismo polarizado da cuenta de una mecánica de competencia multipolar donde prevalecen los impulsos centrífugos del sistema político y el terreno queda allanado para que afloren los peores efectos del multipartidismo: ausencia de gobernabilidad y riesgo de desestabilización democrática²⁰.

La tipología completa de los sistemas de partidos queda categorizada de la siguiente manera²¹: i) sistemas de *partido predominante*²²; ii) sistemas *bipartidistas*; iii) sistemas de *pluralismo moderado*; iv) sistemas de *pluralismo polarizado* y; v) sistemas de *atomización*²³.

Tal como lo señaláramos, esta tipología elaborada en los años setenta, es actualmente la más recogida internacionalmente en los estudios politológicos sobre sistemas de partidos. Al menos dos apuntes deben, empero, mencionarse. El primero de ellos ya fue acotado páginas atrás, y alude a la medición de la fragmentación a partir del relevo de las normas sartorianas para contar en favor de la aplicación del índice del NEP. Un segundo elemento a subrayar, es la puesta en discusión de los planteos de Sartori (1992) y Sani y Sartori (1983), en torno al inexorable impacto negativo de la polarización ideológica sobre la estabilidad democrática. En este sentido, Nohlen (1994: 41-42) abona la posibilidad de que sistemas partidistas con baja fragmentación, exhiban una distancia ideológica no despreciable entre sus unidades partidarias y aún así desarrollen una dinámica de competencia centrípeta. En sintonía con lo anterior, si bien una exacerbada distancia ideológica entre los partidos tendería a traer aparejado la ausencia de gobernabilidad y la presencia de impulsos desestabilizadores del sistema político democrático²⁴, los efectos negativos de la polarización podrían subsanarse consociacionalmente mediante la búsqueda de acuerdos interpartidarios. A su vez, la polarización puede ser positivamente interpretada en la medida que refleje una mayor representación de la heterogeneidad sociopolítica, a través de la incorporación en el sistema de todos los actores políticos relevantes, incluidos grupos políticos otrora excluidos (Alcántara Sáez y Freidenberg 2001:27)²⁵.

I. 1. 4. El nivel de institucionalización

La relación entre sistemas de partidos y estabilidad democrática, también ha despertado el interés de estudiosos como Scott Mainwaring y Timothy Scully (1995)²⁶, quienes posan su mirada en los sistemas políticos de los países menos desarrollados, concretamente en los latinoamericanos. Dichos autores, ponen el acento en la relación entre el carácter institucionalizado de los sistemas partidistas y el proceso de consolidación democrática en los países donde se asientan. Desde su perspectiva, buena parte de la literatura referida al estudio de los sistemas partidistas, ha sido pensada en términos de las democracias más estables, características de los países industrializados avanzados y por ende, menos adaptables a las realidades de las regiones menos desarrolladas económica e institucionalmente, donde “...*los votantes, los partidos y los sistemas de partidos* [son] *cualitativamente diferentes*”^{27 y 28}. En esta línea, Mainwaring y Scully consideran que, al tomar como referencia implícita al mundo desarrollado occidental (particularmente Estados Unidos y los países de Europa occidental), tales enfoques teóricos presuponen una institucionalización más o menos estable de los sistemas de partidos, donde los actores partidarios gozan de una importante raigambre social que los conecta programática/ideológicamente con sus electores.

Para poder estudiar los sistemas partidistas de los países menos desarrollados, en los que tales presupuestos flaquean, los mencionados autores entienden fundamental incorporar el análisis del *nivel de institucionalización*. Esta propiedad de los sistemas de partidos es definida a partir de cuatro dimensiones: i) la estabilidad de la competencia interpartidaria (medida fundamentalmente a través de la volatilidad electoral²⁹); ii) la existencia de partidos con un importante arraigo en la sociedad³⁰; iii) la legitimidad otorgada por parte de los actores políticos a los partidos y a las elecciones como instituciones necesarias para el funcionamiento democrático y; iv) la presencia de organizaciones partidistas bien establecidas e independientes de los intereses de un puñado de ambiciosos líderes personalistas. En base a estas dimensiones de análisis, los sistemas partidarios latinoamericanos son clasificados según su mayor o menor grado de institucionalización, en las siguientes tres categorías: i) *institucionalizados* (Chile, Colombia, Costa Rica, Uruguay,

Venezuela y en menor grado, también Argentina); ii) *débilmente institucionalizados* (Brasil, Bolivia, Ecuador y Perú) y; iii) *hegemónicos en transición* (México y Paraguay).

A partir de Mainwaring y Scully, Scott Mainwaring y Mariano Torcal (2005) entienden que la endeble institucionalización característica de buena parte de los países de la región, acarrea serias dificultades para la estructuración ideológica/programática de sus sistemas partidarios. En contrapartida, estos autores postulan que el *voto ideológico*, medido a través del eje izquierda-derecha, ostenta mucho mayor peso en las democracias industriales avanzadas institucionalizadas que en las democracias y semidemocracias de los países menos ricos, donde los partidos políticos suelen estar mucho menos afianzados en la sociedad, la volatilidad electoral es consecuentemente más alta y los vínculos entre elegibles y electores se basan más en cuestiones personalistas y clientelares que en posicionamientos ideológicos y/o propuestas programáticas.

A la luz de este enfoque teórico, toman protagonismo los niveles de volatilidad electoral y los lazos tejidos entre los partidos políticos y la sociedad. Concomitantemente, la ideología como propiedad medular en la estructuración de los sistemas partidistas, tal como la interpretara Sartori, pasa a quedar matizada, al menos para el caso de los sistemas menos institucionalizados.

I. 2. PARTIDOS Y ELECTORES A TRAVÉS DEL ESPACIO IDEOLÓGICO

Más allá de los argumentos presentados entre otros autores por Mainwaring y Torcal (2005), tras el advenimiento de la tercera ola democrática en América Latina, numerosos estudios comparativos (Coppedge 1997; Rosas y Zechmeister 2000; Alcántara Sáez y Freidenberg 2001; Alcántara Sáez y Luna 2004; Luna y Zechmeister 2005; Moreira 2006; Alcántara Sáez y Rivas 2007; Gramacho y Llamazares 2007; entre otros), han evidenciado la pertinencia de apelar a la dimensión ideológica para entender y analizar los partidos y sistemas de partidos del subcontinente, incluso para el caso de aquellos sistemas de baja institucionalización (Freidenberg 2006). Del mismo modo, diversas investigaciones también destacan la capacidad de los ciudadanos latinoamericanos para reconocer y reconocerse en el *continuum* ideológico (Moreira 2000b; Selios 2002; Colomer 2005; Luna y Zechmeister 2005; por citar solo algunos), así como para posicionar a los partidos y candidatos de sus respectivos países. En este sentido, el eje izquierda-derecha, sigue constituyendo una herramienta de análisis de gran utilidad para el estudio de la dinámica de la competencia de los sistemas partidistas.

I. 2. 1. Competencia política espacial: el modelo de Downs

El concepto de polarización ideológica desarrollado por Sartori, descansa en el *modelo de competencia espacial* introducido desde la escuela de la *rational choice* por el economista Anthony Downs [1957]³¹. Este enfoque, que además tiene entre sus precursores al también economista Joseph Schumpeter (1942)³², desarrolla una teoría del *mercado político* en función de un paralelismo con el mercado económico, donde se postula que la relación entre partidos y electores, puede estudiarse y predecirse a la luz de las leyes de la oferta y la demanda (no por casualidad, sus dos principales precursores son provenientes de las ciencias económicas).

Según este paradigma, la avasallante complejidad del mundo político que caracteriza a las sociedades modernas, eleva por las nubes el costo de tiempo y energía que insume a los ciudadanos informarse sobre todos los asuntos relevantes y comparar todas las políticas propuestas por los diferentes partidos que compiten dentro del sistema. Bajo este escenario, los electores pueden reducir su gasto en información, apelando a las ideologías de cada partido, es decir, a aquellas “...

imágenes verbales de la 'sociedad deseable' y de las principales políticas utilizables para crearla" (Downs 2001: 101). Tomando al conocimiento imperfecto como dato de la realidad, las ideologías constituyen un atajo cognitivo que permite a los electores diferenciar más fácilmente entre las distintas opciones partidarias que se le presentan y escoger, mediante el voto ideológico-racional, aquella que se acerque más a sus propias posiciones políticas. Para esta teoría, quienes proveen de ideologías son los partidos, estos las producen, cual *empresarios*, para luego *ofertarlas* en el mercado político, donde los ciudadanos, cual *consumidores*, acudirán a elegir el *menú*³³. Desde esta óptica, tanto partidos y candidatos (oferentes) como electores (demandantes), se comportarán de acuerdo a una racionalidad estratégica, buscando maximizar sus beneficios, léase respectivamente: obtener la mayor cantidad de votos posible, para así ser electos y, que se apliquen determinadas políticas públicas.

La ideología, es representada en términos del *continuum* espacial izquierda-derecha, a lo largo del cual, se posicionarán los votantes con sus preferencias individuales y los partidos que persiguen su voto. Dada determinada distribución de las preferencias (demandas) electorales, los partidos calcularán estratégicamente qué discursos y programas de gobierno desarrollar (ofertar) para poder captar el mayor número de adhesiones. Para ello, los partidos habrán de prestar especial atención a la ubicación espacial de los votantes más volátiles, ya que son éstos quienes frecuentemente definen el resultado de la elección. Ahora bien, Downs advierte que *"una vez que un partido ha colocado su ideología en el 'mercado' no puede abandonarla repentinamente o alterarla radicalmente sin provocar desconfianza en los votantes"* (2001: 101). Para mantener cautivo a su electorado y simultáneamente conquistar nuevos apoyos, los partidos deberán realizar controlados movimientos en el espacio político, direccionados, o bien, hacia la izquierda, o bien, hacia la derecha. Lo que nunca deberá hacer un partido, es desplazarse más allá de la unidad partidaria más próxima hacia la que se esté moviendo (es decir, *"saltar"* sobre ella) (2001: 102). En tal sentido, Downs enfatiza que las ideologías de los partidos en competencia, no pueden ser idénticas, sino que deben diferenciarse para que los electores puedan distinguirlos y así elegir entre ellas. A su vez, es importante subrayar el carácter medido de estos deslizamientos, ya que un corrimiento demasiado significativo en cualquier dirección, podría no sólo ahuyentar al electorado cautivo, sino también dejar libre el terreno para que surjan nuevos actores partidarios en el espacio abandonado.

En función de la distribución del electorado, así como de la cantidad de partidos en competencia y de sus respectivos posicionamientos a lo largo del *continuum*, el enfoque de los modelos de competencia espacial permite estudiar y formular predicciones acerca del comportamiento electoral, la dinámica de la competencia partidista y la formación de coaliciones electorales y de gobierno³⁴.

Si bien despliega un marco analítico extremadamente útil, el enfoque downsiano ha sido largamente criticado por extremadamente reduccionista, ya que al fundarse en una lógica de racionalidad instrumental medios-fines, pasa por alto que pueda establecerse cualquier clase de vinculación extrarracional entre partidos y electores. Y precisamente, la evidencia empírica demuestra que la mayor parte de los votantes actúa movido por criterios de tipo emotivo y de adhesión simbólica con respecto a sus partidos, mucho más que por móviles estratégicos y utilitaristas. Para Philip Converse (1969)³⁵, lo que caracteriza la relación entre los partidos y sus electores, son aquellos profundos y duraderos vínculos de lealtad ideológica e identificación emotiva, fruto de experiencias históricas puntuales. Desde esta perspectiva, en palabras de Sartori (1992: 378): *"resulta difícil penetrar en las ideologías, y especialmente racionalizarlas, conforme a criterios de racionalidad económica"*. Aditivamente, para este último autor, el mayor reduccionismo del que peca Downs remite al tratamiento del espacio de votación en clave unidimensional, cuando existe un vasto consenso académico en sostener que en la política competitiva, las preferencias se definen en torno a una multiplicidad de conflictos³⁶.

A pesar de estas limitaciones e imperfecciones, los modelos de competencia espacial continúan siendo sumamente útiles y extensamente empleados en los análisis politológicos. El propio Sartori reivindica el enfoque

downsiano, alegando que en definitiva, lo que plantea es un *modelo*, es decir, una drástica simplificación “...cuyo objetivo no es representar la realidad [sino] llevar al primer plano alguna característica básica que, de otro modo, se queda perdida en la complejidad de las relaciones descriptivas” (1992: 402-403).

I. 2. 2. Aportes para el modelo de competencia espacial

Siguiendo con Sartori, este autor apunta que poco tiempo después a que Downs teorizara, la literatura incorporó tres conceptos tan fundamentales para el análisis del comportamiento electoral, como desconocidos por el citado economista: i) las percepciones y posicionamientos en torno a *cuestiones* (o *políticas*); ii) la *identificación partidaria* y; iii) la *imagen de los partidos* (1992: 381). Los dos primeros conceptos, fueron clásicamente desarrollados desde un enfoque psico-social por la denominada escuela de Michigan en Estados Unidos, hacia la década del sesenta³⁷, y según entiende Sartori, recién a partir de la inclusión de estas contribuciones teóricas, estarían dadas las condiciones para analizar cuándo sí y cuándo no es aplicable un modelo espacial de competencia interpartidaria. A continuación, pasaremos revista a estos aportes así como también a un cuarto concepto añadido por el politólogo italiano: el de percepción e imagen de las posiciones.

I.2.2.a. Percepción y posicionamiento en torno a cuestiones (issues)

El supuesto mediante el cual los electores definen su voto orientados por su percepción y preferencia respecto a un conjunto de cuestiones concretas, también ha nutrido a algunos de los detractores de Downs. El *issue voting* plantea que buena parte de los votantes eligen a sus candidatos y partidos políticos de acuerdo a la posición que creen que estos asumen en relación a determinados problemas de interés. Según el modelo downsiano, todas las cuestiones deberían poder ordenarse en el continuo izquierda-derecha, sin embargo, autores como Donald Stokes (1963)³⁸ señalarán que existen ciertos asuntos en torno a los cuales todos los partidos y candidatos exhiben la misma posición y que por consiguiente, atraviesan transversalmente el eje espacial. Temas como la lucha contra la corrupción y el fomento de la prosperidad social y económica entre otros, constituyen lo que se denomina “*cuestiones de valencia*” o “*cuestiones de valor*”. A diferencia de las “*cuestiones de posición*”, las *valence issues* son básicamente cuestiones no partidistas, sobre las cuales la élite política manifiesta un generalizado consenso³⁹.

Ahora bien, tal como advierte Sartori, al tiempo que Stokes desplegaba sus críticas hacia la aplicabilidad del modelo downsiano, asumiendo la existencia de un electorado estadounidense orientado por las cuestiones, sus propios colegas de la Universidad de Michigan, concluían que la variable aislada de mayor poder explicativo del comportamiento electoral norteamericano, estaba dada por otro tipo de actitud política: la identificación de los votantes con sus partidos.

I.2.2.b. La identificación partidaria

El desarrollo del concepto de identificación partidaria en la segunda mitad del siglo XX, ha sido de capital relevancia para los estudios de opinión pública y de comportamiento electoral, particularmente en las democracias occidentales avanzadas. Desde la escuela de Michigan, el enfoque psico-social de Angus Campbell, et al. (1960)⁴⁰, sostiene que el móvil central para entender las decisiones de voto de las personas, está dado por la creación a largo plazo de vínculos psico-afectivos con los partidos políticos. La identificación partidista, implica un lazo aprehendido durante la socialización política primaria de los individuos que se refuerza elección tras elección mediante el ejercicio del voto,

generando así un sentimiento de pertenencia en relación al partido (sin que esto implique la militancia activa dentro del partido político). En este sentido, esta actitud se caracteriza por su estabilidad en el tiempo y consiguientemente, por su aversión al cambio, aunque no necesariamente por su inamovilidad eterna, pudiendo ser objeto de modificaciones, por ejemplo, bajo contextos de gran conmoción económica, social, política y/o cultural⁴¹.

La estabilidad de las identificaciones partidarias, tiene correlatos a nivel de la estabilidad y permanencia del sistema de partidos y consecuentemente de la estabilidad del sistema político en general. Paralelamente, en función de esta estabilidad, la identificación partidista tiende fuertemente a afectar el lente a través del cual los identificados ven y leen al mundo político, configurando lo que los autores calificaron de “*pantalla perceptual*”, y convirtiéndose en una variable clave para predecir el sufragio⁴². Tal como se señalara con respecto a las categorías de izquierda y derecha, las etiquetas partidarias también operan como “atajos cognitivos” que permiten simplificar y ordenar la información política y tomar posición en torno a las cuestiones. Con la gran salvedad que, desde este enfoque, los individuos no definen su voto racionalmente, con calculadora en mano, sino que se orientan por arraigados sentimientos de adhesión simbólica hacia sus partidos.

A juicio de Sartori, el voto orientado por cuestiones y el voto por identificación partidaria, pueden pensarse como polos opuestos de un continuo, y en tal sentido, anota un tercer concepto intermedio en el que aquellos dos extremos pueden combinarse de distintas maneras. Tal concepto hace a la imagen de los partidos.

1.2.2.c. La imagen de los partidos

Si bien la imagen de los partidos guarda relación con la identificación partidaria, el primer concepto es menos estable y está menos enraizado en los votantes que el segundo. Así, es dable que dos individuos identificados con un mismo partido, posean imágenes muy distintas de éste (Matthews y Prothro 1966)⁴³. Para Sartori, la imagen se expresa semánticamente a través de etiquetas como izquierda-derecha, liberal-conservador, progresista-reaccionario, y constituye una suerte de canal de comunicación con el electorado de masas. A través de la construcción de determinada imagen, los partidos buscan comunicar su embanderamiento con ciertas políticas (cuestiones) y no con otras, o más que con otras.

El modelo downsiano de competencia política, bien puede desplegar sus potencialidades en aquellas democracias donde el electorado sea permeable a este tipo de imágenes ideológicas de los partidos, puntualmente a las de izquierda-derecha⁴⁴. Sin embargo, seguirá naufragando entre aquellos que voten orientados por cuestiones. Así, pues, para que el modelo espacial pueda ser aplicado en el marco de estos tres conceptos revisados (cuestiones, identificación partidaria e imágenes), Sartori entiende necesario introducir un cuarto elemento: el de la posición.

1.2.2.d. Percepción e imagen de las posiciones

A partir de la percepción ciudadana de las posiciones de los partidos, los votantes se sitúan y sitúan a los partidos a lo largo del eje espacial, en tanto que los propios partidos políticos apelarán a la proyección de cierta imagen de posición para comunicar al electorado en qué lugar del espacio ideológico se autoubican. Sólo mediante las “...*percepciones de las posiciones y las imágenes de las posiciones, podemos emplear de modo fructífero el concepto de ‘posición de las cuestiones’ en un espacio de las ‘cuestiones’*” (Sartori 1992: 389). Bajo esta óptica, los partidos y candidatos, desplegarán sus estrategias de competencia política en procura de maniobrar unas posiciones e imágenes que logren simultáneamente captar nuevos adeptos y mantener los viejos apoyos electorales.

En función de estas cuatro contribuciones teóricas, Sartori concluye lo siguiente:

i) En el marco de sistemas partidistas no estructurados en torno a genuinos partidos de masas (los que aplicando la jerga de Mainwaring y Scully, equivaldrían a sistemas no institucionalizados, o débilmente institucionalizados), el comportamiento electoral se explicará infinitamente mejor a través de las simpatías personales que se generen en torno a determinados líderes⁴⁵ (elemento medular también en los sistemas institucionalizados), que mediante móviles ideológicos.

ii) El voto en función de cuestiones o políticas públicas generales, por su parte, no sólo es poco frecuente, sino que cuando se produce, tiende a escapar al análisis unidimensional propio del modelo espacial downsiano. Aditivamente, esta clase de voto, de manifestarse, suele hacerse en escenarios de política pragmática (más característicos de sistemas bipartidistas que de formatos multipartidistas), donde el papel de la ideología es reducido⁴⁶.

iii) En cambio, en contextos de institucionalización de los sistemas de partidos, el pasaje de una política pragmática hacia una ideológica, habilita el voto por posición a través de las imágenes de los partidos y paralelamente, un tipo de competencia interpartidaria espacial. Bajo estos escenarios, Sartori (1992:390) hipotetiza que *“es muy probable que un firme foco ideológico produzca congruencia entre las cuestiones y la dimensión izquierda derecha [reforzando de esta manera] los argumentos favorables a la unidimensionalidad”*⁴⁷.

I. 2. 3. Los dos componentes de la dimensión ideológica: el enfoque Inglehart - Klingemann

A partir de estas tres conclusiones, Sartori delimita los escenarios políticos en los cuales es procedente aplicar el modelo downsiano y vuelve a remarcar que, a pesar de la unidimensionalidad de su abordaje, el mismo despliega una herramienta de análisis sumamente rentable. Ahora bien, aplicable empíricamente ó no, la pretensión de esta teoría apunta a explicar *cómo* se comportan (o es esperable que se comporten) actores políticos y ciudadanos en las democracias modernas de masas, sin embargo, es claro que sus alcances no llegan a desentrañar (ni intentan hacerlo) *por qué* los electores se asumen de determinadas ideologías, en lugar de otras. Por cuáles motivos los votantes se distribuyen a lo largo del eje izquierda-derecha de la forma en que lo hacen, no es una pregunta que pueda responderse leyendo a Downs ni a ningún otro teórico de la *rational choice*.

Una aproximación a esta interrogante, puede más bien encontrarse apelando a otro tipo de literatura, como la proveniente de la psicología social. Con dicho enfoque como marco, hacia mediados de los setenta, Ronald Inglehart y Hans D. Klingemann (1976)⁴⁸, plantearon que la dimensión ideológica expresada a través de la autoubicación a lo largo de la escala izquierda-derecha, está integrada por dos componentes fundamentales: el *partidista* y el *ideológico*. El componente partidista remite a aquellas lealtades que se tejen a través del vínculo con un determinado partido político y, de tal forma, se asimila al reseñado concepto de identificación partidista, también desarrollado desde una aproximación psico-social por Campbell et. al (1960). El componente ideológico, por su parte, refiere a las orientaciones sobre valores y al posicionamiento con respecto a las cuestiones políticas de interés (*issues*).

Estudiando el comportamiento electoral de nueve democracias avanzadas de Europa occidental⁴⁹, dueñas de sistemas partidistas institucionalizados, estos autores postulan que en principio, los votantes se situarán en aquel punto del eje espacial que, o bien, crean que coincida con sus preferencias ideológicas sobre valores y cuestiones; o bien, refleje la ubicación que crean que asume el partido con el que se identifican; o bien, combine simultáneamente ambos componentes.

No obstante, a nivel agregado, la investigación de Inglehart y Klingemann encuentra que el componente partidario *per se*, tiene un peso mucho mayor que el ideológico en la definición de la autoidentificación ideológica de los ciudadanos. Desde esta perspectiva, su gran hallazgo señala que la mayor parte del electorado europeo se ubicará en

determinado lugar de la escala izquierda-derecha, no en función de su preferencia en torno a valores o *issues*, sino principalmente a partir de su percepción sobre la posición (e imagen de posición) que adopta el partido con el que mantiene lazos de adhesión simbólica y por el cual consecuentemente vota^{50 y 51}.

Así, el partido político se convierte en el principal cristal a través del cual los votantes toman posición sobre las cuestiones programáticas y decodifican el complejo universo político (lo que Campbell et. al. 1960, denominaban “pantalla perceptual”). Por ende, las autoidentificaciones a lo largo del *continuum*, no necesariamente habrán de revelar los posicionamientos individuales con respecto a ciertos valores o políticas públicas, sino que en gran medida, operarán como un indicador de la preferencia partidaria. Bajo esta óptica, entonces, la cartografía semántica izquierda-derecha, actúa como una suerte de alternativa a las etiquetas partidarias⁵².

Inglehart y Klingemann destacan la alta capacidad del electorado del viejo continente para autoposicionarse ideológicamente en la escala, aunque notan algunas diferencias de grado entre los nueve países estudiados⁵³, que procuran explicar mediante dos argumentos⁵⁴. En primer término sugerirán que, las imágenes de izquierda y derecha, adquieren un mayor protagonismo bajo contextos multipartidistas, donde la realidad política se torna aún más compleja y, utilizando la jerga downsiana/ schumpeteriana, aumentan los costos de información para los votantes. En estos escenarios, la apelación a la simplificación unidimensional proporcionada por el modelo downsiano, opera como una herramienta de ordenamiento y guía cognoscitiva capital⁵⁵. Al igual que Sartori⁵⁶, entonces, Inglehart y Klingemann reivindican la aplicación de la teoría de Downs no tanto bajo formatos bipartidistas, donde a priori podría entenderse que mejor funciona, sino fundamentalmente en el marco del multipartidismo.

Pero en segundo término, Inglehart y Klingemann consideran que, al momento de explicar la aprehensión e importancia de la diada izquierda-derecha entre la opinión pública europea, la polarización ideológica del sistema de partidos, emerge como una propiedad aún más relevante que el número de unidades partidarias en competición⁵⁷. En presencia de mayores niveles de polarización, se vuelven más nítidas y diferenciables las posiciones adoptadas por cada uno de los partidos del sistema, habilitándose así una mayor estructuración de las opiniones ciudadanas y exponenciándose el peso del componente partidario sobre la dimensión ideológica.

Sección II. EL SISTEMA DE PARTIDOS URUGUAYO: DEL BIPARTIDISMO PRAGMÁTICO A LA CONFIGURACIÓN DE LAS FAMILIAS IDEOLÓGICAS

II. 1. EL BIPARTIDISMO FUNDACIONAL

Uno de los rasgos distintivos del sistema de partidos uruguayo es su alto grado de institucionalización, signado por la solidez y raigambre social de sus unidades partidarias constitutivas. Tanto la academia local como la internacional⁵⁸ coinciden en señalarlo como uno de los más institucionalizados del subcontinente latinoamericano. A diferencia del grueso de sus vecinos de la región, en Uruguay los partidos políticos tuvieron desde su temprano origen un férreo enraizamiento en la sociedad (conservando su fortaleza e importancia para la vida política e institucional del país en los actuales tiempos de globalización). Esta “excepcionalidad” uruguaya se enmarcó en un territorio tan verde y levemente ondulado como reducido, desprovisto de importantes clivajes sociales, de ascendencia poblacional fundamentalmente europea, dueño de un extendido imaginario de urbanizadas y relativamente educadas clases medias, con una gran valoración de su temprano y desarrollado Estado de Bienestar keynesiano y una larga tradición democrática.

II. 1. 1. Dos partidos y dos “subsociedades” integradas

Los partidos tradicionales “fundacionales”, el Partido Colorado (PC) y el Partido Nacional (PN), que moldearon un sistema bipartidista durante casi un siglo y medio, no sólo son los más añejos de Uruguay, sino que se cuentan entre los más longevos de América Latina y de occidente (Queirolo 1999)⁵⁹. Son contemporáneos al nacimiento del país a la vida independiente hacia el primer tercio del siglo XIX y anteceden incluso a la formación del Estado-Nación⁶⁰. Contribuyeron al forjamiento de la patria y del Estado moderno y construyeron lealtades y tradiciones sociales, erigiéndose como auténticas “*fuentes de identificación, y referentes culturales ciudadanos*” (Moreira 2000b: 143).

La preeminencia de los partidos políticos en la cultura política uruguaya, ha dado lugar a denominaciones tales como la de “*partidocracia*” (Caetano, Rilla y Pérez 1988), término aplicado para dar cuenta del rol central y dominante de los partidos en la configuración de la política nacional de larga duración. Esta primacía partidaria tanto en el proceso de edificación del Estado-Nación como en la génesis de la democracia uruguaya, se vio alimentada por la escasa capacidad manifestada por otras organizaciones de la sociedad civil (instituciones religiosas, sindicatos, asociaciones empresariales, etc.) para actuar como genuinos canales alternativos de socialización política^{61 y 62}.

Junto con el bipartidismo tradicional, coexistieron en el país “*dos ‘subsociedades’*” (Real de Azúa 1984: 29) correspondientes a cada una de estas colectividades políticas⁶³. El PC, de base urbana y más cosmopolita, aliado de la burguesía comercial e industrial, se erigió fundamentalmente como el defensor del estatismo (principalmente su fracción batllista), la laicidad y la industrialización, en tanto el PN, de base preponderantemente rural y una impronta más católica, izó la bandera del liberalismo económico, “*oponiéndose a la extracción ‘compulsiva’ con que el Estado gravaba la actividad ganadera para financiar su incipiente industria*” (Moreira 2000b: 141). Estos rasgos característicos, se delinearon entre el conflicto de la Guerra Grande (1838-1852) y el período inmediatamente posterior, extendiéndose hasta luego de promediar el siglo XX. Siguiendo a Luis Eduardo González (1993: 28), puede sostenerse que durante ese tramo de la historia, los colorados encarnaron “*la versión uruguaya de los partidos liberales de América Latina*”, al tiempo que los blancos personificaron al “*partido conservador*”.

No obstante, las tradiciones blanca y colorada, si bien distintas, no se consolidaron como antagónicas. En un país donde la religión no constituye una línea de ruptura socio-política, si bien, el clivaje campo-ciudad guardó cierta

asociación con los orígenes de su oposición, ambos partidos cosecharon desde el inicio una amplia adhesión de todos los sectores de la sociedad, absorbiendo el apoyo de bases sociales muy similares entre sí⁶⁴. Así, policlasistas y habiendo evolucionado tempranamente desde su condición inicial de partidos “de notables” hacia partidos modernos “de masas” o “*catch all*” (Kirchheimer 1966), blancos y colorados “*reflejaban fielmente a la sociedad uruguaya [donde] no había ideologías contradictorias, ni divisiones profundamente arraigadas*” (González 1993: 44).

Una vez superadas las sangrientas guerras civiles en las que se batieron hasta despuntar el novecientos, estos partidos aprendieron a convivir en paz, a cooperar y a coparticipar en el gobierno, sobreviviendo así a los distintos vaivenes de la vida política nacional y consolidando a su paso un sistema bipartidista institucionalizado dentro de una de las democracias más sólidas y socialmente arraigadas del concierto latinoamericano⁶⁵. En palabras de Jorge Lanzaro (2001: 60-61), ambos partidos “*edificaron una democracia pluralista, de tipo ‘consociacional’ que ha de encuadrar por muchos años el desenvolvimiento de un presidencialismo de compromiso*”.

Hasta avanzada la segunda mitad del siglo XX, entonces, la inmensa mayoría de la ciudadanía encontró su lugar dentro de los partidos fundacionales. Sumados, éstos concentraron cerca del noventa por ciento de los votos entre el inicio de la poliarquía hacia 1918⁶⁶ y mediados de los años sesenta, alternándose en el gobierno. El diez por ciento restante, se dividía entre pequeños “partidos de ideas” que nunca integraron coaliciones gubernamentales –aunque algunos sí el Parlamento y desde temprano- y aglomeraban por una lado, a la izquierda de corte marxista leninista (socialistas, comunistas y posteriormente también otras configuraciones) y por el otro, al partido de cuño católico Unión Cívica⁶⁷.

II. 1. 2. La fraccionalización del sistema de partidos

Esta hegemonía electoral blanco-colorada, se caracterizó desde los comienzos de la poliarquía, por el grado de fraccionalización interna al que asistieron los dos partidos principales. La combinación de un marco institucional presidencialista “de compromiso” con una peculiar legislación electoral, si bien favoreció durante medio siglo de democracia, el mantenimiento del formato binario heredado del siglo XIX, simultáneamente incentivó su fraccionalización. Dicha combinación incluyó las siguientes piezas: i) esquemas de coparticipación mediante los cuales los cargos jerárquicos en entes autónomos, servicios descentralizados y organismos de contralor, se “repartían” entre los dos partidos mayoritarios; ii) necesidad de consagrar mayorías parlamentarias especiales para el abordaje de ciertos asuntos estratégicos (la reforma de la Constitución entre ellos) y la designación de cargos civiles y militares de relevancia; iii) representación proporcional integral para la adjudicación de bancas parlamentarias⁶⁸; iv) mecanismo de múltiple voto simultáneo (conocido como “leyes de lemas”)⁶⁹: doble voto simultáneo (al lema primero y luego a una lista de candidatos dentro de ese lema) para la elección de los órganos unipersonales y triple voto simultáneo (al lema primero, a un sublema –dentro de ese lema- después y, en tercer término a una lista de candidatos –dentro de ese sublema-) para la de los cuerpos pluripersonales; v) carácter cerrado y bloqueado de las listas para todos los cargos electivos; vi) elección presidencial directa y por mayoría simple de votos; vii) voto conjunto⁷⁰: celebración simultánea y vinculada a nivel de lema de las elecciones nacional y departamental, realizadas cada cuatro años hasta 1966 y cada cinco años a partir de entonces.

El múltiple voto simultáneo y la imposibilidad de votar “cruzado” (debido al voto conjunto) no sólo habilitaba sino que fomentaba la posibilidad de que distintos candidatos (insertos en distintas fracciones o sublemas) pertenecientes a un mismo partido (lema), compitieran por los mismos cargos no desperdiciando sino acumulando votos para aquél. Bajo esta mecánica, la Presidencia de la República, caía en manos del candidato presidencial más votado, dentro del lema más votado. Sin embargo, los vencedores del premio mayor, no lo ganaban todo y gracias a la pluralidad de candidaturas que acumulaban dentro de un mismo lema, y facilitado por la representación proporcional, el resto de los candidatos aún

contaba con chances de acceder a importantes cuotas de poder, compitiendo con miras al Senado o la Cámara Baja. Así, se tendía a “bloquear” la fragmentación al tiempo que se estimulaba la fraccionalización⁷¹.

En este sentido, la combinación de la particular legislación electoral criolla, con el armazón institucional del presidencialismo consociacional, constituyeron las dos caras de una misma moneda: el mantenimiento de la hegemonía de los partidos tradicionales fundacionales durante medio siglo de poliarquía en Uruguay.

II. 1. 3. ¿Dos partidos pragmáticos y múltiples fracciones ideológicas?

La fraccionalización inherente al duopolio blanco-colorado que César Aguiar (1984) denominó de “*bipartidismo fragmentario*”, se plasmó en una variada oferta electoral que, desde sus comienzos abarcó un extendido abanico ideológico. Esta relativamente diversificada fraccionalización interna de los partidos tradicionales, ha llevado a algunos autores a cuestionar el armazón binario del sistema partidista uruguayo, argumentando en cambio, sobre la existencia de un “multipartidismo disfrazado” (Lindahl 1962; Sartori 1976^{72 y 73}; Solari 1991⁷⁴), donde los agentes políticos relevantes no eran los partidos, sino sus fracciones (Errandonea 1994; Costa Bonino 1988⁷⁵)⁷⁶.

En presencia de dos partidos duopolizadores del voto ciudadano, y en el marco de la dinámica de competencia centrípeta propia de los sistemas bipartidistas, las contradicciones políticas se trasladaron a la arena intrapartidaria. Esto condujo a que “*a menudo, la dinámica de acuerdos inter-fracciones que sorteaban las fronteras partidarias, fuera más importante que la propia dinámica de acuerdos inter-partidarios*” (Moreira 2004b: 22)^{77 y 78}. En sintonía con ello, “*con frecuencia, la distancia ideológica entre ciertas fracciones de los diferentes partidos –medida en el continuo izquierda-derecha- era menor que la existente entre fracciones al interior de cada partido*” (González 1993: 31). En tal sentido, si bien la alternancia partidaria durante toda la larga historia de los gobiernos tradicionales (desde los días del bipartidismo hasta el triunfo del Frente Amplio en 2004), fue más bien de tipo pragmática, al interior de los partidos, sí pueden constatarse diferencias de porte ideológico⁷⁹. Así, en el PC, los batllistas adoptaron una impronta más igualitarista y pro estatista que sus correligionarios no batllistas, al tiempo que dentro del PN, los blancos independientes (que se abstuvieron de los irregulares comicios de 1934 y 1938 –al igual que los colorados batllistas- y se escindieron del partido por varios años, presentándose como lema aparte en las elecciones de 1942, 1946, 1950 y 1954) exhibieron una vocación más democrática y contestataria del *status quo* que el sector herrerista (Moreira 2004b: 22).

No obstante, a pesar de las diferencias ideológicas absorbidas en el seno de los dos grandes partidos, la fracción “*rara vez orienta sus acciones en contra del partido y casi siempre vuelve a él, como su referencia matriz*” (Caetano y Rilla 1995⁸⁰). Asimismo, más allá del rol medular que hasta el día de hoy desempeñan las fracciones⁸¹, los vínculos de identidad a los que adscribía el grueso de la ciudadanía referían fundamentalmente a los partidos en su conjunto⁸².

Aditivamente, debe tenerse bien presente que la fraccionalización también respondía, hacia adentro, a “*la lucha pragmática por el control del aparato partidario*” (Moreira 2004b: 31) y hacia afuera, a la estrategia competitiva “abarca todo” (*catch all*) e igualmente pragmática de cada uno de estos partidos en su disputa con el otro por acceder al (o mantenerse en el) aparato del Estado.

En esta línea, los dos partidos fundacionales, en lugar de ejercer como una suerte de “coaliciones de partidos” (como sobreentiende la tesis del “multipartidismo disfrazado”), operaron como auténticos partidos de masas, rastrillos electorales que sitiaron los clivajes sociales y se articularon “*en torno a conflictos netamente políticos, referidos precisamente al establecimiento del poder central del estado. [Así], las líneas de clivajes [se asentaron] en asociaciones de poder político, tradiciones políticas y sub-culturas partidarias*” (Lanzaro 2004: 23) y no en divisiones ideológicas del tipo izquierda vs. derecha.

II. 2. QUIEBRE DEL “DUOPOLIO”, REALINEAMIENTO DEL SISTEMA DE PARTIDOS Y PASAJE DE LA COMPETENCIA PRAGMÁTICA A LA IDEOLÓGICA

II. 2. 1. El corrimiento hacia la derecha de los partidos tradicionales y el surgimiento de un tercer actor por la izquierda del espacio ideológico en la hora de la crisis estructural

Durante la vigencia del formato bipartidista, y particularmente en los años de la “segunda ola democrática” o “segunda poliarquía” (1942-1971⁸³), la dinámica de la competencia interpartidaria fue centrípeta, al tiempo que la lógica de oposición-gobierno y la alternancia partidaria (cuando esta se produjo, entre 1958 y 1967) fueron de corte pragmático. Dicho esto, aún cuando la genuina ideologización de la política, en términos de polarización izquierda-derecha, nace con la fractura del bipartidismo a partir de la irrupción del Frente Amplio (FA); puede igualmente argumentarse que, atendiendo al *continuum* downsiano y desde sus comienzos decimonónicos hasta 1971, los colorados se posicionaron a la izquierda de los blancos. Esta ubicación espacial, resulta de la impronta más liberal de los primeros y de la influencia del dos veces Presidente de la República, José Batlle y Ordóñez⁸⁴ (1903-1907; 1911-1915) durante el primer tercio del siglo XX, reforzada décadas más tarde por el neobatllismo de su sobrino Luis Batlle Berres, quien también ejerciera como Primer Mandatario (1947-1951; 1955-1956⁸⁵) (González 1993: 111)⁸⁶.

Empero, hacia finales de la década del “Maracanazo”⁸⁷ y a lo largo de los años sesenta, en un contexto internacional signado por la Guerra Fría y el triunfo de la Revolución Cubana, y bajo un escenario nacional de escalonado deterioro de la economía, del Estado keynesiano, de los niveles de bienestar social y de la capacidad de liderazgo y reproducción de legitimación del sistema político, la estructura bipartidista entró en crisis y las colectividades tradicionales asistieron a un importante desplazamiento de sus posiciones hacia la derecha de la escala. Tal desplazamiento se expresó en una significativa pérdida de las alas más “izquierdistas” en ambos partidos, particularmente en el caso del PC, que hacia 1971 experimentó la pérdida de los batllistas Zelmar Michelini y Hugo Batalla, quienes ese año cofundaron el FA. Dentro del PN la consolidación de la figura de Wilson Ferreira Aldunate, en los albores de los setenta, significó un contrapeso al proceso de “derechización” y colocó a los blancos a la izquierda de los colorados en el espectro político.

La izquierda, por su parte, se aprestó a tejer distintas alianzas (incluso con dirigentes y sectores “progresistas” escindidos de los partidos tradicionales⁸⁸) con miras a optimizar su discreta performance electoral. Estas estrategias que pretendían crear un “frente popular”, se encuadran en una etapa de metamorfosis de la izquierda política uruguaya, donde esta avanza desde una presencia marginal y diseminada en pequeños “partidos de ideas” hacia una nueva fuerza política movilizadora de masas y con vocación electoral. A su vez, estos ensayos preliminares fueron acompañados por una fortísima movilización corporativa de la izquierda, a través de sindicatos de trabajadores⁸⁹ y ⁹⁰ y agremiaciones estudiantiles. Todo ello, bajo un clima de ascendentes crispaciones sociales donde entre la segunda mitad de los sesenta y comienzos de los setenta se agregó el estallido de una guerrilla urbana de izquierda a manos del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN-T), seguido de la acción represiva del cuerpo policial, de grupos violentos de ultraderecha y posteriormente también de las Fuerzas Armadas. El modelo de acumulación de industrialización desarrollista que había sustentado al próspero Uruguay (neo) batllista de la segunda mitad de los cuarenta y gran parte de los cincuenta, se había desmoronado y junto con él, la conciliación social y la política de compromiso. La crisis estructural de un país en llamas estaba instalada y “*la polarización ‘ideológica’ fue la expresión política de un consenso agotado*” (Moreira 1997: 96).

Con este trasfondo, al despuntar la década del setenta, blancos y colorados, incapaces de proporcionar soluciones viables a los desbordantes problemas del país, acudieron a la fractura del bipartidismo, con la irrupción en el sistema de un tercer actor que nacería para oponérselos y *desafiarles* desde la izquierda del espectro ideológico. A partir de entonces ya

nada sería igual. El FA emerge como una *coalición de partidos*, un conglomerado que reunía en su seno retazos de diversa estirpe: comunistas; socialistas; anarquistas y otras agrupaciones de izquierda electoralmente muy menores hasta entonces; demócrata cristianos (PDC)⁹¹; sindicalistas; estudiantes; intelectuales; grupos escindidos de los partidos tradicionales y ciudadanos independientes, entre otros agrupamientos. Su principal representante y candidato único a la Presidencia de la República, fue el General retirado Liber Seregni⁹², de tradición batllista mas sin participación partidaria activa hasta entonces. Si bien el voto frenteamplista de 1971 se reclutó fundamentalmente entre ciudadanos jóvenes, educados, trabajadores sindicalizados, de clase media y montevideanos, desde entonces ya se perfilaron los atributos de un partido de masas o *catch all* que vendrían a profundizarse y consolidarse en el período post dictatorial⁹³.

La plataforma programática del FA embanderaba una fuerte reivindicación de la vigencia del orden democrático y el pleno respeto de los derechos humanos y las libertades públicas, ante el autoritarismo del gobierno derechista del colorado Jorge Pacheco Areco⁹⁴ y el vislumbamiento de un quiebre institucional⁹⁵. Asimismo, postulaba la concreción de reformas estructurales, tales como la nacionalización de la banca, el no pago de la deuda externa, la ruptura de relaciones con el Fondo Monetario Internacional y una reforma agraria y tributaria que permitiera la redistribución de los ingresos.

A pocos meses de su fundación, el FA compareció a las urnas alzándose con el 18% de las adhesiones a nivel nacional, acontecimiento inédito en Uruguay para un actor partidario de oposición no tradicional. La repercusión fue aún mayor en la ciudad capital de Montevideo, donde el flamante Frente reunió el 30% de los votos, confinando al PN al segundo lugar en la circunscripción más importante del país, y colocándose en dicho distrito, diez puntos por debajo del ganador de los comicios: el PC. La votación de 1971 posicionó al FA como la tercera fuerza política del país y le proporcionó una capacidad de arbitraje parlamentario de una efectividad nunca antes obtenida por terceros partidos.

De esta manera, en vísperas del brutal Golpe de Estado de 1973⁹⁶ y el consiguiente derrumbamiento de la poliarquía, se estrenó un escenario político de pluralismo *limitado* en su grado de fragmentación, mas *polarizado* en virtud de las oposiciones radicales de suma cero emergidas, donde el tradicional formato bipartidista se quebró definitivamente para dar paso a la configuración de un sistema de tres partidos *relevantes*⁹⁷. Paralelamente, la dirección de la competencia interpartidaria pasó de centrípeta a centrífuga (Lanzaro 2001) y su forma de pragmática a ideológica, donde blancos y colorados alteraron su ubicación en el espacio ideológico, posicionándose los primeros en el centro y los segundos a la derecha del *continuum*. Todo esto bajo incambiadas reglas electorales y el mismo marco institucional presidencialista (aunque ya lejos del consociacionalismo) que habían proporcionado larga estabilidad al esquema binario.

II. 2. 2. El “triunfo del centro” en la hora de la redemocratización

Desde el nacimiento del FA, el transcurrir de la transición democrática y cada una de las elecciones posteriores al restablecimiento poliárquico, vinieron a confirmar que esta transformación histórica en el sistema de partidos no había sido un provisorio producto de la virulenta y excepcional coyuntura sesentista-setentista, sino que la presencia y el avance frenteamplista era un fenómeno que había llegado para quedarse. En vísperas de la reinstitucionalización, los resultados de los transicionales comicios de 1984 dibujaron una distribución del electorado muy similar a la registrada en 1971, ratificando la vigencia del carácter pluripartidista del sistema y dando prueba fehaciente de la supervivencia electoral de una izquierda que durante doce años de dictadura cívico-militar había resistido los intentos del *régimen* por diezmarla.

Las elecciones que dieron paso al comienzo de una “tercera ola” poliárquica en Uruguay, trazaron un mapa político con los mismos partidos ganadores y perdedores que en 1971, donde al igual que en las postrimerías de la “segunda ola”, el FA se ubicó a la izquierda del espectro ideológico, el PN, aún bajo el liderazgo de Ferreira Aldunate, en el centro y el PC, hacia la centro-derecha. El partido “de la Defensa”, que resultó vencedor con la fórmula Julio María

Sanguinetti - Enrique Tarigo (de raíz moderada y contraria a la dictadura) obtuvo el 41% de los votos (porcentaje casi idéntico al de 1971), desplazando a los nacionalistas al segundo lugar con el 35% (cayendo un 5% en relación a 1971). La coalición de izquierdas logró el 21% de las adhesiones, en tanto el partido Unión Cívica reunió poco más del 2%⁹⁸.

Para el FA, este carácter “restaurador” de los comicios, dejaba un sabor agridulce y la sensación de que, finalizado el régimen, parecía que “aquí no hubiera pasado nada”^{99 y 100}. Empero, mucho había pasado y mucho más quedaba por suceder. En tal sentido, las elecciones de 1984, han sido señaladas por los analistas como el reflejo de una victoria del centro político, en la medida que dentro de los partidos tradicionales, las fracciones opositoras a la dictadura derrotaron a sus correligionarias alas de derecha pro-autoritarias^{101 y 102}, mientras que en la izquierda (donde no existió ningún sector proclive al régimen de facto) se impusieron las fracciones más moderadas sobre aquellas más radicales, pro-revolucionarias y más contestatarias de lo que denominaban “democracia burguesa”¹⁰³.

Este golpe a las fuerzas anti-sistema del espectro político auguró un buen pronóstico para la renaciente poliarquía, reduciendo la polarización y redireccionando el patrón de la competencia interpartidaria nuevamente hacia el centro del *continuum* (González 1993: 110). No obstante, bajo tal escenario de moderación, el sistema de pluralismo limitado, se restauró junto con la dinámica oposición-gobierno en clave ideológica (ya no pragmática como en la era bipartidista) con destacables niveles de distancia ideológica entre tres partidos relevantes que pronto se alinearían en dos bloques partidarios.

II. 2. 3. La recolocación de las posiciones ideológicas en los albores del “presidencialismo de coalición”

El año electoral de 1989, estuvo signado internacionalmente por la caída del Muro de Berlín y el comienzo del proceso de disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en Europa del Este. El colapso del bloque comunista que, naturalmente causó gran conmoción en las izquierdas del mundo entero, también repercutió fuertemente a nivel doméstico, exacerbando las divergencias ideológicas que ya estaban instaladas al interior de la izquierda uruguaya desde la recuperación democrática. El corolario de estas diferencias fue la fractura del FA con la escisión de sus grupos más moderados: el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP) y el PDC, que abogaban por una renovación ideológica y en tal sentido conformaron un nuevo partido: el Nuevo Espacio (NE), bajo el cual acudieron a las urnas ese año¹⁰⁴.

El NE se presentó a los comicios como una opción de centro-izquierda¹⁰⁵, con Batalla como único presidenciable, alcanzando el 9% de los votos a nivel nacional y el 13% en Montevideo. Estos guarismos le concedieron el status de partido “relevante”, reafirmando aún más el carácter pluralista limitado de un sistema que ahora pasaba a tener cuatro actores.

Sin embargo, este relativo éxito inaugural del NE estuvo muy lejos de opacar la performance del FA, que por sí sólo mantuvo los porcentajes electorales de 1984 y afirmó su protagonismo en el sistema político al asirse finalmente con el gobierno municipal de Montevideo. Por vez primera en la historia política del país y de la mano de la emergente figura del electo Intendente Tabaré Vázquez¹⁰⁶, un partido no tradicional accedía a un cargo ejecutivo de tal envergadura. A ello debe agregarse la notabilidad de haberse impuesto nada menos que en Montevideo, ciudad capital, centro político-administrativo, bastión cultural, hogar de la mitad de la población uruguaya y otrora botín colorado¹⁰⁷.

Los partidos tradicionales, por su parte, alternaron pragmáticamente su posición en el gobierno nacional, resultando elegido Presidente de la República, Luis Alberto Lacalle de Herrera¹⁰⁸, perteneciente a la fracción herrerista del PN. Con la victoria de Lacalle, quien en sintonía con el paradigma neoliberal predicado en esos años desde el Consenso de Washington por los organismos financieros internacionales, impulsó una política económica de fuerte impronta anti-estatista y, fallecido Ferreira Aldunate (en 1988), los blancos se desplazaron hacia la derecha del espacio ideológico,

retornando a su rol de partido “conservador”. No obstante, los colorados, no se reposicionaron a su izquierda, sino que por el contrario, se mantuvieron en la centro-derecha del espectro, comenzando así, un progresivo proceso de superposición ideológica entre ambos rivales históricos.

Por otro lado, los resultados electorales de 1989 continuaron la tendencia iniciada en 1971, en la cual elección tras elección, los dos partidos fundacionales sumados como bloque, venían perdiendo parte de su caudal electoral en favor de las colectividades políticas no tradicionales. Blancos y colorados sumados, captaron menos del 70% del total de los votos emitidos en todo el país y el NEP electoral saltó del 2,95 de 1984 a un 3,37 en 1989 (Buquet, Chasqueti y Moraes 1998). Para fines de la denominada “década perdida”, entonces, el 30% del electorado a nivel nacional y el 48% a nivel del departamento de Montevideo, se volcó por opciones partidarias que Luis E. González (1999) bautizó como “*desafiantes*”, en la medida que precisamente *desafiaban* –dentro del marco de la legítima competencia democrática- la permanencia de blancos y colorados en el ejercicio del gobierno nacional.

Paralelamente, en un marco de presidencialismo multipartidista (la “difícil combinación” de Mainwaring 1993¹⁰⁹) y bajo la legislación electoral regente, este avance de los partidos desafiantes se tradujo en la ausencia de mayorías parlamentarias que habilitaran al partido de ganador a llevar adelante su agenda de gobierno. Este escenario condujo a la reformulación de los viejos esquemas de compromiso a través de los cuales los dos partidos fundacionales habían conducido al país por larga data. Así, a partir de la llamada “coincidencia nacional”, durante el gobierno de Lacalle se inauguró una etapa de “presidencialismo de coalición”, en la cual, blancos y colorados compartieron secretarías de Estado, cargos en empresas estatales y responsabilidades de gobierno¹¹⁰. Por su parte, las “dos” izquierdas (ninguna de las cuales participó, ni fue invitada a participar en el gobierno de coalición), se ubicaron del lado de la oposición¹¹¹.

Si bien esta primera experiencia de cooperación en clave coalicional no estuvo exenta de rispideces inter e intra partidarias, donde la competencia y las rivalidades cruzadas entre ambos partidos y sectores de los mismos dejaron un saldo de cooperación limitada (Lanzaro 2001: 173)¹¹², la “coincidencia nacional”, inició un proceso de importantes enseñanzas. Los tiempos de cooperación plena e inédita convergencia entre blancos y colorados estaban a la vuelta de la esquina.

II. 2. 4. El país de los tres tercios

Hacia 1994, los partidos tradicionales estuvieron a pocas decenas de miles de votos de ser desbancados del gobierno nacional. Los comicios de ese año diseñaron una distribución del electorado totalmente atípica para el Uruguay: el país de los tres tercios. Los resultados de la votación arrojaron un empate virtual entre los tres partidos de mayor envergadura, a punto tal que entre el PC, ganador de las elecciones, y el FA, tercero en número de votos recibidos, se registró una diferencia de menos de dos puntos porcentuales.

Este empate virtual entre colorados, blancos y frenteamplistas estuvo acompañado de un importante descenso en la votación de NE, el cual había sufrido un desmembramiento de parte de su elenco político a raíz de la alianza electoral celebrada entre integrantes del grupo PGP y el PC. Alianza que condujo a Batalla a la Vicepresidencia de la República, acompañando la candidatura de Sanguinetti quien por segunda vez, se convirtió en Primer Mandatario.

Aquellos integrantes del NE que rechazaron (re)incorporarse a filas coloradas, protagonizaron una refundación del partido, en el marco de la cual, el “nuevo” Nuevo Espacio obtuvo un respaldo electoral del orden del 5%, depreciando su votación en un 40% con respecto a los comicios anteriores.

Mas el PC no fue el único que supo zurcir fructíferas alianzas. El salto hacia el 30,6% de los sufragios a nivel nacional registrado por el FA en 1994 (que retuvo el gobierno de Montevideo con el 45% de los votos), se encuadró en una

“actualización” ideológica y programática de la izquierda (Garcé y Yaffé 2004), amparada por el ensanchamiento del conglomerado, a partir del (re)alistamiento de algunos miembros del PDC y del PGP (contrarios al acuerdo con el PC) y la incorporación de sectores “progresistas” de los partidos tradicionales (disconformes con el modelo de desarrollo de orientación “pro-mercado” que éstos procuraban implementar en el país). La nueva alianza adoptó la denominación de Encuentro Progresista - Frente Amplio (EP-FA) y promovió la candidatura única de Vázquez a la Presidencia de la República y del ex nacionalista Rodolfo Nin Novoa a la Vicepresidencia. La integración de estos nuevos “socios” con perfiles más moderados, implicó una ampliación del abanico de la oferta de la izquierda, con una fuerte vocación de captar votos del electorado de centro. Esta estrategia de “aggiornamento”, impulsada bajo la égida de Vázquez (y que fue objeto de intensos debates en la interna frenteamplista), navegaba en sintonía con el afianzamiento de los rasgos propios de un partido cada vez más *catch-all*, pero que al mismo tiempo mantenía viva la mística de la izquierda frenteamplista.

La sumatoria de adhesiones a los partidos desafiantes hacia 1994, volvió a manifestarse al alza en comparación con 1989 y en perjuicio del subsistema de los partidos tradicionales fundacionales. Planteado tal escenario y en virtud de estos porcentajes inéditos de empate virtual, blancos y colorados se sintieron más “desafiados” que nunca. Ante este panorama, la segunda administración de Sanguinetti se desarrolló a la luz de una coalición amplia y sólida, que mantuvo mayorías parlamentarias a lo largo de todo el período (Chasqueti 1998)¹¹³ y fijó una agenda de gobierno común, con un paquete de reformas estructurales que entre otras cosas procuraba la “modernización” del viejo Estado de Bienestar Batllista en clave “liberalizante”. Si bien la impronta heterodoxa, moderada y gradualista de tales reformas (en sintonía con el estilo de la política doméstica y a diferencia de las reformas de *shock*, instrumentadas en varios países de la región) tomó distancia del neoliberalismo radical, en auge por esos años, su contenido se alejó también de las pautas propiamente keynesianas y redistributivas tan arraigadas en la matriz cultural uruguaya.

La promoción de estas políticas de inspiración pro-mercado por parte de los partidos tradicionales, no sólo estuvo a contra pelo del fuerte sentir estatista del grueso de la ciudadanía (Moreira 1997, 2004b; Luna 2004), sino que además alimentó al polo opositor de izquierda, adoptando el EP-FA, la defensa del igualitarismo y del *Welfare State* Batllista como caballito de batalla y alzándose (junto a activos movimientos desde la sociedad civil, incluido el movimiento sindical) contra lo que concebía como su “desmantelamiento”.

II. 2. 5. De los tres tercios a los dos bloques ideológicos

“A medida que crece la oposición de izquierda, crece también la convergencia entre los partidos tradicionales, y después de un período de política ‘triangular’, se delinea una política de bloques [en la que] blancos y colorados [acuden] a un proceso inédito de cooperación” (Lanzaro 2004:52). En el marco de un contexto político absolutamente desafiante a sus intereses, aquellos partidos fundacionales que alguna vez habían dividido al país en dos mitades, se dispusieron a impulsar juntos una reforma electoral capaz de obstaculizar lo que se percibía como inminente bajo las reglas de juego vigentes: el triunfo del EP-FA en los comicios de 1999.

De esta manera, blancos y colorados promovieron una controversial reforma constitucional aprobada por muy escaso margen en 1996¹¹⁴ y que entre sus modificaciones más significativas, dispuso: i) la separación en el tiempo de los comicios nacionales y los departamentales (estos últimos pasan a realizarse unos seis meses después de los primeros, eliminando así la vinculación a nivel de lema entre ambas elecciones); ii) la eliminación del clásico sistema de doble voto simultáneo para la elección presidencial (estableciendo en su lugar un régimen de candidatura única por partido y nominada a través de la celebración de elecciones preliminares internas obligatorias) y iii) la instauración del *balotaje* o “doble vuelta” como mecanismo para eventualmente dirimir la elección presidencial. De acuerdo a esta última pauta, en

caso que ningún presidenciable logre una adhesión de la mayoría absoluta más uno del total de los votos emitidos válidos en una “primera vuelta” (a celebrarse en octubre), la elección del Primer Mandatario habrá de definirse en una segunda instancia (a realizarse en noviembre) entre el candidato del partido más votado y el presidenciable del segundo partido más votado. La lógica del sistema ampara, al menos en teoría, el formato multipartidista, al permitir que todos los partidos compitan en primera vuelta con vistas a la representación parlamentaria (manteniendo incluso la fórmula electoral proporcional) y a la contienda presidencial. Luego, en la eventualidad de una segunda ronda, conduce a que aquellos partidos que quedaron fuera de la carrera por la Primera Magistratura, se alineen en torno a aquel partido que consideren más afín ideológica/ programáticamente, diseñando así un escenario de bipolaridad entre una y otra opción. Dicha bipolaridad, aún puede ser en clave moderada y bajo un tipo de competencia centrípeta (Lanzaro 2001), ya que en los hechos, su mecánica de funcionamiento se asemeja a la de un bipartidismo.

Ahora bien, la enmienda constitucional, no introduce tal mecánica de funcionamiento *bipolar* en el sistema de partidos uruguayo, sino que más bien la reproduce y consolida. Efectivamente, la política de bloques ya estaba instalada en la práctica con las coaliciones de gobierno bicolores y con una lógica de oposición-gobierno nítidamente ideológica, que estructuraba un patrón de competencia interpartidaria (o interbloque) centrado en la disputa por un modelo de desarrollo “keynesiano” vs. uno “pro-mercado”. En tal sentido, la Reforma de 1996 emerge como la expresión de una realidad política preexistente, donde en palabras de Lanzaro (2004:18): “[el] *nuevo régimen electoral (...) tiende a reforzar la competencia bipolar y contribuye [simultáneamente] al afianzamiento del clivaje izquierda-derecha*” (Lanzaro 2004: 18).

El polémico término “familias ideológicas”, al que apeló el entonces Presidente Sanguinetti, ilustra el razonamiento bajo el que partidos y electores se ampararían al momento de apoyar, en un eventual balotaje, a uno u otro bloque, léase a uno u otro modelo de país. Según la interpretación de Sanguinetti, aunque el EP-FA creciera hasta convertirse en el partido más grande del sistema, en la segunda vuelta, los partidos y partidarios tradicionales aunarían sus votos por el hecho de pertenecer a una misma “familia ideológica”.

Efectivamente, hacia las elecciones de 1999, en el estreno de las nuevas reglas de juego, el EP-FA superó por primera vez a cada uno de los partidos fundacionales consagrando casi el 40% de las adhesiones en todo el país (y reteniendo por tercera vez la Intendencia capitalina), contra el 32% del PC y un discreto 22% del PN. No obstante, fue derrotado en la instancia del balotaje, donde el presidenciable blanco Lacalle, vencido en la primera vuelta, firmó junto con el resto de su partido, un compromiso programático con el PC, a partir del cual los nacionalistas apoyaron e hicieron campaña por la victoria de quienes habían sido sus contrincantes históricos¹¹⁵. Así, la enorme mayoría de los votos blancos de octubre, se volcó en noviembre hacia la candidatura colorada de Jorge Batlle Ibáñez¹¹⁶ y con el 54% de las adhesiones, la “familia ideológica” tradicional logró mantenerse en el poder. La teoría de Sanguinetti se había constatado empíricamente.

El acuerdo entre blancos y colorados, se plasmó luego, tal como había sido negociado, en una nueva coalición de gobierno bicolor, repitiendo las experiencias ya recorridas desde la administración Lacalle, mas con la particularidad que esta vez, no fueron sólo algunas fracciones del partido tradicional perdedor de las elecciones las que integraron el gobierno junto con el partido tradicional ganador, sino que la coalición se compuso de ambas colectividades en su totalidad.

El institucionalizado acuerdo pre balotaje sellado entre dirigentes nacionalistas y colorados, no tuvo conducta homóloga del lado del bloque desafiante. El por segunda vez presidenciable Vázquez, sólo pudo lograr un compromiso de tipo individual con el líder del NE, Rafael Michelini¹¹⁷ y los demás dirigentes de su relevante pero cada vez más reducido partido (cuyos guarismos en 1999 descendieron al 4,6%). Concomitantemente, a nivel de la ciudadanía, estudios post electorales revelaron que los votos del NE en la primera vuelta, si bien se volcaron mayoritariamente a la candidatura del EP-FA en la segunda ronda (56%), no manifestaron una alineación tan fuerte como la de los blancos tras los colorados

(83%) y así, un significativo porcentaje de los sufragios nuevoespacistas (38%) se inclinó por Batlle, en tanto los votos restantes (6%) fueron en blanco o anulados (Canzani 2000).

Mientras las elites y las bases tradicionales asistían a una coincidencia sin precedentes, superponiéndose en la centro-derecha/derecha del *continuum* ideológico, los dos partidos desafiantes ubicados hacia el otro lado del espectro, se mantenían separados y con una actitud zigzagueante del NE, que con miras a marcar un perfil propio había sabido fijar sus diferencias tanto con los partidos fundacionales como con el EP-FA¹¹⁸. Este último, por su parte, continuaba creciendo “hacia adentro” (Moreira 2004b), siguiendo una estrategia “bandwagon” (Luna 2004) y procesando simultáneamente el cambio moderador de su discurso y su propuesta programática, con la continuidad de su identidad frenteamplista¹¹⁹. Lo que se había originado como una coalición de partidos, se estaba transformando en un partido de coalición, un bloque por sí mismo, que pronto (re)absorbería en su seno al NE, monopolizando así el espacio ideológico desde la extrema izquierda hasta la centro-izquierda y compitiendo en dirección hacia el centro del continuo downsiano¹²⁰.

II. 2. 6. (Re) Unificación y triunfo del bloque desafiante

La coalición blanco-colorada que asumió el gobierno en 2000, se mantuvo formalmente hasta las postrimerías del año 2002, donde en medio de una brutal crisis socio-económica y financiera, el PN resolvió retirar a sus ministros del gabinete y en teoría, poner fin a la administración bicolor. Sin embargo, en los hechos los legisladores nacionalistas continuaron apoyando a sus pares colorados en el Parlamento hasta finales del período, manteniendo de esta forma la dinámica bipolarizada de bloques en el sistema político.

En un contexto signado por el escandaloso quiebre de bancos, la devaluación del dólar, el cierre de empresas, el crecimiento disparatado del riesgo país, del endeudamiento externo, del desempleo, de la emigración y de la pobreza; el orden democrático se mantuvo intacto y el bloque desafiante siguió expandiéndose electoralmente en detrimento del bloque fundacional, continuando la tendencia de crecimiento ininterrumpido iniciada en 1971. En este marco, hacia 2003, el EP-FA y el NE arribaron a un acuerdo de cara a las elecciones nacionales del año siguiente, (re)unificándose bajo la denominación Encuentro Progresista - Frente Amplio - Nueva Mayoría (EP-FA-NM).

Los dirigentes del NE que no comulgaron con la formación de tal alianza, fundaron el Partido Independiente (PI), buscando posicionarse como una alternativa “de centro” frente a los dos grandes polos de izquierda/centro-izquierda y centro-derecha/derecha.

Ante los ojos de gran parte de la ciudadanía, los partidos fundacionales, con sus políticas económicas liberalizantes y desreguladoras aplicadas desde la reinstitucionalización poliárquica, emergían como los causantes de la fractura económica y social del país. Pero si un amplísimo sector de la opinión pública responsabilizaba al bloque tradicional por los males acaecidos, el partido más comprometido era por lejos el Colorado, el cual se aprestaba a enfrentar una debacle electoral sin precedentes¹²¹.

Los primeros comicios del siglo XXI en Uruguay fueron testigos del histórico triunfo de la izquierda política comandada por Vázquez. Por vez primera y tras más de un siglo y medio de gobiernos colorados y blancos, un partido no tradicional se alzaba democráticamente con la Presidencia de la República y lo hacía por mayoría absoluta de los votos, desactivando la necesidad de disputar un balotaje y consagrando la mayoría de las bancas en ambas cámaras legislativas.

Junto a esta inédita rotación entre desafiantes y tradicionales en el poder, las elecciones nacionales de 2004 dibujaron un mapa político que algunos analistas han definido como de retorno al bipartidismo (Chasquetti 2004; Bottinelli 2005a, 2008a), con un EP-FA-NM acaparador de la mitad del electorado, un PN refortalecido con algo más de un tercio de las adhesiones, un PC desplomado al diez por ciento de los votos y un cuarto espacio (PI) apenas capaz de lograr una

banca en la Cámara Baja. Este escenario ilustrado por un NEP electoral que cayó del 3,08 de 1999 al 2,5 en 2004 (Queirolo 2006), no cabría siquiera en la categorización de sistema de “dos partidos y medio” de Blondel, dado que la suma de los dos partidos de mayor envergadura supera el ochenta por ciento de los sufragios emitidos. Paralelamente, el formato bipartidista de 2004 se afirmaría también atendiendo a los criterios sartorianos, ya que la mayoría absoluta consagrada por el EP-FA-NM le permitió a la izquierda prescindir de esquemas coalicionales y establecer en cambio un “gobierno de partido” (Chasquetti 2004)¹²².

II. MARCO METODOLÓGICO

II. 1. CONCEPTOS A CONSIDERAR

Luego del encuadre teórico proporcionado en el capítulo anterior, a lo largo de las siguientes páginas procuraremos llevar a cabo un **estudio de alcance descriptivo** que analice la evolución de las percepciones y orientaciones político-ideológicas de los ciudadanos uruguayos entre 1985 y 2005, en el marco de un sistema de partidos altamente institucionalizado que, durante ese período, se encaminó hacia una mecánica de funcionamiento bipolarizada en torno a dos bloques partidarios y con una estructuración de la competencia política en clave ideológica.

En esta línea, buscaremos indagar si en las dos décadas posteriores a la recuperación democrática en Uruguay, el sistema de partidos evolucionó hacia la conformación de dos familias de partidos caracterizadas por presentar una serie de creencias, actitudes, opiniones y comportamientos diferenciados; en otras palabras: dos “*familias político-ideológicas*” con patrones de “*cultura política*” propios.

Dos aclaraciones conceptuales caben hacerse a este respecto.

i) En primer lugar, el término de “familias ideológicas” manejado por el ex Presidente Sanguinetti en el marco de la discusión por la reforma constitucional de 1996, también ha sido adoptado desde la academia (Lanzaro 2001, 2004; Moreira 2000, 2001, 2004b; Alcántara Sáez y Luna 2004; Queirolo 2006) para referir a los dos bloques de partidos ideológicamente conectados, conformados por el PC y el PN por un lado, y por el FA y sus sucesivas alianzas (EP-FA y luego EP-FA-NM) por el otro. En este marco, Luna (2004: 141) ha definido por familias ideológicas a “*un conjunto de partidos que comparten un perfil similar respecto a sus preferencias ideológicas en torno a un conjunto de issues relevantes*”. La presente monografía suscribirá a dicha definición y asimismo incorporará el concepto de “familias políticas de partidos” utilizado por González (1993), según el cual para que dos o más partidos sean considerados integrantes de una misma familia, deben mantener una relación de “*razonable cercanía*” en el continuo izquierda-derecha. A partir de Luna (2004) y González (1993), entonces, arribamos a la idea de “familias político-ideológicas” de partidos.

ii) El concepto de “cultura política”, por su parte, fue introducido en 1963 por los politólogos estadounidenses Gabriel Almond y Sidney Verba en su clásica obra “*La cultura cívica. Actitudes políticas y democracia en cinco naciones*”. Desde entonces, el término ha sido extensamente abordado, y el enfoque original criticado y reformulado por diversos autores. Sin embargo, el legado de la definición pionera ha sido fundamental para los estudios del comportamiento electoral del último medio siglo. Almond y Verba sostienen que la cultura política es el conjunto de “*... orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo dentro de dicho sistema*”¹²³. Se trata así, de las disposiciones psicológicas de los individuos hacia los objetos y procesos sociales y políticos. Complementariamente, Lucian Pye y Sidney Verba (1965)¹²⁴ argumentan que la cultura política “*...refiere no a lo que sucede en el mundo de la política, sino ‘a lo que la gente cree que sucede’: esto es, a las instituciones políticas tal como éstas son internalizadas con cogniciones, sentimientos y evaluaciones por parte de quienes se encuentran sometidos a ellas*” (Moreira 1997: 38).

Hechas estas dos puntualizaciones, y con el norte general de investigación planteado, a continuación pasaremos a detallar los aspectos metodológicos que guiarán este trabajo.

II. 2. OBJETO DE ESTUDIO

La **unidad de análisis** de esta investigación estará dada por los ciudadanos uruguayos de 18 y más años de edad¹²⁵, desde la reinstitucionalización democrática hasta el histórico e inédito ascenso del FA en el gobierno nacional y su posterior imposición electoral en ocho de las diecinueve administraciones departamentales del país (1985-2005).

II. 3. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

El **objetivo general** que guiará este trabajo consistirá en discutir sobre la conformación de dos familias político-ideológicas en el sistema de partidos uruguayo de la post dictadura (1985-2005) con patrones de cultura política propios.

En función de tal objetivo general, se plantearán los siguientes **objetivos específicos**:

i) estudiar la evolución de la percepción de la opinión pública acerca de la ubicación de los partidos políticos relevantes a lo largo del eje izquierda-derecha, durante el período mencionado;

ii) estudiar la evolución de la autoidentificación de los votantes de cada partido relevante a lo largo del eje izquierda-derecha, durante el período mencionado;

iii) estudiar la evolución de los niveles de distancia y superposición ideológica entre las bases electorales de los partidos relevantes y, consiguientemente la evolución de la polarización ideológica del sistema de partidos, a lo largo del eje izquierda-derecha, durante el período mencionado;

iv) estudiar la evolución de las orientaciones actitudinales y posicionamientos de los votantes de cada partido hacia una serie de valores e *issues* políticos, socio-económicos y socio-morales, a lo largo del período mencionado;

v) determinar si en el seno del electorado coexisten dos subculturas políticas diferenciadas, una correspondiente al bloque de centro-derecha/derecha conformado por el PC y el PN y la otra propia del bloque de izquierda/centro-izquierda, encarnado en el FA y sus posteriores transformaciones, léase: EP-FA y luego EP-FA-NM;

vi) discutir sobre la pertinencia de la aplicación del término “familias político-ideológicas” y la calificación de “progresista” y “conservadora” para referir a los bloques partidarios conformados por el PC y el PN por un lado, y por el FA y sus posteriores incorporaciones (EP-FA/ EP-FA-NM) por el otro, desde la perspectiva de la opinión pública.

II. 4. PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

La **pregunta** rectora que guiará la presente investigación queda formulada de la siguiente manera:

En el marco de un sistema multipartidista moderado, cuya lógica de funcionamiento se bipolariza en torno a dos grandes bloques o coaliciones de partidos ideológicamente conectados, ¿es posible hablar de la cohabitación de dos subculturas políticas con patrones actitudinales propios, léase por un lado, una subcultura política de *centro-derecha/derecha*, representante del electorado de los partidos tradicionales y por el otro, una subcultura política de *izquierda/centro-izquierda*, representante de los votantes del FA y sus diferentes alianzas? En otras palabras, a lo largo del período 1985-2005, *¿la opinión pública uruguaya ha evolucionado hacia la coexistencia de dos subculturas políticas, una propia de una familia político-ideológica “conservadora” y otra identificatoria una familia político-ideológica “progresista”?*

II. 5. HPÓTESIS DE INVESTIGACIÓN

A la luz de los objetivos planteados y de la interrogante motora recién reseñada, procuraremos poner a prueba la siguiente **hipótesis** de trabajo:

Desde la perspectiva de la opinión pública, a lo largo del período 1985-2005, el sistema de partidos uruguayo asistió a la conformación de dos familias político-ideológicas, cada una de ellas dueña de una subcultura política propia. Por un lado, se constituyó una familia a la que denominaremos “*conservadora*”, compuesta por el PC y el PN y posicionada en la centro-derecha/ derecha del espectro ideológico y por el otro lado, se erigió una familia a la que llamaremos “*progresista*”, integrada por el FA y sus sucesivas alianzas (EP-FA y posteriormente EP-FA-NM) y posicionada en la izquierda/centro-izquierda del *continuum*.

II. 6. DIMENSIONES, VARIABLES E INDICADORES DE ANÁLISIS

En Uruguay, aún cuando las categorías izquierda-derecha son ampliamente identificadas por la opinión pública y efectivamente funcionan como atajos cognitivos de los que ésta se vale para decodificar el mundo político, las identificaciones político-partidarias de los individuos resultan la principal variable de diferenciación de actitudes (Moreira 2000b: 155), significando su pantalla perceptual por antonomasia. Ahora bien, por motivos de disponibilidad de datos secundarios, la **variable independiente** de la presente investigación no será la identificación partidaria, sino que se adoptará como *proxy* la *preferencia político-partidaria* de los ciudadanos. Así, se tomará por *preferencia político-partidaria*, o bien: i) la *declaración de voto* en los comicios nacionales inmediatamente anteriores al momento de la medición del dato, o bien: ii) la *declaración de intención de voto* con miras a los comicios nacionales inmediatamente siguientes al momento de la medición del dato. La utilización de este doble criterio, se debe al uso de una u otra variable por parte de las distintas fuentes de información secundaria de las que se dispone para estudiar el período de veinte años que abarca esta monografía.

Con respecto a las **variables dependientes**, las mismas remitirán a una serie de patrones estables (no dinámicos) de la cultura política. Según Almond (1990)¹²⁶, la cultura política se alimenta de dos componentes que la tornan permanente y cambiante a la vez. Mientras el denominado componente *estable* se asocia a valores fundamentales, afectos y arraigadas convicciones que moldean los comportamientos políticos y son muy difíciles (aunque no imposibles) de modificar; el componente *dinámico* está vinculado a actitudes más volátiles y fáciles de cambiar, tales como las opiniones sobre el desempeño del sistema político y sobre la marcha de la economía.

En esta investigación, las variables dependientes englobadas dentro del componente estable de la cultura política estarán a su vez contenidas en cuatro **dimensiones analíticas** que se describen someramente a continuación.

i) la dimensión *ideológico-espacial*, que comprenderá el estudio del posicionamiento en el eje izquierda-derecha de ciudadanos, partidos y líderes (siempre según la percepción de los primeros), así como también el análisis de la distancia y convergencia ideológica existente entre las bases electorales de las distintas unidades del sistema de partidos y el grado de polarización ideológica existente en este último;

ii) la dimensión *política*, que encuadrará las variables referentes a las orientaciones valorativas de la opinión pública con respecto a la democracia y algunas de sus instituciones más fundamentales como el voto y los partidos políticos. Paralelamente, agrupará variables concernientes al grado de interés e involucramiento políticos, midiendo actitudes hacia los partidos, la política y la participación en política;

iii) la dimensión *socio – económica*, que abordará acerca de las creencias y valoraciones de los electores sobre la participación del Estado en las esferas económica y social;

iv) finalmente, la dimensión *socio – moral*, en la cual se inscribirán las variables relativas a orientaciones de la opinión pública hacia la laicidad, la religión y valoraciones sobre una serie de *issues* de gran relevancia social, moral y hasta filosófica (la aceptación del divorcio, de la práctica del aborto y de la homosexualidad).

La batería de **indicadores** correspondientes a cada variable de cada dimensión, así como los años de medición disponibles, se detallan a continuación en el Cuadro 1. Si bien algunos indicadores de determinadas variables, cuentan con una única medición a lo largo de todo el período a examinar, se consideró igualmente importante su inclusión como aporte adicional para el análisis.

III. 7. FUENTES DE INFORMACIÓN

Para llevar adelante el presente trabajo, concomitantemente con las fuentes teóricas ya reseñadas en páginas anteriores, nos nutriremos de datos secundarios provenientes de distintas investigaciones efectuadas entre 1985 y 2005, por parte de:

i) empresas consultoras de opinión pública:

- Cifra;
- Equipos Consultores Asociados/ Equipos MORI;
- Factum/ Instituto Factum;

ii) centros de investigación en ciencias sociales:

- Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay – CIESU;
- Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República;

iii) estudios nacionales e internacionales en la materia:

- Corporación Latinobarómetro;
- Encuesta de Valores en Uruguay -a cargo del Programa de Educación en Valores de la Universidad Católica del Uruguay “Dámaso Antonio Larrañaga”;
- Encuesta Mundial de Valores (World Value Survey) -realizada en Uruguay por Equipos MORI.

Cuadro 1

Dimensiones, variables e indicadores para estudiar la existencia de familias político - ideológicas en Uruguay (1985-2005)

DIMENSIONES	VARIABLES	INDICADORES	AÑOS DE MEDICIÓN
Ideológico - espacial	Posicionamiento ideológico de los partidos relevantes en el eje izquierda-derecha según la percepción de la opinión pública	<ul style="list-style-type: none"> • Ubicación de los partidos relevantes en el eje izquierda-derecha según la percepción de toda la opinión pública • Ubicación de los líderes de los partidos relevantes en el eje izquierda-derecha según la percepción de toda la opinión pública 	1985, 1996, 1999, 2004 1993, 1999, 2004
	Posicionamiento ideológico de la opinión pública en el eje izquierda-derecha	<ul style="list-style-type: none"> • Autoidentificación de los votantes de cada partido relevante en el eje izquierda-derecha 	1985, 1989, 1996, 1999, 2002, 2004
	Distancia y convergencia ideológica de la opinión pública en el eje izquierda-derecha y Polarización ideológica del sistema de partidos	<ul style="list-style-type: none"> • Superposición ideológica de los votantes de los distintos partidos relevantes en el eje izquierda-derecha • Distancia ideológica entre los votantes de los distintos partidos relevantes en el eje izquierda-derecha 	1985, 1989, 1996, 2004 1985, 1989, 1996, 2004
Política	Valoración del régimen democrático	<ul style="list-style-type: none"> • Preferencia por la democracia como régimen de gobierno • Valoración del sufragio • Importancia atribuida a los partidos políticos en contraposición con la atribuida a los líderes • Valoración de los partidos políticos para la existencia del régimen democrático 	1987, 1996, 2002, 2004 2002 1987 2002, 2004
	Grado de interés e involucramiento políticos	<ul style="list-style-type: none"> • Proximidad/ simpatía con los partidos políticos • Importancia atribuida a la política • Interés en la política • Proximidad a la política • Involucramiento/ participación en política 	2002, 2004 1996, 2002 2002 1987 1987
Socio - económica	Grado de intervencionismo estatal deseado en la economía y en la sociedad (debate Estado-mercado)	<ul style="list-style-type: none"> • Grado de intervencionismo estatal deseado en la economía / Posición respecto a la participación estatal en la dirección de empresas y servicios públicos 	1987, 1996, 2001/2002, 2004
Socio - moral	Grado de laicidad/ religiosidad y de conservadurismo/ progresismo moral	<ul style="list-style-type: none"> • Grado de influencia deseada de las ideas religiosas en política • Creencia en Dios/ Nivel de religiosidad • Importancia atribuida a la religión • Grado de aceptación del divorcio • Grado de aprobación de la práctica del aborto • Grado de tolerancia hacia la homosexualidad 	1987 1997, 2000 2002 2002 1994, 2002 2002

Fuente: Elaboración propia.

IV. ANÁLISIS

**Sección I. LA DIMENSIÓN IDEOLÓGICO – ESPACIAL:
IZQUIERDA, DERECHA Y POLARIZACIÓN EN EL SISTEMA DE PARTIDOS**

I. 1. PARTIDOS Y ELECTORES EN EL EJE IZQUIERDA – DERECHA

I. 1. 1. Partidos y líderes a través de la imagen de posición percibida por la opinión pública

Si se parte de la base que la cultura política no remite a lo que de hecho ocurre en el mundo de la política, sino a lo que la gente *cre*e que allí sucede (Pye y Verba 1965), puede aceptarse la idea que *percepción de realidad y realidad* son la misma cosa. En sintonía con esto, independientemente de cuáles sean los posicionamientos de las unidades partidistas en el eje izquierda–derecha a juicio de politólogos y expertos, y de cuáles las imágenes de posición que las élites políticas procuren comunicar al conjunto de la opinión pública; para estudiar el ordenamiento de los partidos en el espacio ideológico, importará sobremanera conocer cuál es la percepción que los electores tienen acerca de la ubicación de tales partidos, así como también de la ubicación de sus líderes y dirigentes en el *continuum*.

En el Cuadro 2, se presenta la evolución del posicionamiento promedio de los partidos relevantes del sistema, según la óptica de toda la opinión pública y a través de cinco mediciones en el tiempo.

Como puede apreciarse, el mapa político de mediados del decenio de los ochenta, desde el lente de los votantes del departamento de Montevideo, exhibe una ordenación con tres lemas principales ocupando tres espacios definidos del espectro ideológico. Arrinconado en la izquierda pura de la escala ideológica, se sitúa el FA, en tanto los partidos tradicionales se asientan en la centro–derecha del espectro, con el PC en la posición más derechista. Así, a pesar que la ciudadanía montevideana percibía a blancos y colorados mucho más cercanos entre sí que en relación a la coalición frenteamplista, hacia 1985 la disposición del sistema de partidos presentaba tres posiciones claras: el FA a la izquierda (2,6), el PC a la derecha (7,7) y el PN de Ferreira Aldunate en el medio (6,9) (que no es lo mismo que en el centro del eje).

Casi una década más tarde, en 1996, la distancia entre los partidos *de la Defensa y del Cerrito* se acorta sensiblemente, y si bien el mapa del sistema partidista continúa manifestando tres posiciones bien definidas, ello responde al ingreso de un nuevo actor partidario que emerge desde el centro/centro–izquierda del continuo: el NE. Mientras el FA se mantiene prácticamente en la misma ubicación espacial que en los albores de la reinstitucionalización poliárquica (2,7), los partidos tradicionales se desplazan hacia la derecha del eje, constatándose un corrimiento verdaderamente significativo para el caso de los nacionalistas (7,9) que, años después de la desaparición física de Ferreira Aldunate (en 1988) y luego de transcurrido el gobierno de Lacalle (1990-1995), se trasladan un punto en el *continuum*. En este sentido, desde la perspectiva del conjunto de la ciudadanía, el sistema de partidos de mediados de los noventa, exhibe a un FA (devenido en EP-FA) posicionado a la izquierda, a unos partidos tradicionales compartiendo el mismo espacio en la centro–derecha del eje (con el PC en la ubicación más derechista, aunque a tan sólo 0,2 puntos de los blancos), y a un NE situado en el medio (4,4), más próximo a los frenteamplistas que a cualquiera de los dos partidos fundacionales.

La medición de 1999, por su parte, no altera el ordenamiento espacial de 1996, pero sí registra una leve moderación de las posiciones ideológicas de los cuatro partidos relevantes. En esta línea, los datos reflejan un leve corrimiento hacia el centro político de todas las unidades del sistema, con el FA avanzando hacia la centro–izquierda del espectro (3,3), el NE volcado medio punto a la derecha (4,94), muy cerca del centro puro y blancos y colorados aún superponiéndose en derecha moderada, pero ligeramente corridos en dirección a la izquierda (ubicados respectivamente en

el 7,48 y 7,59 del eje). De esta forma, el FA se mantiene a la izquierda, los partidos tradicionales superpuestos en la centro-derecha (situándose los colorados apenas a la derecha de los blancos) y el NE en el medio, más distante de éstos dos últimos que del FA.

Cuadro 2

Ubicación promedio de los partidos en el eje izquierda–derecha según la percepción de toda la opinión pública (1985*- 1996 - 1999 - 2004 - 2005)

Percepción de toda la opinión pública (1985)									
	2,6 •				6,9 •	7,7 •			
	FA				PN	PC			
Percepción de toda la opinión pública (1996)									
	2,7 •		• 4,4			7,9 •	• 8,1		
	FA		NE			PN PC			
Percepción de toda la opinión pública (1999)									
		• 3,3	4,94 •			7,48 •	7,59 •		
		FA		NE		PN PC			
Percepción de toda la opinión pública (2004)									
	2,9 •					7,7 •	7,9 •		
	FA					PN PC			
Percepción de toda la opinión pública (2005)									
	2,5 •				• 6,0	7,9 •	• 8,1		
	FA				PI	PN PC			
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
Izquierda									Derecha

Fuentes: Elaboración propia a partir de datos tomados de González (1993) para la medición de 1985; de Factum (1996) para la medición de 1996; de Equipos MORI (1999), para la medición de 1999 (citado en Lanzaro 2001); nuevamente de Equipos MORI (2004) para la medición de 2004 (tomado de www.equipos.com.uy) y; de Factum (2009) para la medición de 2005.

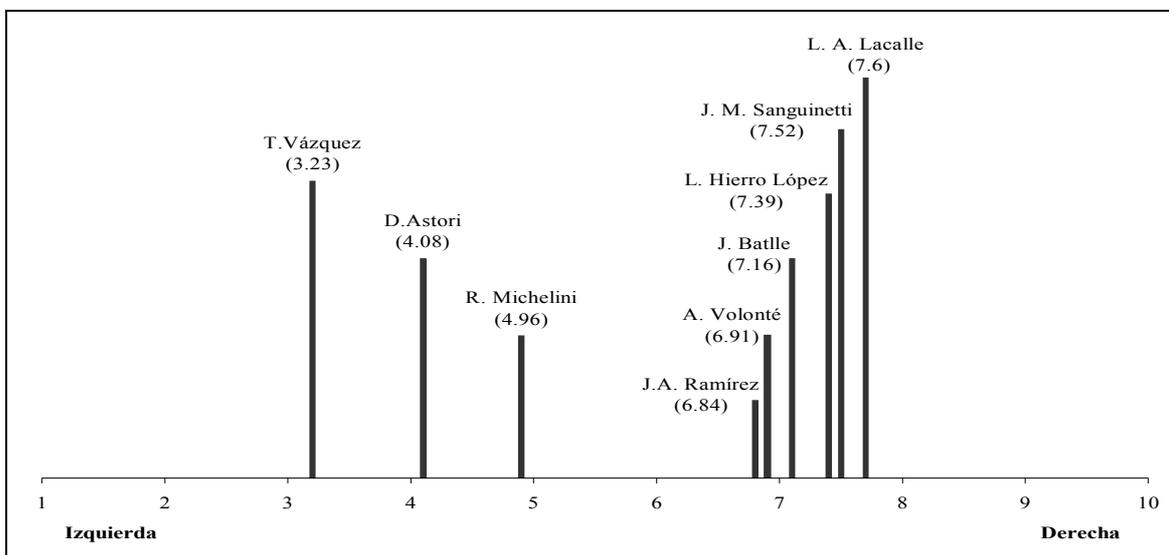
(*) La información de 1985 corresponde a una encuesta de opinión pública realizada por Equipos Consultores Asociados en el departamento de Montevideo.

Esta disposición ideológico-espacial de los lemas, es consistente con la percepción ciudadana sobre la ubicación de sus líderes y élites dirigentes en la escala. Tal como lo ilustra el Esquema 1, hacia 1999, las personalidades políticas más destacadas son situadas promedialmente en las mismas posiciones que los partidos a los que pertenecen. En tal sentido, en la izquierda moderada, a menos de un punto de distancia se posicionan dos de los referentes del FA más relevantes, en tanto el nueoespacista Michelini (4,96) se asienta en el centro y las principales figuras tradicionalistas, entre ellas, el ex Presidente Lacalle (7,6), el entonces Primer Mandatario Sanguinetti (7,52) y su correligionario sucesor

Battle (7,16), se concentran en la derecha moderada, comprimidos en un segmento espacial de extensión aún menor que la que separa a los frenteamplistas Vázquez (3,23) y Astori (4,08) del otro lado del continuo.

Esquema 1

Ubicación promedio de líderes políticos en el eje izquierda-derecha según la percepción de toda la opinión pública (1999)



Fuente: Elaboración a partir de Lanzaro (2001) (en base a datos de la Consultora Equipos MORI, publicados en el diario *El Observador* el 13.03.1999).

Para el año 2004, la imagen de una cartografía política con tres espacios ideológicos definidos (izquierda/centro-izquierda, centro y centro-derecha/derecha) se disipa y el sistema de partidos pasa a ser percibido en clave bipolarizada. En tal sentido, volviendo al Cuadro 2, se aprecia que el FA, aún tras lograr la (re)incorporación a sus filas del centrista NE (a través de la alianza EP-FA-NM), es visualizado ligeramente más a la izquierda que en la medición de 1999 (2,9).

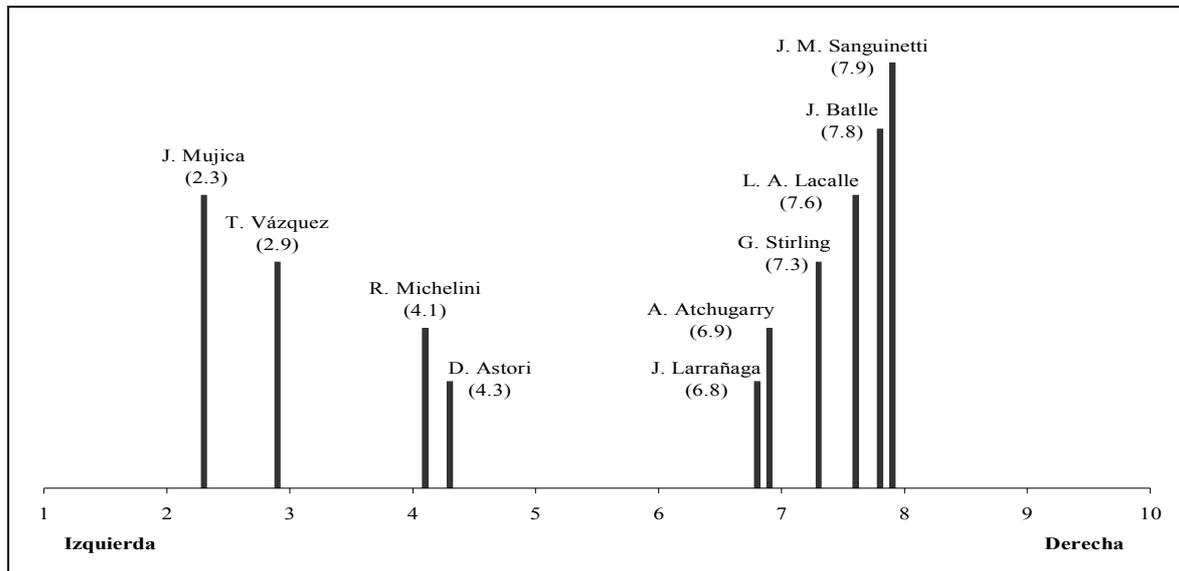
Paralelamente, el PN y el PC se desplazan levemente hacia la derecha (7,7 y 7,9 en forma respectiva), superpuertos al grado de compartir prácticamente la misma ubicación promedio en la escala, con los colorados apenas 0.2 puntos más a la derecha que los blancos.

Esta imagen de un sistema conformado por dos bloques de partidos, semejante, gráficamente hablando, al perfil de un dromedario con dos jorobas, coincide grosso modo, con la visualización ciudadana sobre la disposición ideológica de los líderes políticos en 2004. El Esquema 2 dibuja un mapa donde las personalidades partidarias, por un lado se distribuyen entre la izquierda y la centro-izquierda del espectro y por el otro, se concentran en la centro-derecha, quedando así “deshabitado” el espacio correspondiente al centro ideológico puro. Aditivamente, se observan considerables diferencias de extensión espacial entre los dirigentes de ambos bloques partidarios. Mientras las principales personalidades frenteamplistas abarcan desde la izquierda pura (Mujica en el 2,3) hasta la izquierda moderada (Michelini en el 4,1 y Astori en el 4,3), extendiéndose a lo largo de 2 puntos en el *continuum*, todos los líderes colorados y nacionalistas se encuentran comprimidos en un segmento de apenas 1 punto de extensión, en la derecha moderada de la escala. Esta situación es la inversa a la registrada a comienzos de los años noventa, cuando según estudios de la Consultora Equipos MORI¹²⁷ fechados en 1993, la distancia existente entre el dirigente tradicionalista más cercano al centro (Carlos Julio Pereyra, de extracción blanca) y el más ubicado a la derecha (el ex Presidente colorado Jorge Pacheco Areco) superaba los

dos puntos, en tanto los líderes del FA se condensaban en un espacio mucho más acotado (Seregni y Vázquez se separaban por menos de medio punto).

Esquema 2

Ubicación promedio de líderes políticos en el eje izquierda-derecha según la percepción de toda la opinión pública (2004)



Fuente: Consultora Equipos MORI (2004), datos publicados en www.equipos.com.uy

Por último, retornando una vez más al Cuadro 2, en lo que respecta a la ubicación ideológica de los partidos relevantes hacia 2005, tras la inédita alternancia de bloques partidarios en el gobierno nacional, puede apuntarse que la imagen de nítida bipolaridad registrada durante el año electoral de 2004, no hace otra cosa que confirmarse e incluso acentuarse. Si bien conservan posiciones de moderación, tanto el FA como los cada vez más solapados partidos tradicionales, se desplazan discretamente en dirección opuesta al centro de la escala: el FA hacia la izquierda (2,5) y el PN (7,9) y el PC (8,1) rumbo a la derecha. De esta manera, desde la óptica del electorado, el centro puro permanece despoblado. La visualización del PI (6,0) como un partido significativamente más cercano al centro que cualquier otra unidad del sistema, pero al fin y al cabo situado en la centro-derecha del continuo, sensiblemente más próximo de los lemas tradicionales que del FA, comulga con esa interpretación ciudadana.

En síntesis, en los veinte años transcurridos desde la salida de la dictadura cívico-militar hasta el primer lustro del siglo XXI, el mapa del sistema de partidos uruguayo, desde el punto de vista de la opinión pública, pasó de una cartografía de *tres partidos*, donde el FA y unos vecinos mas no “amontonados” lemas fundacionales se ordenaban en tres espacios ideológicos definidos, a una configuración polarizada en torno a dos espacios ocupados por *dos bloques de partidos*. A partir de los datos revisados, puede sostenerse que, desde el lente de la ciudadanía, blancos y colorados sufrieron un triple proceso de: solapamiento, concentración de sus dirigentes en un corto segmento del *continuum* y consolidación como un bloque partidista de centro-derecha. Simultáneamente, el frenteamplismo, aún después de (re)absorber en su seno a un moderado NE, sigue siendo percibido como una fuerza política de izquierda conducida por líderes cuyos posicionamientos ideológicos se extienden hasta la centro-izquierda del espectro político.

I. 1. 2. Autoimagen y percepción de posición de la opinión pública

Desde que, tras la reinstitucionalización democrática y fundamentalmente a partir del decenio de los noventa, existen estudios científicos y sistemáticos de opinión pública en Uruguay, los altísimos guarismos de reconocimiento del binomio izquierda-derecha por parte de la ciudadanía y la capacidad de ésta para autopoicionarse en la escala espacial, han sido una constante. Las sucesivas mediciones de esta última variable a lo largo de los 20 años posteriores a la salida del autoritarismo, registran una notoria estabilidad, arrojando porcentajes de autoubicación de entre el 86% y el 95%¹²⁸ y ubicando a los uruguayos entre los ciudadanos sudamericanos más familiarizados con los mencionados términos dicotómicos.

Análogamente, la evolución de la autoidentificación promedio del conjunto de la opinión pública en el eje espacial también se ha mantenido estable a lo largo del período referido. Grosso modo, los uruguayos se sitúan en forma bastante sistemática en el centro del continuo, algunos años inclinados levemente hacia la derecha (el máximo valor registrado es de 5,7 en 1998) y otros, ligeramente corridos hacia la izquierda (el mínimo valor anotado es de 4,5 en 1985 y 2005)¹²⁹.

Con respecto a la proporción de ciudadanos posicionados en tres segmentos del espectro ideológico (izquierda/centro-izquierda; centro y derecha/centro-derecha) y tomando asimismo en cuenta, a los uruguayos que no se autopoicionan en ningún segmento del *continuum* (“no sabe/ no contesta”), los porcentajes también han conservado una estabilidad bastante considerable desde la recuperación democrática, con una clara predominancia del centro ideológico, mas con algunas oscilaciones. A grandes rasgos, durante la mayor parte el período, la izquierda/centro-izquierda ha capturado entre 1 de cada 5 y 1 de cada 4 uruguayos, escalando hasta superar el 1 de cada 3 en el año 2004. Los ciudadanos autoidentificados con el centro puro, por su parte, se han ubicado promedialmente en el entorno del 35% de la población, registrando un descenso hasta el 27% en 1999 y repuntando hacia el 30% en 2004. En cuanto a la proporción de uruguayos ubicados en la centro-derecha/derecha del continuo, la misma ha rondado el tercio del total de la opinión pública, con un pico máximo del 37% en 1999 y un mínimo del 25% en 1988 y en 2004. Por último, el porcentaje de electores sin definición ideológica se ha mantenido por debajo del 15% a lo largo de todo el período de medición¹³⁰.

Ahora bien, en lo que refiere a la evolución del posicionamiento promedio de los votantes de cada uno de los partidos relevantes del sistema, las oscilaciones han sido sensiblemente más pronunciadas. El Cuadro 3 ilustra los cambios producidos a través de siete mediciones realizadas entre 1985 y 2005. En dicho cuadro se observa claramente la polarización ideológica existente en el seno de la sociedad uruguaya post dictadura. Concomitantemente, se aprecia una congruencia entre la percepción ciudadana sobre la ordenación de los partidos en el eje espacial y el posicionamiento de los votantes de cada uno de esos partidos en dicho eje. En tal sentido, las mediciones pasan de reflejar un mapa político con un FA y unos partidos tradicionales ocupando tres espacios propios y bien delimitados, a una cartografía bipolarizada en torno a dos bloques partidarios.

De esta forma, en 1985, los votantes montevidéanos de los tres lemas principales se situaban en tres espacios diferenciados del *continuum* ideológico: en la izquierda moderada se ubicaban los frenteamplistas (3,1), en el centro puro los blancos (5,3) y en la centro-derecha los colorados (6,4).

Cuadro 3

Autoidentificación de los votantes de cada partido en el eje izquierda –derecha
(1985 -1989* - 1996 - 1999 – 2002 – 2004 - 2005)**

Autoidentificación Votantes (1985)									
		• 3,1		• 5,3		• 6,4			
		FA		PN		PC			
Autoidentificación Votantes (1989)									
		• 3,3	4,9 •			6,8 •	• 7,3		
		FA	NE			PN	PC		
Autoidentificación Votantes (1996)									
		• 3,6		• 5,1		• 7,01	• 7,39		
		FA		NE		PN	PC		
Autoidentificación Votantes (1999)									
		3,64 •		5,76 •		7,69 •	7,94 •		
		FA		NE		PN	PC		
Autoidentificación Votantes (2002)									
		• 3,07	• 4,22			• 7,06	• 7,53		
		FA	NE			PN	PC		
Autoidentificación Votantes (2004)									
			• 4,17	• 5,11		6,69 •	6,99 •		
			FA	PI		PN	PC		
Autoidentificación Votantes (2005)									
		• 3,2		• 5,4		• 7,5	• 7,6		
		FA		PI, otros partidos y personas sin partido		PN	PC		
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
Izquierda									Derecha

Fuentes: Elaboración propia a partir de datos tomados de González (1993) para las mediciones de 1985 y 1989; de Luna (2004) para la medición de 1996; de Equipos MORI (1999), para la medición de 1999 (citado en Lanzaro 2001); nuevamente de Luna (2004) para la medición de 2002; del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, ICP - FCS - UdelaR (2004) para la medición de 2004 y; de Factum (2009) para la medición de 2005.

(*) La información de 1985 y 1989 corresponde a encuestas de opinión pública realizadas por Equipos Consultores Asociados en el departamento de Montevideo.

(**) La información correspondiente a 2004 fue calculada en base a una escala de 0 a 10 (a diferencia del resto de los datos, donde la escala utilizada fue de 1 a 10), en la cual “0” es la posición más a la izquierda y “10” la posición más a la derecha posible.

Hacia 1989, empero, los electores tradicionales experimentan desplazamientos que acortan a la mitad la distancia espacial entre ambos grupos de votantes (de 1,1 puntos a 0,5) y los sitúan juntos en la centro-derecha del espectro, con el PC en la posición más derechista. Por su parte, los frenteamplistas se mantienen en la centro-izquierda, con similar autoidentificación promedio a la de 1985, al tiempo que los sufragantes del flamante NE, se autoperciben en el centro del espectro, apenas más próximos a los electores del FA (a 1,6 puntos de distancia) que del PN (a 1,9 puntos de lejanía).

La medición de 1996 registra un ligero corrimiento hacia la derecha por parte de los votantes de los cuatro lemas, mas reitera igual ordenación que en 1989 y a la vez, reafirma la tendencia de solapamiento entre blancos y colorados.

Tal movimiento hacia la derecha del eje se continúa en 1999, aunque de forma más pronunciada, para todas las unidades partidarias excepto el FA, donde el desplazamiento es muy marginal. Asimismo, por vez primera, los nuevespacistas aparecen levemente más cerca de los votantes de un partido fundacional (en este caso el PN, que a su vez, se sigue superponiendo cada vez más con el PC) que del FA, aunque en líneas generales, continúa manteniendo una posición equidistante entre los electores frenteamplistas y los tradicionales.

Para 2002 se registra un corrimiento hacia la izquierda por parte de los votantes de todos los partidos, siendo el desplazamiento más destacable en tal dirección, el de los sufragantes del NE (4,22), quienes se acercan más al FA (3,07), posicionándose ahora en la centro-izquierda del espacio ideológico.

La medición de 2004, por su parte, refleja un movimiento de todo el espectro hacia el centro político. Los votantes del FA -fuerza política en la que para entonces ya se había reincorporado el NE- se ubican en la centro-izquierda en el 4,17 de la escala, al tiempo que los electores del emergente PI se autoperciben en el centro puro y los adherentes a los partidos tradicionales, se solapan en la centro-derecha, asumiendo autoidentificaciones de 6,69 y 6,99 en forma respectiva.

Hacia 2005, en cambio, las posiciones de los principales partidos se acomodan en dirección opuesta a lo registrado en 2004. Los electores del FA, en consonancia con la que había sido su ubicación media a lo largo de todo el período de estudio, vuelven a situarse en el entorno del valor 3 de la escala, en tanto blancos y colorados, se desplazan hacia el 7,5 y el 7,6 respectivamente. Los votantes del PI, junto con los ciudadanos sin preferencia partidaria, por su parte, se autodefinen promedialmente como de centro, posicionándose en la mitad exacta del eje espacial.

En definitiva, desde la reinstauración democrática hasta el arribo del FA al gobierno nacional, y en sintonía con la percepción ciudadana sobre la ordenación de los partidos y sus élites políticas en el continuo ideológico, el autoposicionamiento de los votantes de cada uno de esos partidos en tal continuo, también pasó de reflejar un mapa con tres espacios definidos, a una cartografía con dos polos. Mientras a lo largo de las dos décadas estudiadas, los electores frenteamplistas, aún después de (re)incorporar a su filas al centrista NE, se mantienen estables en su autoidentificación ideológica de centro-izquierda, los sufragistas tradicionales experimentan un corrimiento conjunto hacia la derecha de la escala, confundándose en el mismo espacio ideológico de centro-derecha.

I. 2. FAMILIAS POLÍTICAS Y POLARIZACIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS

I. 2. 1. La configuración de dos familias políticas en el sistema de partidos

Siguiendo a Sani y Sartori (1983), en función de la variable autoidentificación ideológica de los votantes, es posible conocer cuán superpuestos o distantes se encuentran entre sí los distintos partidos políticos en el eje izquierda-derecha y concomitantemente, cuán polarizado está el sistema de partidos. Estos autores estudiaron el autoposicionamiento

ideológico de los electores de 44 partidos relevantes en 11 democracias occidentales, en base a dos mediciones cardinales: i) la *distancia* existente entre los electores de dos partidos en el continuo izquierda-derecha y ii) la *superposición*, es decir el grado en que los distintos votantes partidarios se localizan en una misma ubicación espacial ^{131 y 132}.

A partir del análisis desarrollado por Sani y Sartori, González (1993) llevó adelante un estudio comparativo entre los partidos de los países abordados por los citados autores italianos y los partidos uruguayos, en aras de identificar “*familias políticas de partidos*” internacionales. Como se adelantara en el capítulo metodológico, el concepto de familias políticas manejado por González, establece que para que dos o más partidos sean considerados parte de una misma familia, deben tener una relación de “*razonable cercanía*” entre sí, lo que en el terreno de los números significa registrar simultáneamente, una distancia ideológica menor o igual al 5% (0,05 puntos en la escala) y una superposición mayor o igual al 85% (0,85) (González 1993: 146-147).

González apunta que, salvo excepciones en las que la competencia política no se encausa esencialmente de forma unidimensional en clave izquierda-derecha, sino a través de múltiples dimensiones (por ejemplo: étnicas, religiosas, lingüísticas), “...una definición razonable de cercanía no encontraría partidos ‘cercaños’ (...) al interior de un sistema de partidos dado, porque ¿en qué sentido se podría decir que compiten entre sí?” (1993: 146-147). Ahora bien, desde la reinstauración democrática, Uruguay, un país donde la competencia política sí se conduce unidimensionalmente en términos de izquierda-derecha, ha avanzado hacia la conformación de familias políticas al interior de su propio sistema partidario.

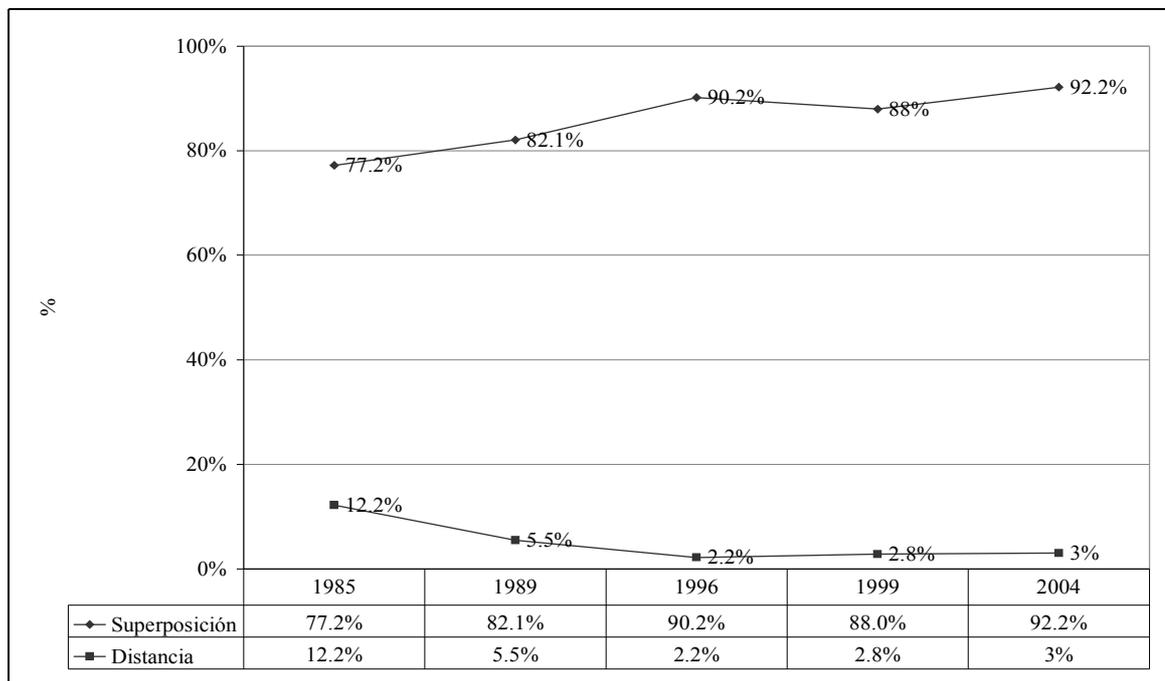
El Gráfico 1 ilustra la evolución de tal conformación para el caso del PC y el PN¹³³. Allí se observa que a la salida de la dictadura cívico-militar, los coetáneos partidos tradicionales se ubicaban ideológicamente próximos, mas no lo suficiente como para hablar de ellos en términos de familia. Para fines de los años ochenta, la distancia entre dichos partidos se acorta y la superposición aumenta, pero es a partir de mediados de los noventa cuando blancos y colorados convergen en una “cercanía razonable” que los integra en un mismo círculo de familia política, con niveles de superposición en el entorno del noventa por ciento y una distancia de alrededor del tres por ciento.

Esta convergencia del PC y el PN en una misma familia política, coincide con el esquema de la política de bloques y el escenario de bipolaridad que la reforma constitucional de 1996 vino a consolidar. Mas, en ese contexto, mientras blancos y colorados avanzaron hacia tales niveles de solapamiento, frenteamplistas y nuevespacistas, si bien votaron juntos bajo un mismo lema en 2004, hasta entontes no habían conformado formalmente una familia política. Ya en 1985, previo a la fractura del FA, las “alas izquierda y derecha” de dicha fuerza política presentaban una distancia ideológica que traspasaba el umbral formal menor o igual al 5% esperable dentro de un mismo partido (o familia), aunque se mantenían dentro de un área de sensata cercanía (por encima del 5% pero por debajo del 22%) (González 1993: 160-161). Hacia 1989, ya separados, el FA y el entonces NE, apenas continuaban circunscritos en dicha área, y para 1999, ya habían vencido los límites de la misma¹³⁴. En esta línea, a partir de estudios estadísticos, Luna (2004) ha entendido que en 1996/1997 y asimismo en 2001/2002, tanto a nivel de élites parlamentarias como de votantes, Uruguay alberga una sola familia ideológica: aquella constituida por los partidos tradicionales.

A pesar de lo antedicho, hacia 2003, el FA y el NE confluían en la creación del EP-FA-NM como un único bloque de izquierda/centro-izquierda. Sin duda, la conformación de este bloque, no deja de atender a una estrategia político-electoral encuadrada en un escenario donde el persistente avance del FA y la simultánea y sostenida caída de los partidos tradicionales y también del NE son dos caras de una misma moneda. Sin embargo, no debe pasarse por alto que las raíces históricas de los nuevespacistas están indisolublemente ligadas con el FA, comunidad política donde se hallan sus orígenes de sangre. Contemplando estos aspectos, a partir de la (re)incorporación del NE dentro del FA, es razonable hablar del bloque de izquierda/centro-izquierda en términos de una familia política.

Gráfico 1

Superposición y distancia ideológica entre los votantes del Partido Colorado y el Partido Nacional (1985-2004)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de González (1993) para las mediciones de 1985 y 1989 (ambas correspondientes a la ciudad de Montevideo); de Factum (1996) para la medición de 1996; de Carlos Luján para la medición de 1999, en base a una encuesta efectuada ese año por Equipos MORI (citado en Lanzaro 2001); y de un cálculo propio realizado para la medición de 2004 a partir de información recogida en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, ICP – FCS -UdelaR (2004).

Así, al asomar el siglo XXI, quedaron delimitadas dos grandes familias en el sistema de partidos uruguayo: una de ellas orientada hacia la centro-derecha/derecha del espectro ideológico y la otra situada en la izquierda/centro-izquierda del mapa político.

I. 2. 2. Bipolaridad y polarización ideológica del sistema de partidos

La coexistencia de dos familias políticas dentro del sistema partidista, se encuadrada en un marco de “bipolaridad moderada”, en el cual, a pesar de las diferentes matrices ideológicas propias de cada polo, ha primado la competencia centrípeta en detrimento de la centrífuga (Lanzaro 2001: 183). En tal sentido, en los veinte años que siguieron a la reinstauración poliárquica, la polarización ideológica en Uruguay se ha caracterizado por ser alta pero con moderación.

El Cuadro 4 recorre la evolución de la polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo entre 1985 y 2005, es decir, de la distancia existente entre (los autopoicionamientos de los electores de) los dos partidos relevantes más alejados entre sí dentro del eje espacial: el PC y el FA¹³⁵. Como puede observarse, durante el periodo de referencia, el común denominador ha sido el de una polarización relativamente alta, con distancias promediales que han fluctuado entre el 42,2% y el 46,4%. En sintonía con ello, la diferencia entre el promedio de autoidentificación de los electores del PC y del FA, se ha ubicado en el entorno de los 4 puntos. Y si bien la medición de 2004 registra una importante moderación en el grado de polarización (29%), con una distancia entre los autopoicionamientos ideológicos de colorados y

frenteampelistas que se acorta hasta los 2,9 puntos; la medición de 2005 vuelve a indicar una distancia más pronunciada entre las autoubicaciones promedio de ambos grupos de votantes partidarios, alcanzando los 4,4 puntos de lejanía.

Cuadro 4
Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo
(1985-2005)

	Distancia ideológica entre el PC y el FA	Diferencia entre los promedios de autoidentificación ideológica del PC y el FA
1985	42.2%	3.8
1989	44.0%	4.0
1996	42.2%	3.8
1999	46.4% (*)	4.29
2004	29.0%	2.9
2005	...	4.4

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de González (1993) para las mediciones de 1985 y 1989 (ambas correspondientes a la ciudad de Montevideo); de Factum (1996) para las mediciones de 1996 y 2005; de Carlos Luján para la medición de la distancia ideológica de 1999, en base a una encuesta efectuada ese año por Equipos MORI (citado en Lanzaro 2001); de Equipos MORI (citado en Lanzaro 2001) para la diferencia entre los promedios de autoidentificación del PC y el FA en 1999; y de un cálculo propio realizado para la medición de 2004 a partir de información recogida en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la Republica (2004).

(*) El dato de la distancia ideológica de 1999, corresponde al promedio de la distancia existente entre los dos partidos tradicionales con respecto al FA.

En suma, a lo largo de las dos décadas estudiadas, el sistema de partidos uruguayos ha ostentado una polarización moderadamente alta, donde si bien no es menor la distancia ideológica existente, ningún partido relevante se encuentra promedialmente en una posición verdaderamente extrema. Esa relativamente alta polarización o tensión ideológica, lejos de generar elementos desestabilizadores del sistema poliárquico, se encuadra dentro de un sistema de partidos institucionalizado y en un escenario de gobernabilidad y estabilidad democrática como pocos en América Latina.

Sección II. LA DIMENSIÓN POLÍTICA:
CULTURA POLÍTICA DEMOCRÁTICA E INVOLUCRAMIENTO CIUDADANO

II. 1. VALORACIÓN DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS

II. 1. 1. Valoración del régimen democrático y del voto por parte de la opinión pública

En consonancia con su histórica y sólida tradición democrática, una vez reinstalado el Estado de Derecho, tras doce años de autoritarismo en el país, la opción por la democracia por sobre cualquier otra forma de gobierno y la alta importancia ciudadana otorgada a instituciones poliárquicas tan fundamentales como el voto y los partidos, emergen como una constante del sistema político uruguayo post dictadura.

Ahora bien, aún cuando los orientales se cuentan –junto con los costarriquenses- entre los más demócratas de todo el concierto latinoamericano, se presentan algunos matices entre los votantes de los diferentes partidos. En tal sentido, como puede observarse en el Cuadro 5, hacia 1987, el promedio de preferencia democrática de los colorados (75,8%) se ubica por debajo del promedio de toda la opinión pública (80,3%), al tiempo que los frenteamplistas son quienes presentan el mayor grado de valoración democrática del sistema (85%).

Para 1996, *“la distribución del factor [legitimidad democrática] se encuentra cargada hacia el polo democrático y no se registran diferencias (...) entre partidos respecto a esta dimensión”* (Luna 2004: 156).

Sin embargo, la medición de 2002 vuelve a expresar variaciones entre los lemas: los sufragantes del FA nuevamente manifiestan los más altos niveles de preferencia democrática (86%), superiores asimismo, al promedio general (83%); en tanto las cifras registradas para los electores de los dos partidos tradicionales se ubican por debajo de la media de toda la ciudadanía, siendo esta vez la valoración democrática de los colorados (80%), ligeramente superior a la anotada para los blancos (78%).

Porcentajes de mayor legitimidad concedida a la institucionalidad democrática por parte de los frenteamplistas, se registran también con respecto a la significancia otorgada a una de las instituciones poliárquicas más claves: el sufragio. Eso recogen datos de 2002 expresados en el Cuadro 6, según los cuales, si bien la importancia conferida al voto es mayoritaria y extendida entre la opinión pública, los electores del FA ostentan un grado de legitimidad del voto (82%) más elevado que sus pares nacionalistas (76%) y colorados (74%) y que el promedio de toda la población (78%)¹³⁶.

Cuadro 5

**Preferencia por la democracia como régimen de gobierno según preferencia político-partidaria (*)
(1987 – 2002 - 2004)**

	P. Colorado	P. Nacional	Frente Amplio	P. Independiente	Total
1987	75.8%	81.5%	85.0%	...	80.3%
2002	80.0%	78.0%	86.0%	...	83.0%
2004	74.7%	77.9%	81.6%	50.0%	79.0%

Fuente: Elaboración a partir de datos tomados de Filgueira et. al. (1989) para la medición de 1987 (correspondiente a la ciudad de Montevideo); de Haretche (2004) para la medición de 2002 y; del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la Republica (2004), para la medición de 2004.

(*) Porcentajes de respuestas “de acuerdo” con la frase: *“La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno”*.

Cuadro 6

Importancia (valoración) del sufragio para el futuro según preferencia político-partidaria

(2002)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	Total
Importa	82%	76%	74%	78%
No importa	18%	24%	26%	22%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Haretche (2004).

Retornando a la lectura del Cuadro 5, hacia 2004, los frenteamplistas mantienen una mayor preferencia democrática en relación a los electores tradicionales y al promedio global. Asimismo, para este año se cuenta con información sobre las preferencias de régimen de los votantes de PI, quienes adhieren a la democracia en un porcentaje mayoritario (50%), mas considerablemente inferior al de los otros tres partidos relevantes¹³⁷. Paralelamente, cabe anotar que cada uno de esos tres partidos principales presenta porcentajes de valoración democrática más bajos que los que exhibía en las mediciones de 2002 y 1987.

Ahora bien, más allá de variaciones, en las dos décadas posteriores a la finalización del autodenominado “proceso” cívico-militar, se evidencia a nivel de los electores de los tres partidos relevantes en particular y concomitantemente de la ciudadanía en general, una contundente valoración del régimen de gobierno democrático: alrededor de ocho de cada diez uruguayos prefiere vivir bajo el ordenamiento institucional poliárquico, antes que bajo cualquier otro sistema.

II. 1. 2. Valoración de los partidos políticos por parte de la opinión pública

Los partidos políticos son una de las instituciones antonomásticas de los sistemas políticos pluralistas. En el caso de la democracia uruguaya, como ya se mencionara, los partidos han ocupado un rol protagónico, habiendo los partidos Nacional y Colorado precedido y sedimentado la construcción del Estado-Nación y de la poliarquía en el país. Aún cuando el partidocentrismo uruguayo resultó seriamente herido en el marco de la crisis institucional que desembocó en el *coup* de 1973; hacia la transición democrática y luego de reinstaurada la legalidad, los partidos políticos han vuelto a confirmar su carácter de actores dominantes en la política nacional (Caetano, Rilla y Pérez 1988: 45).

El Cuadro 7 detalla cifras de 1987 relativas a la importancia atribuida por los montevidianos a los partidos políticos en contraposición con la importancia adjudicada a los líderes. Allí se observa que la amplia mayoría de los capitalinos tiene una opinión formada sobre el tema, siendo muy magros los porcentajes alcanzados por las respuestas “ninguno” (3,8%); “otros” (0,2%) y “no sabe/ no contesta” (3,6%). Claramente, la preferencia por los partidos se impone: el 55% de la población encuestada considera que en política, los partidos son más importantes que los líderes, frente a un tercio (29,8%) que valora como más relevantes a los líderes y a un 7,5% que se define por la opción “ambos”.

Entre los votantes de los tres principales lemas, si bien la preferencia por los partidos es mayoritaria, los adherentes del FA son quienes otorgan mayor importancia a los partidos (60,3%) y menor a los líderes (26,6%). Los electores blancos y colorados por su parte, adjudican mayor relevancia a los partidos en un 53% y 53,1% respectivamente y asimismo, se inclinan por los líderes en un 33,5% y 32% de los casos en forma respectiva¹³⁸.

Cuadro 7

Importancia atribuida a los partidos políticos vs. importancia atribuida los líderes según preferencia político-partidaria

(1987)

	Partido Colorado	Partido Nacional	Frente Amplio	Total
Partidos políticos	53.1%	53%	60.3%	55%
Líderes	32%	33.5%	26.6%	29.8%
Ambos	7.7%	5.2%	7.8%	7.5%
Ninguno	3.9%	3.1%	2%	3.8%
Otros	0.2%	0%	0.3%	0.2%
Ns/Nc	3.1%	5.2%	2.9%	3.6%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Filgueira et. al. (1989) (datos correspondientes a la ciudad de Montevideo).

Pregunta: “En política, ¿quiénes son más importantes, los líderes ó los partidos?”.

En sintonía con esta preponderancia conferida a los partidos por parte de la opinión pública de la segunda mitad de los años ochenta, al despuntar el siglo XXI, los números hablan de una muy alta valoración adjudicada a tales instituciones para la viabilidad del régimen democrático de gobierno. El Cuadro 8 ilustra que para 2002, ocho de cada diez uruguayos se declaran de acuerdo con el concepto de que “*sin partidos políticos no puede haber democracia*”, al tiempo que dos de cada diez manifiestan comulgar con la idea de que “*la democracia puede funcionar sin partidos*”. En función de la preferencia político-partidaria de los electores, las cifras más elevadas de valoración de los partidos para la existencia de la democracia se registran entre los colorados (82%), quienes se ubican por encima del promedio general. A éstos le siguen los blancos, quienes conceden importancia a los partidos para el régimen poliárquico en igual magnitud que el promedio general (80%). Por su parte, los frenteamplistas legitiman a los partidos como instituciones imprescindibles para la democracia en un 78%, es decir, dos puntos por debajo de la media de todos los ciudadanos encuestados.

Cuadro 8

Valoración de los partidos políticos para la existencia del régimen democrático según preferencia político-partidaria (2002)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	Total
"Sin partidos políticos no puede haber democracia"	78%	80%	82%	80%
"La democracia puede funcionar sin partidos"	22%	20%	18%	20%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Haretche (2004).

Hacia 2004, la valoración otorgada a los partidos políticos para la existencia del régimen democrático sigue siendo mayoritaria entre los uruguayos, aunque, tal como se observa en el Cuadro 9, asumiendo cifras (76,5%) levemente menores a las registradas en la encuesta de 2002 (80%). Los mayores niveles de legitimación son asumidos por el PI, siendo el 100% de sus electores encuestados afines a la idea de que sin partidos no es posible la democracia. Le siguen los votantes del PC y del PN, quienes prácticamente registran porcentajes iguales entre sí, en favor de la importancia de los partidos: 80,9% y 80% respectivamente; posicionándose por encima de la media general, aunque levemente por debajo de sus propios promedios de 2002. Los sufragantes del FA por su parte, son quienes en menor medida concuerdan con la idea

de que sin partidos no puede haber democracia (72,4%), presentando números inferiores a su propio promedio de 2002 y a la media de toda la población entrevistada en 2004.

Cuadro 9

Valoración de los partidos políticos para la existencia del régimen democrático según preferencia político-partidaria (2004)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	P. Independiente	Total
Muy de acuerdo/ De acuerdo	72.4%	80%	80.8%	100%	76.5%
En desacuerdo/ Muy en desacuerdo	27.6%	20%	19.2%	0%	23.5%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Haretche (2004).

Pregunta: “Hay gente que dice que sin partidos políticos no puede haber democracia. ¿Usted está: muy de acuerdo; de acuerdo; en desacuerdo ó; muy en desacuerdo?”.

Independientemente de ligeros matices entre los adherentes de los diferentes lemas, resulta claro que a lo largo de las dos décadas posteriores a la restitución del Estado de Derecho, los partidos políticos han sido percibidos por parte de la amplia mayoría de la ciudadanía, como instituciones profundamente valiosas para la vida política y democrática del país, alimentando la permanencia de la tesis de la partidocracia uruguaya.

II. 2. GRADO DE INTERÉS E INVOLUCRAMIENTO POLITICOS

II. 2. 1. Proximidad de la opinión pública con los partidos políticos

En el marco de su sólida adhesión democrática, otro rasgo distintivo de la cultura política uruguaya ha sido el fuerte involucramiento político de sus ciudadanos (Filgueira et. al. 1989; Moreira 1997, 2004b; Haretche 2004), quienes además de conceder una alta valoración a los partidos políticos como institución poliárquica clave, ostentan niveles relativamente importantes de proximidad para con los mismos. De hecho, los votantes uruguayos, se destacan entre los latinoamericanos, e incluso entre los electores de ciertas democracias occidentales avanzadas, por el grado de cercanía con sus partidos¹³⁹.

Los datos ilustrados en el Cuadro 10 dan cuenta de esta considerable cercanía con los partidos percibida por el conjunto del electorado hacia 2002. Allí se expresa que para ese año, el 74% de la opinión pública registra algún grado de proximidad (mucho proximidad, bastante proximidad o simplemente simpatía) con los partidos. Asimismo, de dicho cuadro surge que son los frenteamplistas quienes en mayor proporción se sienten de alguna manera cercanos a los partidos políticos, en una relación de ocho de cada diez (80%), superando a blancos y colorados, quienes manifiestan algún grado de proximidad con los partidos en una relación de siete de cada diez (69% y 68% respectivamente).

Cuadro 10

Proximidad con los partidos políticos según preferencia político-partidaria

(2002)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	Total
Muy próximo	13%	5%	8%	10%
Bastante próximo	29%	33%	24%	28%
Simpatizante	38%	31%	36%	36%
Algún grado de proximidad (*)	80%	69%	68%	74%
Próximo a ninguno	21%	31%	33%	27%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Haretche (2004).

(*) Los valores de la categoría “Algún grado de proximidad” son el resultado de la suma de las categorías “Muy próximo”; “Bastante próximo” y “Simpatizante”.

Por su parte, la información plasmada en el Cuadro 11, correspondiente a una medición realizada en 2004, se presenta en forma distinta a los datos revisados para 2002, dado que maneja otras categorías entre las que no se contempla a los ciudadanos que se sienten simplemente simpatizantes con respecto a los partidos políticos. Independientemente de ello, se pueden establecer algunas comparaciones. En tal sentido, se observa que en 2004, la proporción de cuatro de cada diez uruguayos que se declaran muy cercanos y cercanos a los partidos políticos (42,2%) se mantiene estable en relación a 2002 (cuando el 38% del total de la opinión pública se sentía muy próxima o bastante próxima a los partidos), con una leve tendencia al alza.

Cuadro 11

Cercanía con los partidos políticos según preferencia político-partidaria

(2004)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	P. Independiente	Total
Muy cercano	7.3%	2.8%	13.8%	0%	6.2%
Cercano	35.3%	37.3%	38.8%	30.8%	36%
Algún grado de cercanía (*)	42.6%	40.1%	52.6%	30.8%	42.2%
Indiferente	28.8%	31.3%	22.5%	53.8%	29.5%
Lejano	19.9%	21.4%	18.8%	7.7%	20.2%
Muy lejano	8.6%	7.1%	6.3%	7.7%	8%
Ningún grado de cercanía (**)	57.3%	59.8%	47.6%	69.2%	57.7%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de una encuesta de opinión pública realizada en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, ICP – FCS -UdelaR (2004).

(*) Los valores de la categoría “Algún grado de cercanía” son el resultado de la suma de las categorías “Muy cercano” y “Cercano”.

(**) Los valores de la categoría “Ningún grado de cercanía” son el resultado de la suma de las categorías “Indiferente”, “Lejano” y “Muy lejano”.

Asimismo, en lo que refiere a los votantes partidarios, hacia 2004 los electores del FA se sienten muy cercanos y cercanos a los partidos en un 42,6%, cifra prácticamente incambiada en comparación al 42% de 2002. Entre los nacionalistas, el nivel de cercanía a los partidos se ubica en el 40,1%, dos puntos por encima de sus valores de 2002 (38%).

A su vez, en esta medición de 2004 se dispone de datos para los votantes del PI, quienes registran los menores porcentajes de proximidad con los partidos políticos: 30,8%.

Por su parte, son los colorados quienes en mayor medida se sienten próximos a los partidos, ostentando guarismos del 52,6%, veinte puntos por encima de su cifra de 2002 (32%). Si bien deben tomarse en cuenta las diferencias metodológicas entre una y otra medición, una interpretación de tal salto puede encontrarse en que para 2004, en el contexto de la más precipitosa caída electoral protagonizada por el PC, es sensato considerar que el magro 10,36% que apoyó a dicho partido estuvo compuesto en gran medida por ciudadanos genuinamente próximos a los partidos, puntualmente a la colectividad colorada.

En definitiva, si bien no se ha podido disponer de información sobre la cercanía con los partidos desagregada según preferencia político-partidaria previo al siglo XXI, los datos con los que se cuenta permiten señalar que el electorado uruguayo en general mantiene importantes niveles de proximidad con sus partidos.

II. 2. 2. Importancia, interés, proximidad y participación política

En el marco de la preeminencia del Estado y de la centralidad de los partidos políticos, tradicionalmente la sociedad uruguaya se ha caracterizado por su alta politización. Y si bien desde la década de los noventa los estudios de cultura política vienen registrando una paulatina caída en el grado de interés, cercanía e involucramiento de los orientales con la política, comparado con otros países de la región, Uruguay sigue ostentando un posicionamiento destacado en la materia.

Así como a nivel regional los uruguayos sobresalen entre sus vecinos por conceder una mayor preponderancia a la política, a nivel local los sufragantes frenteamplistas se distinguen por el mismo motivo entre los demás votantes partidarios. En tal sentido, información recogida en Montevideo hacia el segundo decenio de los ochenta, por Filgueira et. al., indica que *“los simpatizantes del FA perciben como más importante a la política, hablan más sobre política, y se consideran más cercanos a esta. El PC se ubica en el extremo opuesto en tanto que el PN en un punto intermedio”* (1989:70). Como lo ilustra el Cuadro 12, para 1987 el porcentaje de frenteamplistas que declaran sentirse muy cercanos o cercanos a la política se ubica en el 58%, cifra que supera holgadamente a la asumida por los adherentes blancos (34%), que llega a duplicar la de los colorados (28,7%) y que consecuentemente se sitúa por encima del promedio de proximidad con la política del total de la opinión pública (40,8%). Asimismo, la medición de 1987 revela que mientras el 37,4% de los electores del PC, el 28,8% del PN y el 26,1% del total de los ciudadanos encuestados señalan no interesarse por participar en la vida política, sólo el 12,4% de los frenteamplistas manifiesta tal desinterés.

Paralelamente, datos de 1996 a nivel de todo el país indican que *“...los votantes del FA resultan más político-céntricos que los adherentes del resto de los partidos, lo que resulta consistente con la hipótesis [del político-centrismo de los votantes autoidentificados ideológicamente con la izquierda] planteada al inicio de la transición [democrática en Uruguay] por Beisso y Castagnola (1988)”* (Luna 2004: 157).

Cuadro 12
Proximidad a la política según preferencia político-partidaria
(1987)

	Partido Colorado	Partido Nacional	Frente Amplio	Total
Muy cercano	4.6%	5.7%	12.2%	7.4%
Cercano	24.1%	28.3%	45.8%	33.4%
Muy cercano + cercano	28.7%	34.0%	58.0%	40.8%
Lejano	42.5%	37.8%	29.6%	35.8%
Muy lejano	28.4%	28.2%	12.3%	23.2%
Lejano + Muy lejano	70.9%	66.0%	41.9%	59.0%
Ns/Nc	0.4%	0%	0.2%	0.2%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Filgueira et. al. (1989) (datos correspondientes a la ciudad de Montevideo).

Este mayor político-centrismo de los simpatizantes del FA sigue constatándose al despuntar el nuevo siglo. Hacia 2002, cuatro de cada diez frenteamplistas (40,3%) adjudican mucha o bastante importancia a la política, frente a algo más de uno de cada tres blancos (33,3%) y algo más de uno de cada tres colorados (32,9%) (ver Cuadro 13). Concomitantemente, los electores del FA exhiben mayor interés en la política que los votantes tradicionales: 50,3% de los frenteamplistas sostiene interesarse mucho o algo en política en tanto los sufragantes del PC y del PN, se ubican en posiciones cercanas entre sí, considerándose muy o algo interesados en política en un 35,5% y un 30,7% respectivamente.

Cuadro 13

**Importancia atribuida e interés en la política según preferencia político-partidaria
(2002)**

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado
Mucha + bastante importancia atribuida a la política	40.3%	33.3%	32.9%
Mucho + algo interés en la política	50.3%	30.7%	35.5%

Fuente: Elaboración a partir del Programa de Educación en Valores de la Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga (2003).

En síntesis, entre la transición poliárquica de los años ochenta y el primer lustro del nuevo milenio, en el marco de una sociedad en la cual, desde los albores del siglo XX “...la prioridad de la política se configuró como un elemento definitorio de [la] cultura política” (Moreira 1997: 115), los adherentes frenteamplistas han mantenido una mayor proximidad con la política, interesándose más por la misma y atribuyéndole mayor grado de importancia que los sufragantes de los otros partidos y que el promedio de la ciudadanía en su conjunto.

**Sección III. LA DIMENSIÓN SOCIO – ECONÓMICA:
EL DEBATE ESTADO – MERCADO**

LA PARTICIPACIÓN DEL ESTADO EN LA ECONOMÍA Y EN LA SOCIEDAD

Desde los comienzos del proceso modernizador protagonizado por el país a partir del último tercio del siglo XIX, el Estado uruguayo asumió un papel preponderante en la sociedad¹⁴⁰, llegando a erigirse, en articulación con los partidos políticos, como un elemento esencial para la consagración de la integración social y la construcción de la identidad nacional. La temprana y extendida intervención estatal en la vida económica y social, que tuvo su máxima expresión en el período batllista, continúa constituyendo en la actualidad un rasgo muy arraigado de la cultura política uruguayana. Incluso en las horas de mayor apogeo regional y mundial de las políticas propulsadas desde paradigma del Consenso de Washington, el Uruguay, asistió a la resistencia de las propuestas pro-mercado más puras, promoviendo en contraposición reformas económicas y sociales de corte más heterodoxo y gradualista.

Hacia la segunda mitad del decenio de los ochenta, en pleno auge global de las medidas de apertura, de la (neo)liberalización económica y de la privatización de las empresas y servicios públicos, mientras las élites políticas y sociales locales debatían sobre el rol que debía jugar el Estado en la esfera privada, la posición de la opinión pública en torno al tema se manifestaba convergente con la larga tradición estatizante del país.

Así, para 1987, el 42,1% de los ciudadanos capitalinos entiende que la responsabilidad de dirigir toda la economía debe estar en manos del Estado, en tanto el 43,9% opina que la dirección económica debe ser mixta, asumiendo el Estado el control de aquellos sectores de interés general y la iniciativa privada el resto de las áreas. Sólo el 7,3% de los encuestados confiaría a la iniciativa privada la conducción total del desarrollo económico del país (ver Cuadro 14).

Al estudiar el grado de participación estatal deseado en la economía en función de la orientación partidaria, se observa que si bien los frenteamplistas conceden mayores niveles de apoyo a que el Estado dirija toda la economía (46,5%) y menores a que la dirección de ésta quede a cargo de la iniciativa privada (3,6%), y si bien los blancos tienen más confianza en la economía mixta (50,7%) que el resto de los votantes; es contundente la propensión a que el Estado, en lugar de replegarse, mantenga una activa intervención en la economía.

Cuadro 14
Grado de estatismo económico deseado según preferencia político-partidaria
(1987)

	Partido Colorado	Partido Nacional	Frente Amplio	Total
Dirección de toda la economía por parte del Estado	41.6%	38.9%	46.5%	42.1%
Dirección mixta: Estado controlando sólo los sectores de interés general dejando el resto a la iniciativa privada	43.8%	50.7%	41.8%	43.9%
Iniciativa privada	9.5%	6.4%	3.6%	7.3%
Ns/Nc	5.1%	4%	8.2%	6.8%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Filgueira et. al. (1989) (datos correspondientes a la ciudad de Montevideo).

Pregunta: “Para el desarrollo económico del país, ¿en qué confía Ud. más: 1) en que el Estado dirija toda la economía; 2) en la iniciativa privada; 3) en que el Estado controle solo los sectores de interés general, dejando el resto a la iniciativa privada?”.

Hacia 1996 (Luna 2004), la disyuntiva Estado-mercado sigue resolviéndose en favor de posiciones predominantemente estatistas en la ciudadanía, mas los frenteamplistas y los nueoespacistas asumen visiones menos privatizadoras que blancos y colorados, ratificando los simpatizantes del FA una adhesión más enfática que el resto de los

electores respecto al intervencionismo estatal en la promoción de políticas sociales. A su vez, se constatan importantes diferencias entre el FA y el PC no sólo referido a la provisión de políticas en el área social, sino también en materia de proteccionismo comercial, siendo los colorados más proclives a una menor intervención estatal en ambos planos.

Para 2001/2002 (Luna 2004), la preferencia general por una participación activa del Estado en las esferas económica y social se mantiene, al igual que la mayor predilección de los frenteamplistas en ese sentido. No obstante, los datos disponibles para dicho período señalan una leve moderación en los niveles de Estado-centrismo de los adherentes al FA y un “...*corrimiento del NE hacia posiciones más estatistas* [en referencia a la intervención estatal para impulsar políticas sociales], lo que supone un cambio en la configuración de los bloques partidarios, ya que dicho partido pasa a alinearse junto con el FA en posiciones más intervencionistas y significativamente distintas a las del PC y el PN” (2004: 165). Aún así, de acuerdo a la misma medición de 2001/2002, los electores tradicionales protagonizan un ligero desplazamiento hacia visiones menos privatistas en relación a la gestión y la propiedad de empresas y servicios públicos.

Para 2004, como puede observarse en el Cuadro 15, se vuelve a verificar a nivel de toda la ciudadanía una fortísima preferencia por que ciertos servicios estratégicos para la economía y la sociedad estén en manos del Estado. Sin embargo, nuevamente las adhesiones estatistas de los votantes del FA son más categóricas que las del conjunto de la opinión pública y que las de los demás votantes partidarios, esto es así para cada una de las actividades detalladas en el cuadro, a excepción de la salud, donde los sufragantes del PI registran los más altos guarismos. Los colorados, por su parte, si bien también asumen una postura mayoritariamente estatista, lo hacen en menor medida que el resto, al tiempo que los blancos se sitúan en una ubicación intermedia entre sus coetáneos tradicionales y los frenteamplistas.

Cuadro 15

Servicios que deberían estar en manos del Estado. Opinión según preferencia político-partidaria (2004)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	P. Independiente	Total
Salud	82.2%	71%	64.6%	92.9%	76.2%
Educación	91.2%	80.2%	77.2%	78.6%	85.7%
Servicios eléctricos	84.2%	74.2%	63.3%	60%	77.8%
Combustibles	77.5%	56.5%	50%	60%	66.7%
Agua potable/ saneamiento	91.2%	69.8%	58.2%	71.4%	79.8%
Seguridad Social	88.4%	77.9%	69.6%	71.4%	82.1%
Telecomunicaciones	71.1%	58.4%	46.8%	40%	63.1%

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de una encuesta de opinión pública realizada en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, ICP – FCS -UdelaR (2004).

En síntesis, veinte años después de la reinstauración democrática y habiendo atravesado la época dorada del denominado modelo de desarrollo neoliberal, los orientales continúan “con el Estado en el corazón”. Empero, el estado-centrismo que se consolidó en la primera mitad del siglo XX durante los gobiernos batllistas, encuentra actualmente mayor cobijo entre los simpatizantes frenteamplistas que entre los propios colorados, pasando a adoptar esos últimos posiciones menos intervencionistas en lo económico y lo social que los históricamente más liberales votantes blancos.

Sección IV. LA DIMENSIÓN SOCIO – MORAL:

LAICIDAD VS. RELIGIOSIDAD Y CONSERVADURISMO VS. PROGRESISMO

IV. 1. SECULARIZACIÓN TEMPRANA Y LEYES “DE AVANZADA”

Otros dos aspectos que han singularizado al Uruguay entre sus pares latinoamericanos, refieren a una temprana separación entre el Estado y la Iglesia, y a la precoz sanción de una legislación social “de avanzada”. Hacia fines del siglo XIX, el país comenzó a recorrer un proceso de secularización que se vio profundizado en las primeras décadas del novecientos, a instancias del primer batllismo y su impronta liberal y marcadamente anticlerical. Datan de esos años, entre otras disposiciones, la declaración de obligatoriedad del matrimonio por la vía civil (1885); la aprobación del derecho al divorcio (por causal y por mutuo consentimiento de los cónyuges en 1907 y “por la sola voluntad de la mujer” en 1913) y la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas (1909). Formalmente, el punto cúlmine del proceso secularizador estuvo dado por la constitucionalización de la división entre Estado e Iglesia a partir de la Carta Magna de 1918. Dicho texto estableció la libertad de todos los cultos religiosos en el país, mas dejó sin efecto el carácter confesional del Estado uruguayo que la primera Constitución de 1830 había estipulado¹⁴¹.

IV. 2. LA “MORAL SECULAR” VS. LA “MORAL CONFESIONAL”

El radical corte entre política y religión, confinó a esta última a la intimidad de la vida privada, y ha constituido un componente muy importante en la configuración de la matriz cultural uruguaya.

En consonancia con el legado histórico, a comienzos de la postransición, hacia 1987, el grueso de la ciudadanía de la ciudad de Montevideo (67,1%) se manifiesta afín a que las ideas confesionales no tengan ninguna influencia en la vida política del país. Aún así, se registran diferencias entre los votantes de los diferentes partidos, aceptando en mayor medida los electores colorados y blancos, el influjo de la religión. Los frenteamplistas por su parte, son quienes asumen posiciones más seculares en ese sentido (ver Cuadro 16).

Cuadro 16

**Grado de influencia deseada de las ideas religiosas en política según preferencia político-partidaria
(1987)**

	Partido Colorado	Partido Nacional	Frente Amplio	Total
Mucho	13.4%	12.1%	8.2%	10.9%
Más o menos	19.3%	23.8%	18.4%	19.9%
Nada	64.4%	62.2%	71.7%	67.1%
Ns/Nc	2.9%	1.9%	1.8%	2.2%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente:
Filgueira et. al.
(1989) (datos

correspondientes a la ciudad de Montevideo).

En sintonía con la extensa trayectoria de laicidad referida, estudios de opinión pública efectuados por la Consultora Factum, revelan que hacia el año 2000, “*más de la mitad de la población [53%] se considera poco o nada religiosa*” (Bottinelli 2000b), es decir, poco o nada practicante de algún credo religioso, al tiempo que a lo largo de la década de los noventa, manteniendo cifras bastante estables para todo ese período, “*existe una porción significativa del país [36% en el año 2000] que no adhiere a religión alguna*” (Bottinelli 2000a).

Sin embargo, debe tenerse presente que estos números tan coincidentes con la tradición secular del Uruguay, conviven con una realidad paralela en la cual, para fines del siglo XX, alrededor de ocho de cada diez ciudadanos, independientemente de pertenecer ó no a una religión específica y de su grado de religiosidad, “*manifiesta creer en Dios o en alguna forma de ser superior*” (Bottinelli 2000a). Concomitantemente, tal como lo ilustra el Cuadro 17, para 1997 la proporción de uruguayos no creyentes es de casi dos de cada diez (19%).

A nivel de los votantes partidarios, empero, estos guarismos varían. La medición de 1997 indica que el porcentaje de agnosticismo es más alto entre los sufragantes del NE (32%) y del FA (27%), que entre los electores del PN (12%) y del PC (11%). Asimismo, existe mayor proporción de católicos entre los simpatizantes tradicionales: el 71% de los nacionalistas y el 68% de los colorados comulgan con esa fe religiosa, mientras que la inclinación al catolicismo representa el 48% en los nuevoespacistas y el 50% en los frenteamplistas. De esta manera, “*aparece una línea divisoria bastante nítida, de un lado de la cual aparecen los partidos Colorado y Nacional, y del otro (...) los partidos Frente Amplio y Nuevo Espacio...*” (Factum 1998).

Cuadro 17
Creencia en Dios/ Religiosidad según preferencia político-partidaria
(1997)

	P. Colorado	P. Nacional	Frente Amplio	Nuevo Espacio	Total
Católicos	68%	71%	48%	50%	58%
Otras religiones	9%	6%	7%	10%	8%
Creyentes sin religión	12%	11%	18%	7%	14%
No creyentes	11%	12%	27%	32%	19%
Total	100%	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración a partir de Factum (1998).

Preguntas: “1) ¿Ud. Cree en la existencia de Dios?; 2) ¿Cuál es su religión?”.

A su vez, datos del año 2000 expresados en el Cuadro 18 dan cuenta que el 25% de la opinión pública se declara muy o bastante religiosa. Esa población de alta religiosidad se encuentra distribuida en mayor medida entre los votantes colorados y nacionalistas, no presentando éstos diferencias significativas entre sí (sus porcentajes son del orden del 30% y el 28% en cada caso), y sí distanciándose de los guarismos asumidos por los frenteamplistas, quienes significan el 17% del total de uruguayos con alto grado de religiosidad.

En esa línea, iniciado el siglo XXI, nuevamente quienes simpatizan con los lemas tradicionales, adoptan visiones más afines a la religión, otorgándole a ésta una importancia sensiblemente mayor (70,5% los blancos y 63,1% los colorados) a la que le asignan los sufragantes del FA (44,5%) (ver Cuadro 19).

Cuadro 18
Nivel de alta religiosidad según preferencia político-partidaria
(2000)

	P. Colorado	P. Nacional	Frente Amplio	Total
Muy religioso + Bastante religioso	30%	28%	17%	25%

Fuente: Elaboración propia a partir de Factum (2000).

Pregunta: “¿Cuán religioso es Ud.?”.

Cuadro 19
Importancia atribuida a la religión según preferencia político-partidaria
(2002)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado
Mucha importancia + Bastante importancia	44.5%	70.5%	63.1%

Fuente: Elaboración

a partir del Programa de Educación en Valores de la Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga (2003).

En resumen, a lo largo de las dos décadas posteriores a la transición poliárquica en Uruguay, se constata una moral marcadamente más confesional por parte de blancos y colorados, y más secular en el caso de los frenteamplistas y los nuevospacistas. De tal forma, los votantes de los partidos tradicionales adhieren en un número sensiblemente más elevado a la fe católica, son más practicantes y conceden mayor relevancia a la religión.

IV. 3. LA “MORAL CONSERVADORA” VS. LA “MORAL PROGRESISTA”

IV.3.1. La posición sobre el divorcio

Como ya se apuntara, en el marco de los gobiernos batllistas, extendiendo y profundizándose una senda que había comenzado a trazarse en las últimas décadas decimonónicas, se promulgaron leyes sociales fundamentales que acompañando el proceso secularizador, colocaron al país a la vanguardia internacional en varios campos de lo social. Por ejemplo, la ley de 1913 que habilitó el divorcio unilateral para la mujer, significó que Uruguay contara “con una de las legislaciones más liberales del mundo en materia de divorcio, adelantándose en más de medio siglo a las modificaciones que sufrirían la mayoría de los regímenes de divorcio en América Latina” (Cabella 2000: 8).

En el contexto de este legado, datos de la Encuesta Mundial de Valores (WVS por su sigla en inglés) señalan que hacia 1996, sólo dos de cada diez uruguayos entienden que el divorcio nunca está justificado, proporción que se mantiene incambiada en 2002 (Encuesta de Valores en Uruguay - EVU 2003) y que desciende a uno de cada diez para mediados de los años dos mil (WVS 2006). Ahora bien, los posicionamientos a este respecto no son iguales entre los sufragantes de todos los lemas, siendo los electores del FA quienes en mayor medida justifican el divorcio (EVU 2003: 40).

IV.3.2. La posición sobre el aborto

El apoyo a la despenalización de la práctica del aborto voluntario constituye otra actitud que, aún cuando recoge adhesiones mayoritarias en la ciudadanía en su conjunto, encuentra mayor eco entre los frenteamplistas. Como puede observarse en el Cuadro 20, para 1994 el porcentaje de simpatizantes frenteamplistas afines a permitir libremente la interrupción voluntaria del embarazo (32%) duplica al de los sufragantes nacionalistas (16%) y es dos veces y medio superior al de los colorados (12%). Análogamente, mientras la cifra de votantes del FA totalmente contrarios al aborto apenas alcanza el 7%, entre los electores tradicionales, los guarismos trepan al 24% (PN) y 20% (PC).

Información de una encuesta de opinión pública realizada por Factum en 2002, en oportunidad de la discusión parlamentaria sobre un proyecto de ley que planteaba entre otros puntos, la despenalización el aborto en Uruguay (“Ley de Defensa de la Salud Reproductiva”)¹⁴², constata que, nuevamente, los adeptos al FA son los más enfáticamente proclives a la pro-legalización (ver Cuadro 21). En un marco general claramente favorable a la aprobación del mencionado proyecto (58% del total de la población se pronuncia en ese sentido), el apoyo de los frenteamplistas asciende al 70%. Esta medición de 2002 indica que los blancos también adhieren mayoritariamente a la ley en cuestión (53%)¹⁴³, en tanto los colorados expresan posiciones divididas: 45% a favor y 45% en contra.

Cuadro 20
Posición sobre la práctica del aborto según preferencia político-partidaria
(1994)

	P. Colorado	P. Nacional	Frente Amplio	Total
Prohibirlo totalmente	20%	24%	7%	17%
Permitirlo en algunos casos	60%	55%	60%	60%
Permitirlo libremente	12%	16%	32%	19%
Ns/Nc	8%	5%	1%	5%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente:
Elaboración a partir de una encuesta de opinión pública realizada por Factum (1994)

para la Revista Guambia.

Cuadro 21
Posición sobre el Proyecto de Ley de Defensa de la Salud Reproductiva (“despenalización del aborto”)
(2002)

	Frente Amplio	P. Nacional	P. Colorado	Total
A favor	70%	53%	45%	58%
En contra	25%	40%	45%	35%
Ns/Nc	5%	7%	10%	7%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente:

Elaboración a partir de Factum (2003).

Pregunta: “El Parlamento discute una ley que permite a las mujeres recurrir al aborto dentro de las 12 primeras semanas del embarazo, y también en caso de violación, de riesgo de vida de la madre o de malformaciones del feto. ¿Está usted a favor o en contra?”

IV.3.3. La posición sobre la homosexualidad

Lamentablemente, los únicos datos de los que se dispone sobre la orientación de los votantes de cada lema en relación a la homosexualidad, se limitan al año 2002, no existiendo entonces la posibilidad de estudiar la evolución de dicha variable a lo largo del período de dos décadas que abarca este trabajo. Ahora bien, la medición de 2002 indica que las actitudes asumidas por los electores de cada partido con respecto a este *issue* son concordantes con las manifestadas en relación al divorcio y a la práctica del aborto, exhibiendo los simpatizantes del FA una tolerancia más extendida que los votantes tradicionales con respecto a la homosexualidad (EVU 2003: 40).

En suma, a lo largo de las dos décadas posteriores a la recuperación de la institucionalidad poliárquica en Uruguay, los sufragantes frenteamplistas ostentan una moral más progresista y secular, encarnando un perfil más fiel a la tradición heredada del viejo batllismo que otrora había cultivado el PC. En tanto, los votantes de los partidos *de la Defensa* y *del Cerrito*, confluyen en una moral más conservadora, donde la religión cobra mayor importancia.

IV. CONCLUSIONES

IV. 1. PASANDO RAYA

En el capítulo anterior se analizó cómo evolucionó la imagen de posición ideológica de los partidos políticos uruguayos y sus principales dirigentes, desde la perspectiva de la opinión pública, a lo largo de las dos décadas posteriores al readvenimiento democrático en el país. Asimismo, se estudió la evolución de la autoimagen y la autopercepción de

posición de los votantes de cada partido en la diada izquierda-derecha y su orientación en relación a un conjunto de valores e *issues* políticos, socio-económicos y socio-morales de cardinal importancia.

Los datos relevados indican que durante el período en cuestión, desde el lente de la ciudadanía y atendiendo al eje izquierda-derecha, el mapa del sistema partidario pasó de una cartografía de tres partidos asentados en tres espacios ideológicos delimitados, a una configuración binaria polarizada en torno a dos bloques de partidos conformados por el FA y sus posteriores alianzas (EP-FA, EP-FA-NM) en la centro-izquierda del espectro, y por el PN y el PC confluyendo en la centro-derecha. Este ordenamiento de los lemas tal como es percibido por la opinión pública, es congruente con la imagen que ésta tiene respecto a las élites dirigentes, a las que sitúa promedialmente en las mismas posiciones que los partidos a los que pertenecen. Paralelamente, la autoubicación de los electores de cada uno de los lemas relevantes en el continuo downsiano, experimentó el mismo pasaje de un mapa con tres espacios definidos, a uno con dos polos, colocándose los votantes frenteamplistas, aún después de la (re)incorporación del centrista NE, en la centro-izquierda de la escala, y solapándose los sufragistas tradicionales en la centro-derecha.

Acudiendo al aporte teórico de Sani y Sartori (1983) y recogido por González (1993), puede sostenerse que la proximidad ideológico-espacial existente entre los lemas al interior de cada uno de esos polos o bloques, permite referir a ellos apelando al concepto de familias políticas de partidos. En este sentido, al inaugurarse el siglo XXI, quedaron definidas dos grandes familias políticas en el sistema partidista uruguayo, una de ellas constituida por el FA y sus alianzas, y extendida desde la izquierda pura hasta la centro-izquierda del *continuum*, y la otra integrada por el PN y el PC, y prolongada desde la centro-derecha hasta la derecha pura del eje. Estas familias políticas de partidos coexisten en un escenario de bipolaridad moderada, donde si bien el sistema de partidos presenta una polarización ideológica relativamente alta, el mismo se encuentra fuertemente institucionalizado, siendo la competencia política centripeta y la gobernabilidad y estabilidad democrática muy robustas.

Tal estabilidad democrática, se ve a su vez retroalimentada por una cultura política afín a los valores poliárquicos, que corta transversalmente a los votantes de todos los lemas. La información analizada da cuenta de una categórica adhesión de la opinión pública uruguaya al régimen democrático de gobierno y de una alta legitimación de sus principales instituciones: los partidos políticos -con los cuales los votantes manifiestan sentir un importante nivel de cercanía- y el sufragio. De esta forma, más allá de leves matices, la preferencia por la institucionalidad democrática emerge claramente como una *cuestión de valencia* sobre la cual existe un amplio consenso en toda la sociedad, sin importar las opciones partidarias de los ciudadanos.

Ahora bien, con una arraigada cultura política democrática como telón de fondo, las dos familias políticas de partidos se definen y distinguen no sólo por el lugar que ocupan en el eje espacial izquierda-derecha, sino también por las diferencias que exhiben en torno a determinadas *cuestiones de posición*, constatándose la presencia de ciertos patrones de cultura política propios que implican la coexistencia de dos subculturas en el seno del electorado.

En este sentido, en primer término, en un país que históricamente estuvo altamente politizado, los adherentes frenteamplistas manifiestan, a lo largo de los veinte años que abarca este estudio, una mayor proximidad con la política, interesándose más por la misma y asignándole un mayor grado de importancia que los electores tradicionales.

A su vez, aún dentro de un clima general proclive a la participación del Estado en la vida económica y social, ambas familias políticas discrepan respecto al alcance que cada una considera debe tener la intervención de la esfera pública sobre la privada, siendo la familia del FA y sus adyacentes la que en mayor medida recoge la tradición estatista batllista.

Finalmente, en ese tempranamente laico Uruguay que, en materia de legislación social, supo estar a la vanguardia de sus vecinos de la región e incluso de países del mundo desarrollado, los sufragantes frenteamplistas adhieren a valores

más seculares e innovadores en el terreno socio-moral que los votantes colorados y blancos, quienes manifiestan actitudes más volcadas al mantenimiento del *status quo*. Así, mientras la familia del FA acepta en mayor grado la práctica del divorcio, es altamente favorable a la despenalización del aborto voluntario, y más tolerante respecto a la homosexualidad, la familia conformada por el PC y el PN presenta una visión más conservadora en relación a esos *issues*, siendo concomitantemente más afín al catolicismo y registrando mayores niveles de religiosidad.

De esta manera, la información relevada constata que los partidos políticos que integran cada uno de los dos bloques que se configuraron entre 1985 y 2005, no sólo se diferencian ideológicamente en cuanto a su cercanía/lejanía en el eje izquierda-derecha, pudiendo definirse como dos *familias políticas de partidos*, sino que también se distinguen en relación a su orientación en torno a una serie de cuestiones de relevancia, suscribiendo así al concepto de *familias ideológicas* definido por Luna (2004). En ese sentido, a partir de la combinación de estos dos términos, resulta pertinente denominar a los dos bloques partidarios como dos *familias político-ideológicas*.

Aditivamente, en función de los patrones de cultura política que cada una de estas familias político-ideológicas asume, emerge oportuno el adjetivar como “progresista” a la familia del FA y sus posteriores alianzas y como “conservadora” a la familia conformada por el PC y el PN.

Queda comprobada entonces, la hipótesis de investigación planteada para este trabajo: desde la perspectiva de la opinión pública, a lo largo del período 1985-2005, el fuertemente institucionalizado sistema de partidos uruguayo, en el marco de su relativamente alta polarización ideológica, protagonizó la formación de dos familias político-ideológicas, cada una de ellas detentora de una subcultura política propia, dentro de un contexto general de cultura política democrática. Por un lado, se constituyó la familia del FA y sus alianzas que, con una impronta progresista, se asienta en la izquierda/ centro-izquierda del espectro político, y por el otro, se erigió la familia del PC y el PN que, desde una matriz conservadora, se posiciona en la centro-derecha/ derecha del mapa ideológico.

IV. 2. REFLEXIONES FINALES

El arribo del FA al gobierno nacional, implicó la culminación de un doble proceso de ascenso de los otrora partidos desafiantes y declive de los lemas fundacionales. En expresiones de Moreira (2004b), significó el final de un juego y el inicio de otro nuevo, y en palabras de Buquet (2005: 21), el largo pasaje de un bipartidismo a otro bipartidismo.

Ahora bien, el esquema binario pautado por las familias político-ideológicas progresista y conservadora, ¿constituye un nuevo duopolio como el que anteriormente formaron blancos y colorados?

Un estudio comparativo y combinado de los resultados de los comicios nacionales de octubre de 2004 y los departamentales de mayo de 2005, realizado por Factum (Bottinelli E. 2005; Bottinelli, O. A. 2005b, 2005c), concluye que en la sociedad uruguaya no hay preeminencia de un bloque, sino que existen dos conglomerados políticos con un peso electoral muy similar, y asimismo, un conjunto de electores independientes que no pertenecen a ningún bloque en particular¹⁴⁴. De acuerdo a dicha investigación, el voto básico (el piso o mínimo registrado) del bloque del EP-FA-NM, tras el ciclo electoral 2004-2005, representa el 45,7% del electorado real del país, en tanto el voto al área del PN, el PC y otros lemas muy pequeños (situados todos a la derecha del EP-FA-NM), significa el 44,6%. Resta entonces, un 9,7% de ciudadanos¹⁴⁵ que no comulgan con firmeza con ningún bloque político, sino que entre 2004 y 2005 fluctúan de un área a otra, u optan por sufragar en blanco o anulado.

Si bien el estudio destaca que esa porción independiente, traducida en términos de bancas parlamentarias imaginarias, equivaldría a tres senadores y ocho diputados (Bottinelli O. A. 2005b), debe tenerse presente que en 2004-2005, el voto básico al EP-FA-NM, al PN y al PC, aglutina en forma conjunta (sin considerar a los otros pequeños partidos que la investigación de Factum clasifica en el área tradicional y que se ubican a la derecha del FA) casi el noventa por ciento del electorado, cifra muy similar a la que nacionalistas y colorados concentraban previo a 1971. En tal sentido, resulta pertinente señalar que el viejo duopolio blanco-colorado ha dado paso a un nuevo duopolio: el frenteamplista-tradicional o progresista-conservador.

En el mediano y largo plazo, ¿mantendrá el sistema de partidos uruguayo su actual escenario dual, de la mano de las familias político-ideológicas ó evolucionará en otra forma (por ejemplo, dando paso a un *revival* de la política triangular, o asistiendo al avance de cuartas opciones partidarias)? Sólo el tiempo puede responder a esta interrogante, pero por lo pronto, aún cuando, a partir del repunte electoral de un renovado PC en los comicios nacionales de 2009, se quebró el formato bipartidista que se había dibujado en 2004, la bipolaridad prevalece y la sociedad continúa dividida en los mismos dos grandes campos¹⁴⁶.

Así, los “Capuletos” y “Montescos” del Uruguay de hoy, encarnan como los de ayer, dos subsociedades con subculturas propias, pero que al igual que en el pasado, se inscriben en una extendida cultura política democrática que los integra, y en un altamente institucionalizado sistema de partidos que los continenta.

“...Ha llegado la hora de que los partidos fundacionales, sin perder su esencia y su propia individualidad, busquen la manera, objetiva e institucional de actuar juntos en la vida política nacional. No se trata de renegar de su historia, de sus ideas fundamentales o hasta de su propia institucionalidad, pero sí de buscar alianzas permanentes y formales que les otorguen unidad de gestión y representación. Nadie pide la desaparición de los viejos partidos que construyeron el país, pero sí que se organicen y funcionen dentro de ciertos criterios y pautas que le otorguen una forma institucional común [con]

autoridades y candidatos comunes que surjan, en definitiva, de sus propias internas”.

Carlos Ramela, “*Los cimientos fundacionales*”, fragmento de artículo publicado en el diario *El Observador*, 13.05.2005 (tomado de Chasqueti y Garcé 2005: 142).

“La eliminación del balotaje es un salvataje absurdo del Frente [Amplio] por vía de la Constitución. Eso lo rechazamos, pero creo que si mañana el Frente [Amplio] convoca a analizar la Constitución, desde mi punto de vista, sería bueno que se hicieran algunos ajustes (...). Una cosa que la Constitución no permite son las alianzas de partidos. En Chile, la Concertación [de Partidos por la Democracia] ha ganado las últimas cuatro elecciones y son dos partidos adversarios. Si quieren hacer reformas innovadoras, que se permitan los acuerdos entre partidos para la elección”.

Luis Alberto Lacalle en declaraciones realizadas al diario *El País*, 14.09.2007.

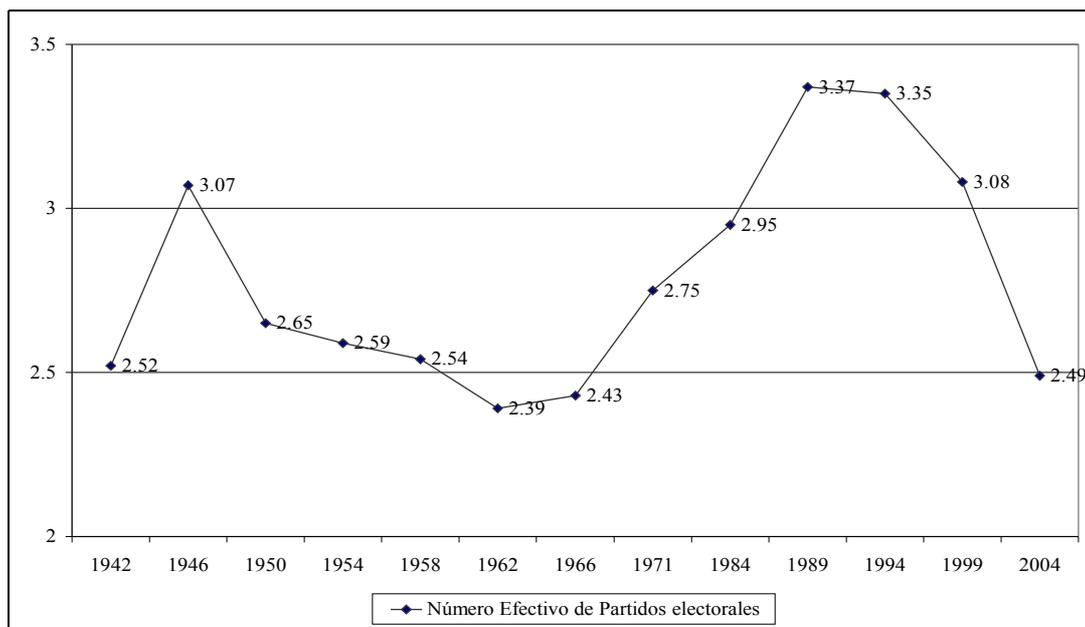
“[El ex Intendente del departamento de Durazno y actual diputado nacionalista] Carmelo Vidalín, propuso que blancos y colorados debían ‘juntarse poco a poco y paso a paso’ en un ‘nuevo partido con un nuevo nombre pero sin perder identidad’ (...). El diputado blanco Pablo Abdala dijo a EL PAÍS digital que no le parece un plan descabellado. ‘Los partidos tradicionales, más allá que cada uno tiene su identidad, comparten una serie de principios y valores (...) que creo perfectamente podrían llegar a ambientar una solución de este tipo’ (...). Por otro lado, el legislador de la Lista 15, José Amorín Batlle, dijo (...) que la idea de Vidalín es algo que se ‘siente en los barrios’ cuando los vecinos plantean que ‘blancos y colorados juntos son distintos al FA (...). Para Amorín el modelo a seguir es el chileno y la coalición formada por [el Presidente de Chile] Sebastián Piñera, ‘donde los partidos no pierden identidad, pero participan en la elección con un candidato común’”.

El País digital, portal de noticias en internet del diario *El País*, 08.01.2010.

ANEXO

Gráfico 1

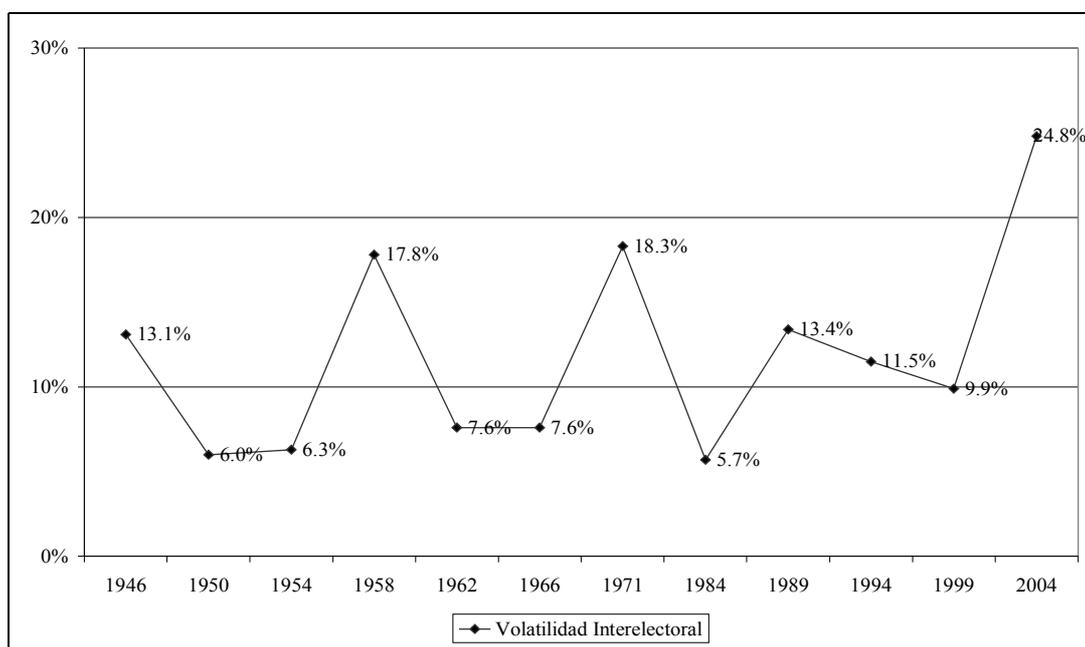
Evolución del número efectivo de partidos electorales (1942 - 2004)



Fuente: Elaboración a partir de datos tomados de Buquet, Chasquetti y Moraes (1998) para el período 1942-1994 y de Queirolo (2006) para el período 1999-2004.

Gráfico 2

Volatilidad interelectoral entre partidos (1946-2004)



Fuente: Buquet (2005).

Cuadro 1

Evolución electoral (1962-2004)

(Porcentaje de votos emitidos en Elecciones Presidenciales. Todo el país)

DE CAPULETOS Y MONTESCOS
FAMILIAS POLÍTICO-IDEOLÓGICAS EN EL SISTEMA DE PARTIDOS DEL URUGUAY POST DICTADURA

	1962	1966	1971	1984	1989	1994	1999	2004
Partido Colorado	44,51	49,33	39,8	40,28	29,03	30,83	31,93	10,36
Partido Nacional	46,54	40,34	39,05	34,22	37,25	29,75	21,72	34,30
Frente Amplio	17,77	20,77	20,35	29,18	39,06	50,45
Unión Cívica (1)	3,05	0,22	0,52	2,37	...	0,1	0,23	0,22
Partido Demócrata Cristiano (2)	...	3,02
FIDEL (3)	3,49	5,66
Partido Socialista/ Unión Popular (4)	2,31	0,94
Nuevo Espacio (5)	8,63	4,92	4,44	...
Partido Independiente	1,84
Otros partidos/ En blanco/ Anulado	0,1	0,37	2,87	2,36	4,75	5,25	2,62	2,83
TOTAL	100							

Fuente: Elaboración a partir de datos de la Corte Electoral.

(1) Los datos electorales de 1962 corresponden a la denominación Partido Demócrata Cristiano (PDC). En 1966, un sector de dicho partido se escinde para conformar el Movimiento Cívico Cristiano. Los resultados de 1966 corresponden a este último lema. En 1989, la Unión Cívica votó en alianza junto con el Nuevo Espacio (NE).

(2) El PDC, que surge en 1962 como una refundación de la Unión Cívica; se presentó como lema propio solamente a los comicios de ese año y de 1966. En 1971, el PDC pasa a integrar el Frente Amplio (FA).

(3) El Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), surge en 1962 como una coalición encabezada por el Partido Comunista, presentándose como lema a las elecciones de ese año y de 1966. En 1971, pasa a integrar el FA.

(4) La Unión Popular (UP) nace en 1962, como una coalición encabezada por el Partido Socialista (PS) y el grupo del ex dirigente nacionalista Enrique Erro. La fractura de dicha coalición conduce al PS y a la UP (Erro) a votar como lemas separados en 1966. Los datos electorales registrados para ese año corresponden al PS [el porcentaje recibido por la UP (0,22%) fue incluido en la categoría "Otros Partidos/ En blanco/ Anulado"]. Hacia 1971, tanto el PS como la UP se unen al FA.

(5) El NE, que surge como una división del FA en 1989, se reincorpora a este último hacia las elecciones de 2004. Los dirigentes disconformes con tal reincorporación, fundaron el Partido Independiente.

Cuadro 2

Evolución electoral de los bloques PC + PN y FA + NE (1971-2004)

(Porcentaje de votos válidos en Elecciones Presidenciales. Todo el país)

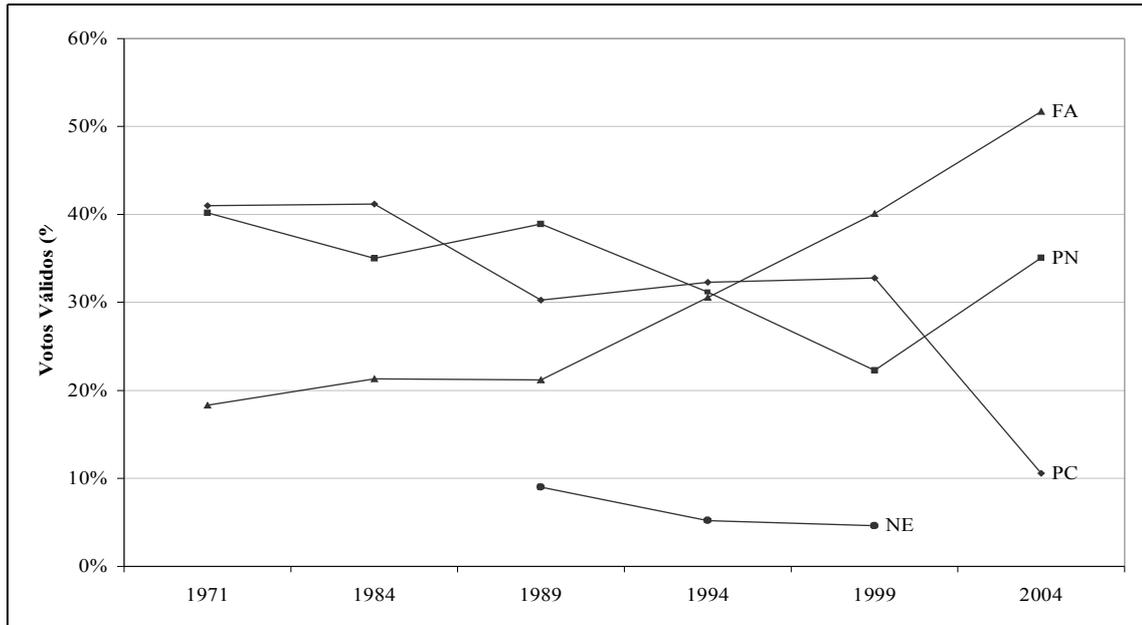
	1971	1984	1989	1994	1999	2004
Partido Colorado	41.0	41.2	30.3	32.3	32.8	10.6
Partido Nacional	40.2	35.0	38.9	31.2	22.2	35.1
Subtotal bloque PC + PN	81.2	76.2	69.2	63.5	55.0	45.7
Frente Amplio	18.3	21.3	21.2	30.6	40.3	51.7
Nuevo Espacio	9.0	5.2	4.6	...
Subtotal bloque FA + NE	18.3	21.3	30.2	35.8	44.9	51.7
Otros partidos	0.5	2.5	0.6	0.7	0.1	2.6
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Elaboración a partir de González y Queirolo (1999); Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Gráfico 3

Evolución electoral del PC, el PN, el FA y el NE (1971-2004)

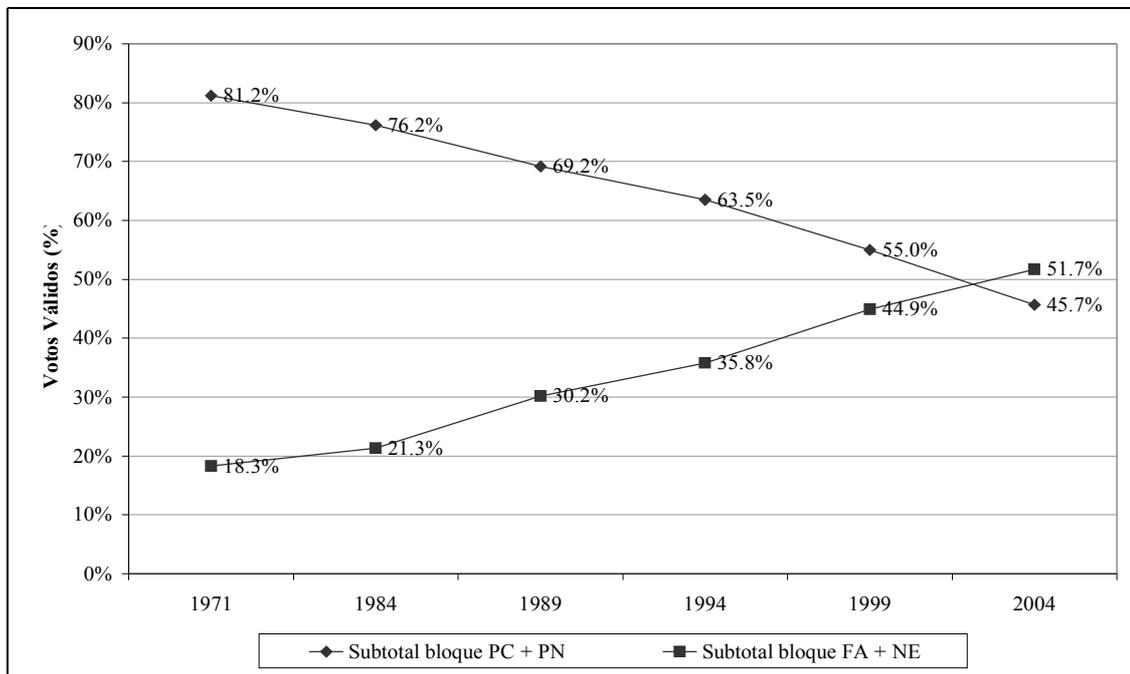
(Porcentaje de votos válidos en Elecciones Presidenciales. Todo el país)



Fuente: Elaboración a partir del Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Gráfico 4

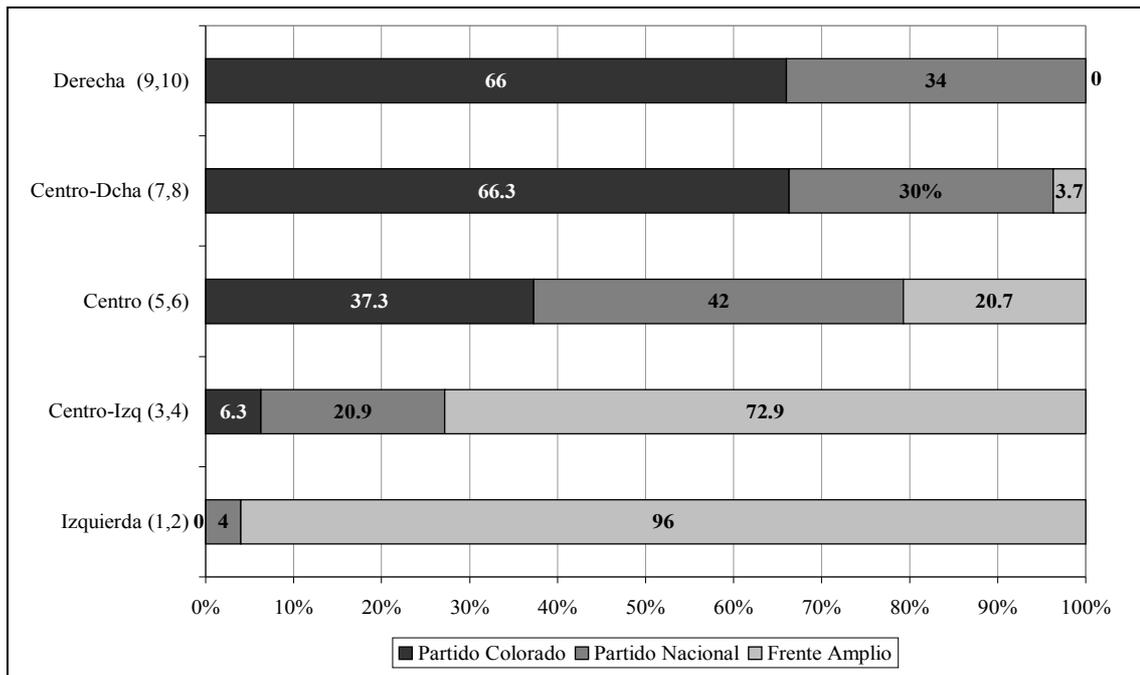
Evolución electoral de los bloques PC + PN y FA + NE (1971-2004)
(Porcentajes de votos válidos en elecciones presidenciales. Todo el país)



Fuente: Elaboración a partir del Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Gráfico 5

Composición de la escala izquierda-derecha según voto en las elecciones nacionales de 1984
Montevideo (1987)

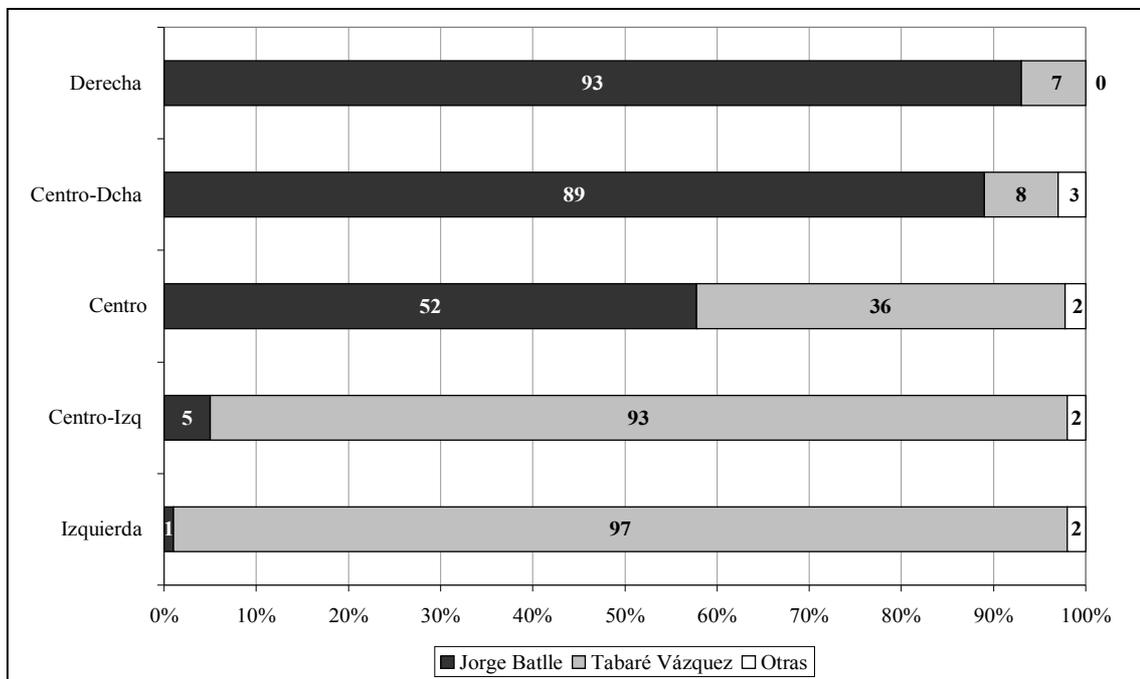


Fuente: Elaboración propia a partir de Filgueira et. al. (1989), en base a una encuesta de opinión pública realizada en la ciudad de Montevideo, en noviembre de 1987 por el Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU).

Gráfico 6

Composición de la escala izquierda-derecha según voto en el balotaje de 1999

País urbano (1999)

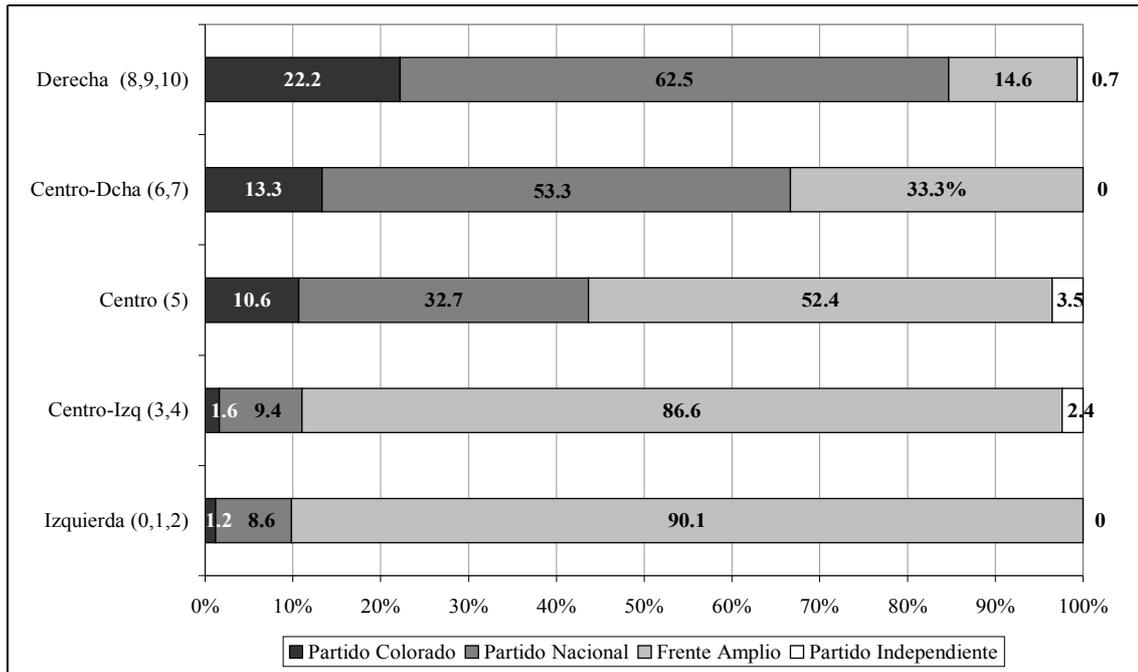


Fuente: Elaboración propia a partir de datos tomados de Canzani (2000).

Gráfico 7

Composición de la escala izquierda-derecha según voto en las elecciones nacionales de 2004

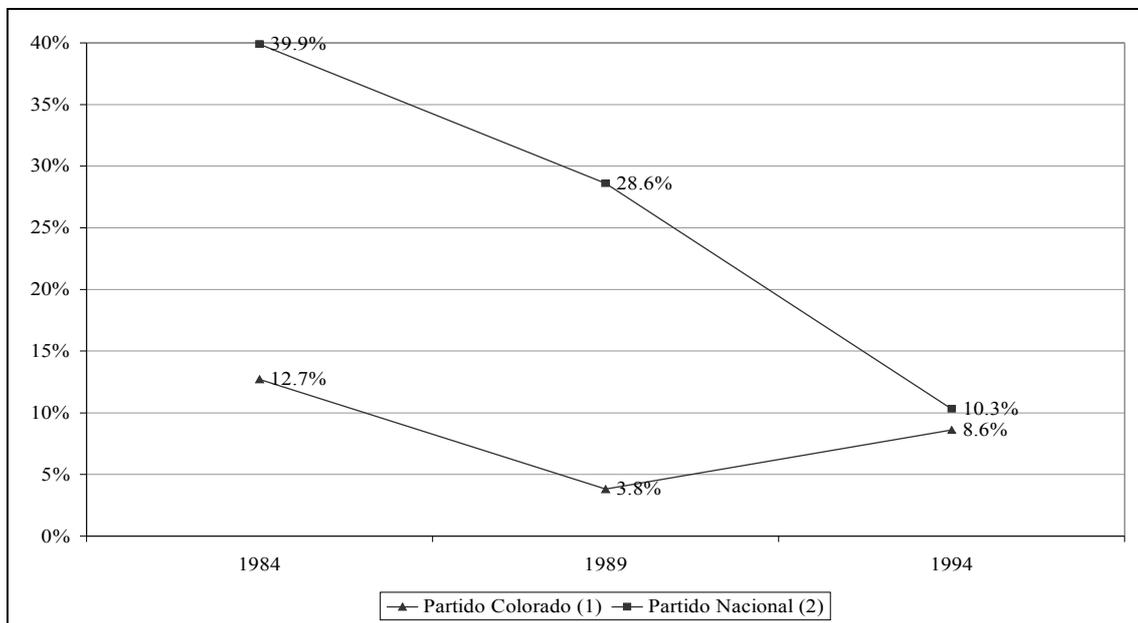
Todo el país (2004)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos tomados de una encuesta panel de opinión pública realizada en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (2004).

Gráfico 8

Votos a las fracciones de centro-izquierda de los partidos Nacional y Colorado (1984-1994) (Porcentajes)

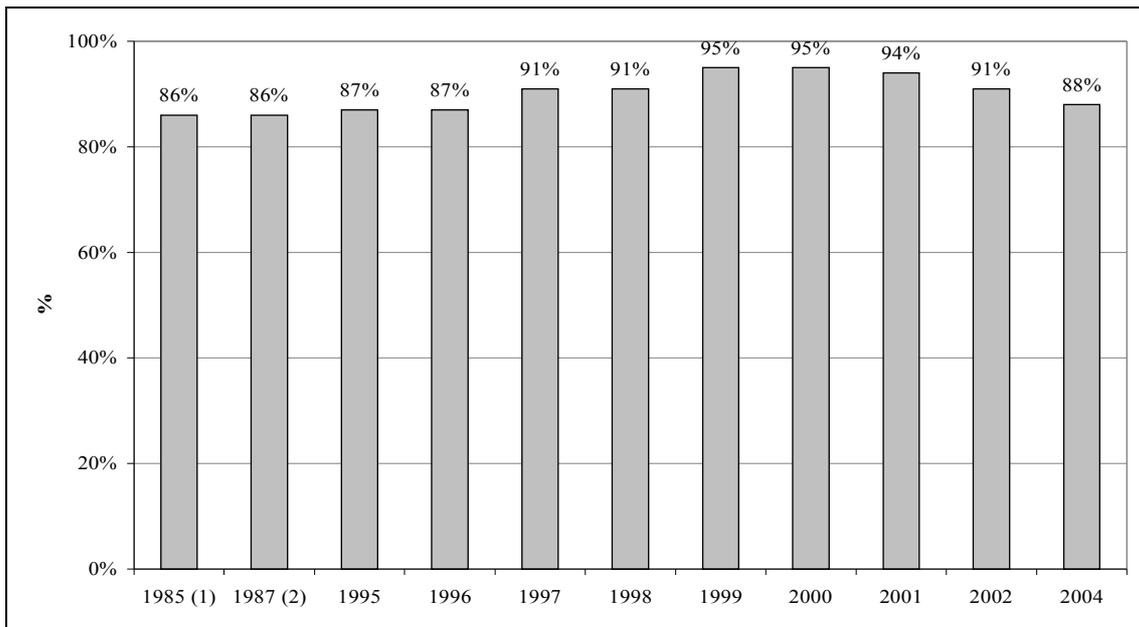


Fuente: Elaboración a partir de Moreira (2000a) (en base a datos de la Corte Electoral).

(1) 1984: “Lista 89” de Manuel Flores Silva; 1989: “Lista 27” de Víctor Vaillant y 1994: listas de V. Vaillant y Hugo Batalla.
 (2) 1984: listas “W” y “2000”, Alberto Zumarán; 1989: Movimiento Nacional de Rocha, Carlos Julio Pereyra; 1994: Movimiento Nacional de Rocha, Carlos Julio Pereyra.

Gráfico 9

Capacidad de autoposicionamiento en el eje izquierda-derecha por parte de la opinión pública uruguaya (1985-2004)



Fuente:

Elaboración propia a partir de datos de González (1993) para el año 1985; de Filgueira et. al. (1989) para el año 1987; de Colomer (2005) (en base a la Corporación Latinobarómetro) para el período 1995-2002 y; de la Consultora Cifra (datos publicados en el diario El País el 22.10.2004) para el año 2004.

(1) y (2): Los porcentajes de 1985 y 1987 corresponden al departamento de Montevideo.

Cuadro 3

Evolución de la autoidentificación en el eje izquierda-derecha de los uruguayos (Promedios) (1985-2005)

1985 (1)	1987 (2)	1989 (3)	1996 (4)	1997	1998	2000	2001	2002	2003	2004	2005
4.5	5.5	5.1	5.2	5.4	5.7	5.2	5.2	5.3	5.0	5.0	4.5

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de González (1993) para los años 1985 y 1989 y de la Corporación Latinobarómetro (2007) para todos los años subsiguientes.

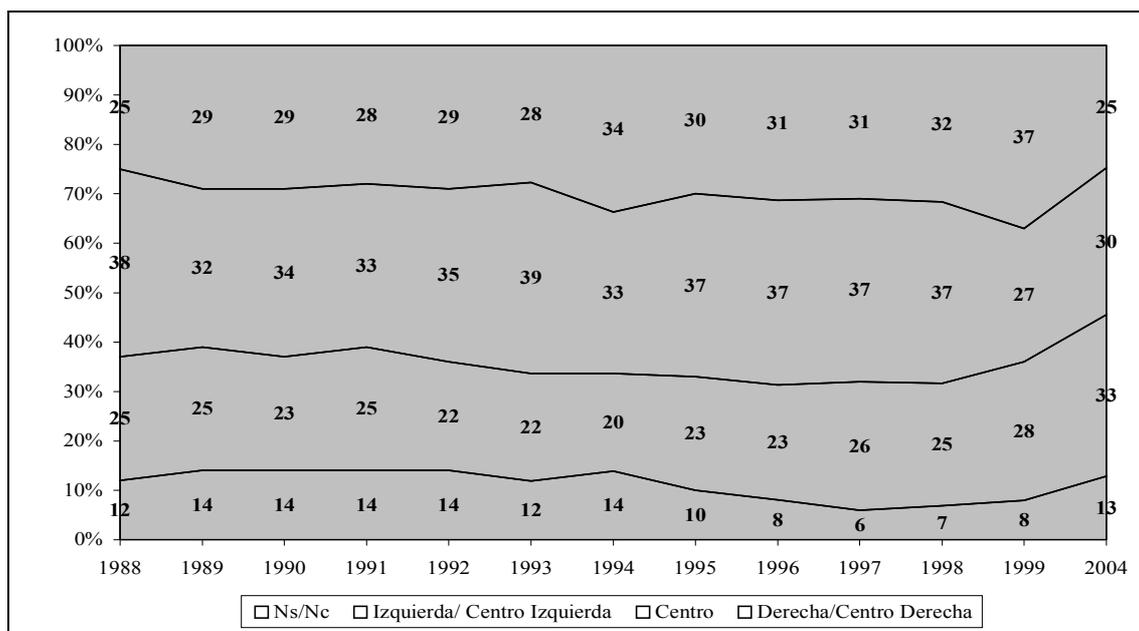
(1) y (3) El promedio de autoidentificación ideológica de los años 1985 y 1989, fue calculado por González (1993) en base a una escala de 1-10, donde 1 representa a la posición más a la izquierda y 10 la posición más derecha. La encuesta citada por el autor corresponde únicamente al departamento de Montevideo.

(2) El promedio de autoidentificación ideológica del año 1987 fue calculado por Filgueira et. al. (1989) en base a una escala de 1-10, donde 1 representa a la posición más a la izquierda y 10 la posición más derecha. La encuesta citada por los autores fue realizada en el mes de noviembre por CIESU y corresponde únicamente al departamento de Montevideo.

(4) El promedio de autoidentificación ideológica del año 1996 y subsiguientes, fue calculado por la Corporación Latinobarómetro (2007) en base a una escala de 0-10, donde 0 representa a la posición más a la izquierda y 10 la posición más derecha. Los datos corresponden al promedio de todo el país.

Gráfico 10

Evolución de la autoidentificación en el eje izquierda – derecha de los uruguayos (1988-2004) (Porcentaje de autoidentificados en cuatro segmentos. Promedios anuales. Todo el país)



Fuente: Elaboración a partir de Canzani (2000, 2005).

Cuadro 4a

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1985)

Distribución de las preferencias ideológicas del electorado de los partidos relevantes del sistema

	Izquierda (1,2)	Centro-Izq (3,4)	Centro (5,6)	Centro-Dcha (7,8)	Derecha (9,10)	Total	Media de autoidentificación
Partido Colorado	0.4%	4.5%	57.5%	21.9%	15.8%	100%	6.4
Partido Nacional	0.5%	21%	63.6%	11.6%	3.2%	100%	5.3
Frente Amplio (ala dcha)	17.8%	55.4%	24.2%	2.6%	0%	100%	3.6
Frente Amplio (ala izq)	52.4%	35.4%	7.5%	4.8%	0%	100%	2.6

Fuente: González (1993) a partir de una encuesta de opinión pública realizada por Equipos Consultores Asociados en el departamento de Montevideo en febrero de 1985.

Cuadro 4b

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1985)

Superposición y Distancia

	Superposición	Distancia	¿Familia político ideológica?
PC -- PN	77.2%	12.2%	No
FA (ala dcha) -- FA (ala izq)	66.3%	11.1%	No
PN -- FA (ala dcha)	48.4%	18.8%	No
PN -- FA (ala izq)	33.8%	30%	No
PC -- FA (ala dcha)	31.7%	31.1%	No
PC -- FA (ala izq)	17.1%	42.2%	No

Fuente: Elaboración propia a partir de González (1993).

Cuadro 5a

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1989)

Distribución de las preferencias ideológicas del electorado de los partidos relevantes del sistema

	Izquierda (1,2)	Centro-Izq (3,4)	Centro (5,6)	Centro-Dcha (7,8)	Derecha (9,10)	Total	Media de autoidentificación
Partido Colorado	0%	1.9%	31.1%	40.8%	26.2%	100%	7.3
Partido Nacional	0%	6.1%	44.8%	26.1%	23%	100%	6.8
Frente Amplio	32.9%	45.2%	21.3%	0.7%	0%	100%	4.9
Nuevo Espacio	4.1%	32%	54.6%	7.2%	2.1%	100%	3.3

Fuente: González (1993) a partir de una encuesta de opinión pública realizada por Equipos Consultores Asociados en el departamento de Montevideo en noviembre de 1989.

Cuadro 5b

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1989)

Superposición y Distancia

	Superposición	Distancia	¿Familia político ideológica?
PC -- PN	82.1%	5.5%	No
PN -- NE	60.2%	21.1%	No
FA -- NE	58%	17%	No
PC -- NE	42.1%	26.6%	No
PN -- FA	28.1%	38.8%	No
PC -- FA	24.9%	44%	No

Fuente:

Elaboración propia a partir de González (1993).

Cuadro 6a

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1996)

Distribución de las preferencias ideológicas del electorado de los partidos relevantes del sistema

	Izquierda (1,2)	Centro-Izq (3,4)	Centro (5,6)	Centro-Dcha (7,8)	Derecha (9,10)	Total	Media de autoidentificación
Partido Colorado	0%	5.9%	33.3%	25%	35.7%	100%	7.3
Partido Nacional	0%	5.9%	41.1%	27%	25.9%	100%	7.1
Frente Amplio (*)	27.9%	45.3%	26.7%	0%	0%	100%	3.5

Fuente: Elaboración propia a partir de una encuesta de opinión pública realizada por Factum (1996), en el segundo semestre de 1996, difundida en el programa “En Perspectiva” de radio El Espectador y luego publicada en www.factum.edu.uy.

Los datos presentados por Factum (1996) incluían el porcentaje de electores que declararon su intención de votar al PC, el PN y el FA pero que no se autoidentificaron ideológicamente (16%, 15% y 14% respectivamente). Para la confección de este cuadro, sin embargo, no tomamos en cuenta esas “no respuestas” (No sabe/ No contesta).

(*) En la publicación del sitio web de Factum, O. Bottinelli, apunta que existe un porcentaje muy reducido de votantes frenteamplistas que se autodefinen de derecha, pero tal porcentaje no es especificado. Por tal motivo, optamos por registrar la cifra “0%” en el espacio correspondiente a los votantes frenteamplistas autoposicionados en la “Derecha” del espectro ideológico.

Cuadro 6b

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1996)

Superposición y Distancia

	Superposición	Distancia	¿Familia político ideológica?
PC -- PN	90.2%	2.2%	Si
PN -- FA	32.7%	40%	No
PC -- FA	32.7%	42.2%	No

Fuente: Elaboración propia a partir de Factum (1996).

Cuadro 7

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (1999)

Superposición y Distancia

	Superposición	Distancia	¿Familia político ideológica?
PC -- PN	88.0%	2.8%	Si
PC/PN -- NE (*)	48.0%	22.8%	No
PC/PN -- FA (**)	46.4%	26%	No
FA -- NE	45.0%	23.5%	No

Fuente:

Elaboración a partir de cálculos realizados por Carlos Luján, en base a una encuesta efectuada en 1999 por Equipos MORI (citado en Lanzaro 2001).

(*) Corresponde al promedio de la distancia y la superposición existente entre los dos partidos tradicionales con respecto al NE.

(**) Corresponde al promedio de la distancia y la superposición existente entre los dos partidos tradicionales con respecto al FA.

Cuadro 8a

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (2004)

Distribución de las preferencias ideológicas del electorado de los partidos relevantes del sistema

	Izquierda (0,1,2)	Centro-Izq (3,4)	Centro (5)	Centro-Dcha (6,7)	Derecha (8,9,10)	Total	Media de autoidentificación
Frete Amplio	19.6%	29.6%	35.8%	9.4%	5.6%	100%	4.1
Partido Nacional	2.8%	4.8%	33.5%	22.6%	36.3%	100%	6.7
Partido Colorado	1.3%	2.6%	35.5%	18.4%	42.1%	100%	7
Partido Independiente	0%	23.1%	69.2%	0%	7.7%	100%	5.11

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de una encuesta de opinión pública realizada en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (2004).

Cuadro 8b

Polarización ideológica del sistema de partidos uruguayo (2004)

Superposición y Distancia

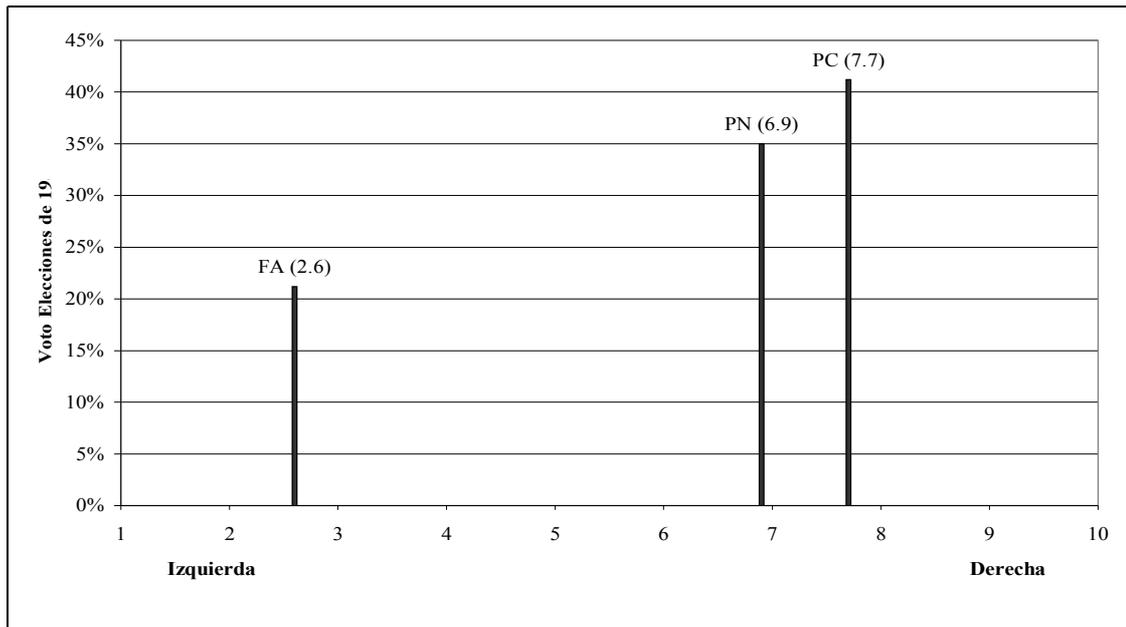
	Superposición	Distancia	¿Familia político ideológica?
PN -- PC	92.2%	3%	Si
FA -- PI	64.5%	10.1%	No
FA -- PN	56.1%	26%	No
FA -- PC	54.5%	29%	No
PN -- PI	46.0%	15.9%	No
PC -- PI	45.9%	18.9%	No

Fue

nte: Elaboración propia a partir de datos de una encuesta de opinión pública realizada en el marco del “Taller de Procesos Electorales en Uruguay”, Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (2004).

Gráfico 11

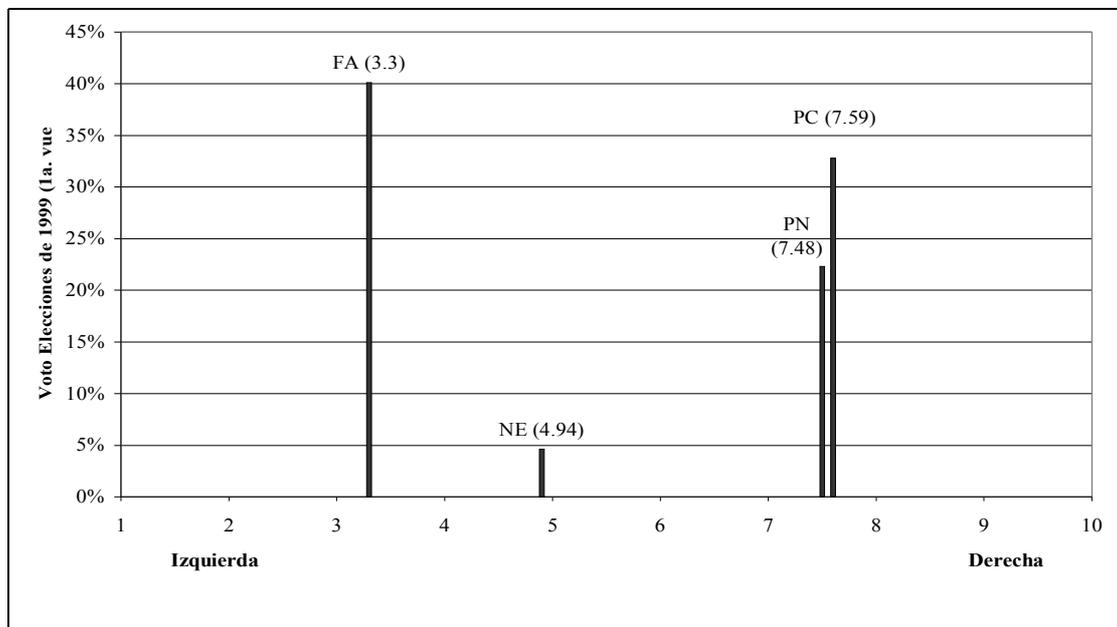
Ubicación de los partidos políticos en el eje izquierda – derecha según la percepción de la opinión pública de Montevideo (1985) y voto en las elecciones nacionales de 1984



Fuentes: Elaboración propia a partir de datos de una encuesta opinión pública realizada en Montevideo en febrero de 1985, citada en González (1993) y Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Gráfico 12

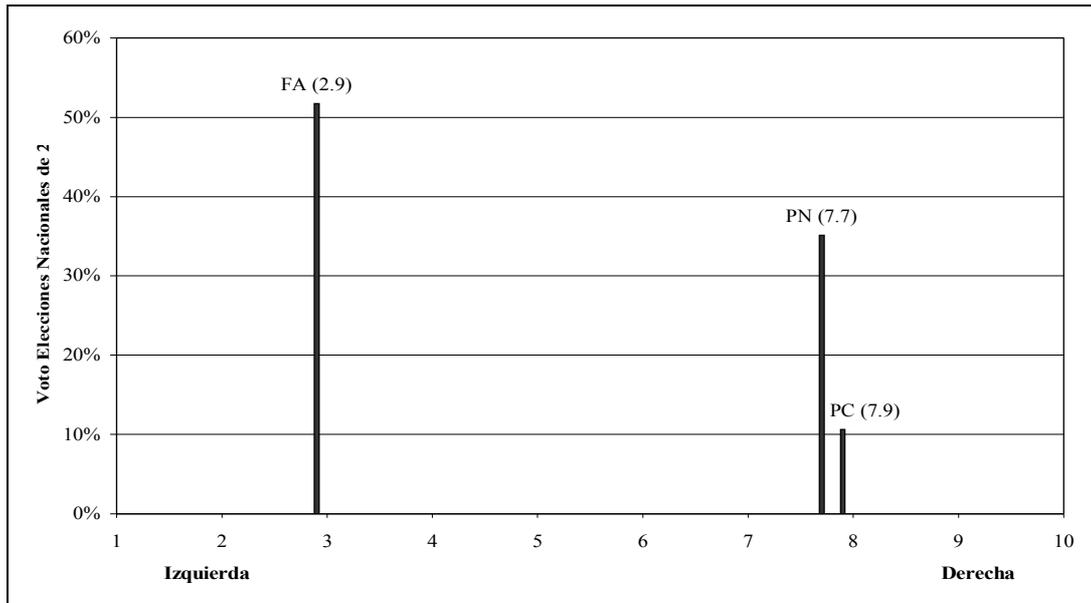
Ubicación de los partidos políticos en el eje izquierda–derecha según la percepción de toda la opinión pública (1999) y voto en las elecciones nacionales de 1999 (primera vuelta)



Fuentes: Elaboración propia a partir de datos de una encuesta opinión pública realizada por Equipos MORI en febrero de 1999, citada en Lanzaro (2001) y Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Gráfico 13

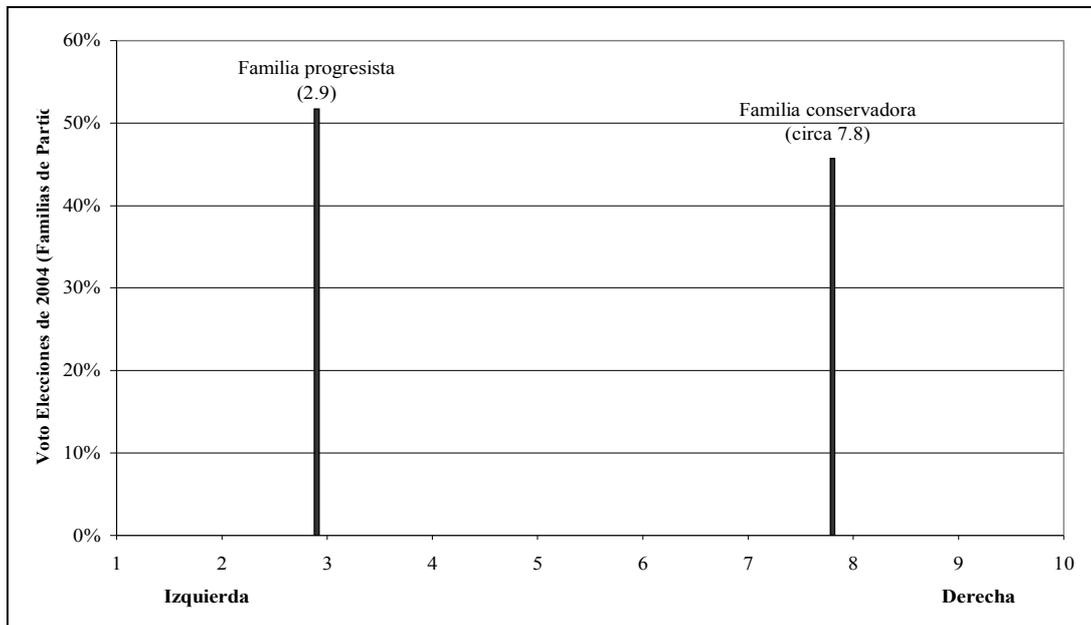
Ubicación de los partidos políticos en el eje izquierda–derecha según la percepción de toda la opinión pública (2004) y voto en las elecciones nacionales de 2004



Fuentes: Elaboración propia a partir de Equipos MORI (2004, datos disponibles en www.equipos.com.uy) y Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Gráfico 14

Ubicación de las familias político - ideológicas en el eje izquierda-derecha según la percepción de toda la ciudadanía (2004) (*) y voto en las elecciones nacionales de 2004



Fuentes: Elaboración propia a partir de Equipos MORI (2004, datos disponibles en www.equipos.com.uy) y Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

(*) El porcentaje de votos a la familia tradicional corresponde a la suma de los votos recibidos por el PN y el PC en octubre de 2004. Por otra parte, el dato sobre la ubicación ideológica de esta familia (7.8) es una mera aproximación promedio a partir del posicionamiento percibido para cada uno de los partidos fundacionales en 2004 (PN = 7.7, PC = 7.9).

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIAR, César (1984). *“Elecciones y partidos”*. Servicio de Documentación en Ciencias Sociales, ficha N° 251. Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- _____ (1999). *“La Historia y la historia: Opinión Pública y opinión pública en el Uruguay”*. En *La opinión pública latinoamericana en el fin de siglo*. Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research). Hotel Clarion, Punta del Este.
- ALCANTARA SÁEZ, Manuel; del CAMPO Esther y RAMOS, María Luisa (1999). *“La naturaleza de los sistemas de partidos políticos y su configuración en el marco de los sistemas democráticos”*. Ponencia presentada en el IX Curso Interamericano de Elecciones y Democracia. Organizado por el Instituto Interamericano de Derechos Humanos-CAPEL y el Instituto Federal Electoral. México, 15-19 de noviembre de 1999. Disponible en: http://americo.usal.es/oir/Opal/pdfs/Manuel_alcantara/Alcantara_del%20Campo_Ramos.pdf
- ALCANTARA SÁEZ, Manuel y FREIDENBERG, Flavia (2001). *“Los partidos políticos en América”*. En Revista *América Latina Hoy*, N° 27. Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 17-35.
- ALCANTARA SÁEZ, Manuel y LUNA, Juan Pablo (2004). *“Ideología y competencia partidaria en dos post transiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada”*. En *Revista de Ciencia Política*, Volumen XXIV- N° 1, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- ALMOND, Gabriel y VERBA, Sidney (1992). *“La cultura política”*. En *“Diez textos básicos de ciencia política”*. Edición a cargo de Albert Batlle. Editorial Ariel, Barcelona, pp. 171-201.
- ALONSO, Álvaro (2004). *“La mesa está servida”*. En *Compromiso 903*, semanario oficial de la Lista 903 – Desafío Nacional del Partido Nacional. Año II, N° 47, 9 de setiembre de 2004. Disponible en: <http://www.lista903.com.uy/boletin/B090904/medio1.htm>
- ALTMAN, David (2001). *“Percepciones ideológicas de lemas y fracciones: un mapa del sistema de partidos uruguayo (1986-1997)”*. En *Cuadernos del CLAEH* N° 85, Montevideo, pp. 89-110.
- ARMELLINI, Mauricio (2005). *“Algunas notas sobre la evolución de las decisiones electorales en Uruguay”*. En *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004/2005*, Daniel Buquet (Coordinador). Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, pp. 111-122.
- BARTOLINI, Stefano (1988). *“Partidos y Sistemas de Partidos”*. En *“Manual de Ciencia Política”*, Stefano Bartolini et. al., Alianza Madrid.
- BEISSO, María del Rosario y CASTAGNOLA, José Luis (1988). *“Identidades sociales y cultura política en Uruguay. Discusión de una hipótesis”*. En *Cuadernos del CLAEH* N°44: *Partidos Políticos y Sociedad*, Montevideo, pp. 25-39.
- BOBBIO, Norberto (1995). *“Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política”*. Editorial Taurus, Madrid.
- BOTTINELLI, Eduardo (2005). *“Cómo quedó políticamente la sociedad tras el ciclo electoral 2004-2005”*. Entrevista con Emiliano Coteló, realizada para radio *El Espectador*, programa *En Perspectiva*, espacio *Análisis Político*, 3 de junio de 2005. Transcripción disponible en: www.factum.edu.uy
- BOTTINELLI, Óscar Alberto (1990). *“El sistema electoral uruguayo: descripción y análisis”*. Publicado por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Heidelberg, Alemania. Arbeitpapier N. 3. Disponible en: <http://www.factum.edu.uy/estpol/sispol/sip90001.html>
- _____ (1999). *“El nuevo sistema apunta a producir un cambio en la cultura política”*. En *Uruguay después del balotaje. El impacto de la reforma y el nuevo escenario político*, Autores Varios. Colección Aportes. Editorial Cauce, Montevideo, pp. 25-41.

- _____ (2000a). “*Los uruguayos y la religión*”. Artículo publicado en diario *El Observador*, 7 de octubre de 2000. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2000b). “*Entre devotos y no devotos*”. Artículo publicado en diario *El Observador*, 14 de octubre de 2000. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2003). “*Ley de aborto*”. Entrevista con Emiliano Coteló, realizada para radio *El Espectador*, programa *En Perspectiva*, espacio *Análisis Político*, 14 de marzo de 2003. Transcripción disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2005a). “*En la hora del balance: de un Batlle a otro*”. Publicado en radio *El Espectador*, programa *En Perspectiva*, espacio *Análisis Político*, 21 de enero de 2008. Transcripción disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2005b). “*Ilusión óptica y realidad*”. Artículo publicado en diario *El Observador*, 22 de mayo de 2005. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2005c). “*La base de blancos y colorados*”. Artículo publicado en diario *El Observador*, 29 de mayo de 2005. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2005d). “*Desafíos del cuarto espacio*”. Artículo publicado en diario *El Observador*, 2 de junio de 2005. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2007). “*La disputa ideológica*”. Artículo publicado en diario *El Observador*, 7 de enero de 2007. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2008a). “*El juego en un nuevo bipartidismo*”. Artículo publicado en el diario *El Observador*, 10 de agosto de 2008. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2008b). “*El cuarto partido en la arquitectura parlamentaria uruguaya: el Partido Independiente*”. Publicado en radio *El Espectador*, programa *En Perspectiva*, espacio *Análisis Político*, 22 de agosto de 2008. Transcripción disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2009). “*Entre la izquierda y la derecha*”. Artículo publicado en el diario *El Observador*, 1 de febrero de 2009. También disponible en: www.factum.edu.uy
- _____ (2010). “*El derrumbe del muro de piedra*”. Artículo publicado en el diario *El Observador*, 18 de abril 2010. También disponible en: www.factum.edu.uy
- BUQUET, Daniel (2005). “*Elecciones uruguayas 2004-2005: De la vieja oposición a la nueva mayoría*”. En *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004/2005*, Daniel Buquet (Coordinador). Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, pp. 11-26.
- BUQUET, Daniel; CHASQUETTI, Daniel y MORAES, Juan Andrés (1998). “*Fragmentación, política y gobierno en Uruguay: ¿un enfermo imaginario?*”. Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República – Comisión Sectorial de Investigación Científica, Montevideo.
- CABELLA, Wanda (2000). “*La evolución del divorcio en Uruguay (1950-1995)*”. Notas de población, N° 67/68, CEPAL/CELADE, Santiago de Chile. También disponible en: http://www.programadepoblacion.edu.uy/enlazar/cabella_divorcio_1950-1955.pdf
- CAETANO, Gerardo; RILLA, José y PÉREZ, Romeo. (1988). “*La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos*”. En *Cuadernos del CLAEH N°44: Partidos Políticos y Sociedad*, Montevideo pp.37-61.
- CAETANO, Gerardo y RILLA, José (1995). “*Izquierda y tradición en Uruguay. Un tema y su versión en Uruguay*”. En *La izquierda uruguaya. Tradición innovación y política*, Gerardo Caetano, Javier Gallardo y José Rilla. Ediciones Trilce, Montevideo.

- CAETANO, Gerardo (1999). “Hay un juego dialéctico entre reglas y actores”. En *Uruguay después del balotaje. El impacto de la reforma y el nuevo escenario político*, Autores Varios. Colección Aportes. Editorial Cauce, Montevideo, pp. 61-78.
- CANZANI, Agustín (1999). “Significados del desencanto político en una ‘democracia dura’: Tendencias recientes en Uruguay en el contexto latinoamericano”. En *La opinión pública latinoamericana en el fin de siglo*. Primer Seminario Regional de WAPOR (World Association for Public Opinion Research). Hotel Clarion, Punta del Este.
- _____ (2000). “Mensajes en una botella. Analizando las elecciones de 1999-2000”. En *Elecciones 1999- 2000*. Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- _____ (2005). “Cómo llegar a buen puerto: Un análisis desde la opinión pública de la trayectoria electoral del EP-FA”. En *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004/2005*, Daniel Buquet (Coordinador). Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, pp. 63-86.
- CHASQUETTI, Daniel (1998). “Compartiendo el gobierno: multipartidismo y coaliciones en Uruguay 1971-1996”. En *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N° 10. Fondo de Cultura Universitaria, Instituto de Ciencia Política, Montevideo, pp. 25-45.
- _____ (2000). “Gobierno y coaliciones en el Uruguay (1985-1999)”. En *Coparticipación y Coalición. 164 años de acuerdos entre Blancos y Colorados*. Autores Varios, Arca – Humus, Montevideo, pp. 70-91.
- _____ (2004). “El Nuevo bipartidismo”. Artículo publicado en la Revista Digital Dosmil30. Disponible en: http://www.montevideo.com.uy/notdosmil30_17437_1.html.
- CHASQUETTI, Daniel y GARCÉ, Adolfo (2005). “Unidos por la historia: Desempeño electoral y perspectivas de colorados y blancos como bloque político”. En *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004/2005*, Daniel Buquet (Coordinador). Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, pp. 123-148.
- COLOMER, Josep M. (2005). “The Left-Right Dimension in Latin America”. En *Universitat Pompeu Fabra, Faculty of Economic and Business Sciences*, Working Paper N° 813.
- COPPEDGE, Michael (1997). “A classification of Latin American political parties”. Working Paper N° 244, November, 1997.
- CORONEL, Álvaro (2003). Capítulo I: “Los valores básicos de la sociedad”, y Capítulo VII: “La Política”. En *Los valores de los uruguayos*, Néstor Da Costa (Coordinador). Programa de Educación en Valores de la Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga, Montevideo.
- CORTE ELECTORAL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. Sitio web: www.corteelectoral.gub.uy
- CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO (2007). “Informe Latinobarómetro 2007” Disponible en: www.latinobarometro.org
- COSTA BONINO, Luis (sin fecha). “Manual de marketing político”. Versión ampliada de la publicada por Editorial Fin de Siglo (1994). Disponible en: <http://www.costabonino.com/manualmp.pdf>
- DAHL, Robert (1989). “La poliarquía, participación y oposición”. Editorial Tecnos, segunda edición.
- DALTON, Russell J.; ALLEN BECK, Paul y SCOTT, Flanagan C. (1984). “Electoral change in advanced industrial democracies”, en *Electoral Change in advanced industrial democracies. Realignment or dealignment?*, Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck Editores, Princeton University Press, New Jersey, pp. 3-22
- DALTON, Russell J. (2004). “Partisan mobilization, cognitive mobilization and the changing American electorate”. En *Center for the study of democracy*, University of California, Irvine, paper 04’11. Disponible en: <http://repositories.cdlib.org/cgi/viewcontent.cgi?article=1041&context=csd>

- _____ (2008). “*The quantity and the quality of party systems. Party system polarization, its measurement and its consequences*”. En *Comparative Political Studies*. Vol. 41, No. 7, July, 2008, SAGE Publications.
- DOWNS, Anthony (2001). “*Teoría Económica de la Acción Política en una Democracia*”. En *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*. Edición a cargo de Albert Batlle, Barcelona, pp.93-111.
- DUVERGER, Maurice (1970). “*Instituciones políticas y derecho constitucional*”. Colección Demos. Ediciones Ariel, Barcelona.
- _____ (1990). “*Los partidos políticos*”. Fondo de Cultura Económica, México.
- _____ (sin fecha). “*Sociología de los partidos políticos*”. Servicio de documentación en Ciencias Sociales, Ficha N° 166. Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- EL PAÍS (2006). “*El 74% de los uruguayos está muy satisfecho con su vida*”. Informe publicado en el diario *El País*, 27 de octubre de 2007. Disponible en: www.valoresuruguayos.com.uy
- _____ (2007). Edición del día 14 de setiembre de 2007.
- EL PAÍS DIGITAL (2010). Edición del día 8 de enero de 2010. Disponible en: <http://www.elpais.com.uy/100108/ultmo-464317/ultimomomento/ecos-positivos-a-propuesta-politica-de-carmelo-vidalin>
- EQUIPOS MORI (2004). “*Las ideologías pautan el escenario político actual*”. Disponible en: www.equipos.com.uy
- FACTUM (1998). “*Religión y Política. Informe de Factum Opinión Pública*”. Publicado en radio *El Espectador*, programa *En Perspectiva*, espacio *Análisis Político*, 9 de abril de 1998. Transcripción disponible en: www.factum.edu.uy
- FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES, UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA. Sitio web del Banco de Datos del Área de Política y Relaciones Internacionales. Disponible en: <http://www.fcs.edu.uy/pri/>
- FILGUEIRA, Carlos; BRUERA, Silvana; MIDAGLIA, Carmen y GONZÁLEZ, Mariana (1989). “*De la transición a la consolidación democrática: imágenes y cultura política en el Uruguay*”. Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay. Serie Informes, Informe N° 38, Montevideo.
- FREIDENBERG, Flavia (2006). “*Izquierda vs. Derecha. Polarización ideológica y competencia en el sistema de partidos ecuatoriano*”. En *Revista Política y Gobierno*, Volumen XIII, N° 2, segundo semestre. México, CIDE pp. 237-278. Disponible en: http://americo.usal.es/oir/opal/pdfs/Flavia_freidenberg/Freidenbergpoliygob.pdf
- GARCÉ, Adolfo y YAFFÉ, Jaime (2004). “*La era progresista*”. Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- GONZÁLEZ, Luis Eduardo (1993). “*Estructuras Políticas y Democracia en Uruguay*”. Fondo de Cultura Universitaria, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- _____ (1996). “*Continuidad y cambio en el sistema de partidos uruguayo*”. En *La construcción de instituciones democrática*, Scott Mainwaring y Timothy Scully. CIEPLAN, Chile.
- _____ (1999). “*Los partidos establecidos y sus desafiantes*”. En *Los partidos políticos en tiempos de cambio*. Fondo de Cultura Universitaria - Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga - Fundación Bank Boston, Montevideo.
- _____ (2004). “*Las elecciones del 31 de octubre y las identidades partidarias*”. Artículo publicado en *Semanario Búsqueda*, 14 de octubre de 2004.
- GONZÁLEZ, Luis Eduardo y QUEIROLO, Rosario (2000). “*Las elecciones nacionales de 2004: Posibles escenarios*”. En *Elecciones 1999-2000*. Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- HARETCHE, Carmen (2004). “*Cultura política y democracia en el Uruguay*”. Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Documento de Trabajo N° 44, Montevideo.

- INGLEHART, Ronald (1984). “*The changing structure of political cleavages in Western society*”. En *Electoral Change in advanced industrial democracies. Realignment or dealignment?*, Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck Editores, Princeton University Press, New Jersey, pp. 25-69.
- _____ (1991). “*El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*”. Centro de Investigaciones Sociológicas, en coedición con Siglo XXI de España Editores S.A. Madrid.
- KIRCHHEIMER, Otto (1980). “*El camino hacia el partido de todo el mundo*”. Tomado de Kurt Lenk y Franz Neumann, *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona, pp. 328-349.
- KNUTSEN, Oddbjørn (1997). “*The partisan and the value-based component of left-right self-placement: a comparative study*”. En *International Political Science Review*, Vol. 18, N°2, pp. 191-225, SAGE Publications.
- _____ (1998). “*The strength of the partisan component of left-right identity: a comparative longitudinal study of left-right party polarization in eight West European countries*”. En *Party Politics*, Vol. 4, N° 1, SAGE Publications, pp 5-31.
- LANZARO, Jorge (Coordinador) (2001). “*La ‘segunda’ transición en el Uruguay. Gobierno y partidos en un tiempo de reformas*”. CSIC, Instituto de Ciencia Política, Fondo de Cultura Universitaria, Montevideo.
- LANZARO, Jorge (1999). “*A las coaliciones hay que verlas como sociedades en las que los socios se juntan y también compiten entre si*”. En *Uruguay después del balotaje. El impacto de la reforma y el nuevo escenario político*, Autores Varios. Colección Aportes. Editorial Cauce, Montevideo, pp. 121-137.
- _____ (2001). “*Uruguay: del bipartidismo al pluripartidismo bipolar*”. En *La democracia ante el nuevo siglo*, Jorge Rovira Mas (Editor). Instituto de investigaciones Sociales, San José de Costa Rica, pp.59-83.
- _____ (2004). “*La izquierda se acerca a los uruguayos y los uruguayos se acercan a la izquierda. Claves de desarrollo del frente amplio*”. En *La izquierda uruguaya, entre la oposición y el gobierno*, Jorge Lanzaro (Coordinador). Editorial Fin de Siglo, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- LIJPHART, Arend (1987). “*Las Democracias Contemporáneas. Un Estudio Comparativo*”. Editorial Ariel, Barcelona.
- LIPSET, Seymour Martin y ROKKAN, Stein (2001). “*Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales*”. En *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*. Edición a cargo de Albert Batlle, Barcelona, pp.231-273.
- LUNA, Juan Pablo (2004). “*De familias y parentescos políticos. Ideología y competencia electoral en el Uruguay contemporáneo*”. En *La izquierda uruguaya, entre la oposición y el gobierno*, Jorge Lanzaro (Coordinador). Editorial Fin de siglo, Instituto de Ciencia Política, Montevideo.
- LUNA, Juan Pablo y ZECHMEISTER (2005). “*Political representation in Latin America. A study of elite-mass congruence in nine countries*”. En *Comparative Political Studies*, Vol. 38, N° 4, pp. 388-416.
- MAINWARING, Scott y TORCAL, Mariano (2005). “*La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora*”. En *Revista América Latina Hoy*, N° 41, pp. 141-173. Ediciones Universidad de Salamanca.
- MAIR, Peter (1996). “*Party Systems and structures of competition*”. En *Comparing democracies. Elections and voting in global perspective*. Editado por Lawrence LeDuc, Richard G. Nieme y Pippa Norris. SAGE Publications, International Educational and Professional Publisher, Thousand Oaks, pp. 83-106.
- MIERES, Pablo (1994). “*Desobediencia y lealtad. El voto en el Uruguay de fin de siglo*”. Editorial Fin de Siglo, Colección CLAEH, Montevideo.
- MOREIRA, Constanza (1994). “*Rupturas y continuidades en la cultura política del Uruguay del siglo XX*”. IUPERJ, CIESU, Río de Janeiro.

- _____ (1997). “*Democracia y desarrollo en Uruguay. Una reflexión desde la cultura política*”. Ediciones Trilce, Montevideo.
- _____ (1999). “*Coalición y política de bloques*”. En *Uruguay después del balotaje. El impacto de la reforma y el nuevo escenario político*, Autores Varios. Colección Aportes. Editorial Cauce, Montevideo, pp. 139-154.
- _____ (2000a). “*Las paradójales elecciones del fin de siglo uruguayo: comportamiento electoral y cultura política*”. En *Elecciones 1999-2000*. Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- _____ (2000b). “*La izquierda en Uruguay y Brasil: cultura política y desarrollo político partidario*”. En *La larga espera. Los itinerarios de las izquierdas en Argentina, Brasil y Uruguay*. Susana Mallo y Constanza Moreira (Coordinadoras). Ediciones de la Banda Oriental, CSIC, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- _____ (2004a). “*La dinámica gobierno – oposición en el último año del gobierno de Batlle*”. En Observatorio Político, Informe de Coyuntura N° 5, *La política en el umbral del cambio*, Instituto de Ciencia Política, Ediciones Trilce, Montevideo.
- _____ (2004b). “*Final de Juego. Del Bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay*”. Ediciones Trilce, Montevideo.
- _____ (2005). “*El voto moderno y el voto clasista revisado: explicando el desempeño electoral de la izquierda en las elecciones de 2004 en Uruguay*”. En *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004/2005*, Daniel Buquet (Coordinador). Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, pp. 27-42.
- _____ (2006). “*Sistemas de partidos, alternancia política e ideología en el Cono Sur*”. En *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N°15. Ediciones Cauce, Instituto de Ciencia Política, Montevideo, pp.31-56.
- NAHUM, Benjamín (1993). “*Manual de Historia del Uruguay*”. Tomo I (1830-1903). Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- _____ (2002). “*Manual de Historia del Uruguay*”. Tomo II (1903-2000). Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- NOHLEN, Dieter (1994). “*Sistemas Electorales y Partidos Políticos*”. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- QUEIROLO, Rosario (1999). “*La ‘tradicionalización’ del Frente Amplio: la conflictividad del proceso de cambio*”. En *Los partidos políticos en tiempos de cambio*. Fondo de Cultura Universitaria - Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga - Fundación Bank Boston, Montevideo.
- _____ (2006). “*Las elecciones uruguayas de 2004: la izquierda como la única oposición creíble*”. En *Colombia internacional*, Universidad de los Andes, Julio-diciembre, N° 064. Bogotá, pp. 34-49. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=81206403>
- REAL DE AZÚA, Carlos (1984). “*Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*”. En *Colección Estudios sobre la sociedad uruguaya*, N°3, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. Disponible en: http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/uruguay_unasociedad.pdf
- REVISTA GUAMBIA (1994). “*¿Quién encara con el aborto?*”. N° 222, 11 de mayo de 1994.
- _____ (1994). “*Aborto, liberales y conservadores*”. N° 223, 25 de mayo de 1994.
- ROSAS, Guillermo y ZECHMEISTER, Elizabeth J. (2000). “*Ideological dimensions and left-right semantics in Latin America*”. Duke University, Department of Political Science.

- ROSSEL, Cecilia (2002). “‘Tipos democráticos’ y opinión pública en Uruguay”. En *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, N° 13. Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, Montevideo, pp. 153-186.
- SANI, Giacomo y SARTORI, Giovanni (1983). “Polarización, fragmentación y competición en las democracias occidentales”. Publicado en *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Hans Daalder y Peter Mair compiladores. Beverly Hills, CA and London: Sage.
- SARTORI, Giovanni (1992). “Partidos y Sistemas de Partidos”. Alianza Editorial, Madrid.
- SELIOS, Lucía (2002). “La pervivencia de una distinción política. Izquierda y derecha en un examen comparado de la opinión pública para el Uruguay y la región”. Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Documento de Trabajo N° 36, Montevideo.
- _____ (2006). “Los últimos diez años de la cultura política uruguaya: entre la participación y el desencanto”. En *Revista América Latina Hoy*, N° 44, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 63-85.
- TORCAL, Mariano (1997). “Cultura política”. En “Manual de ciencia política”. Editor Rafael del Águila, Madrid, pp. 231-250.
- YAFFÉ, Jaime (1999). “La tradicionalización del Frente Amplio (1984-1999)”. Monografía Final de la Licenciatura en Ciencia Política. Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.
- _____ (2003). “Izquierda, historia y tradición en Uruguay. La tradicionalización el Frente Amplio y el nacimiento de la tercera divisa”. En *Cuadernos del CLAEH*, N° 85/86, Montevideo.
- _____ (2005). “Réquiem para el Réquiem para la izquierda. El triunfo del FA: de la competencia intrapartidaria al desempeño electoral”. En *Las claves del cambio. Ciclo electoral y nuevo gobierno 2004/2005*, Daniel Buquet (Coordinador). Ediciones de la Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, Montevideo, pp. 43-62.
- ZUASNABAR, Ignacio (2004). “Identificación partidaria en Uruguay”. Ponencia presentada en el *Seminario 20 años de Opinión Pública 1994-2004 de Equipos MORI Consultores Asociados*. Montevideo, Hotel Radisson, 27 de julio de 2004.
- _____ (2006). “El electorado independiente en Uruguay”. Ponencia presentada en el *Primer Congreso Uruguayo de Ciencia Política*, Intendencia Municipal de Montevideo, Montevideo, 31 de octubre de 2006.
- _____ (2007). “Identificación partidaria en Uruguay”. Avance de investigación de su Tesis de Doctorado en Sociología y Ciencias Políticas (por la Universidad de Deusto, España), presentado como ponencia en el ciclo *Abriendo Fronteras* organizado por la Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga, Montevideo, 4 de Junio de 2007.

NOTAS

Deseo agradecer a la Dra. Constanza Moreira, tutora del presente trabajo por los sustanciales aportes realizados al mismo. También al Mag. Ignacio Zuasnar, quien muy amablemente me concedió una entrevista de consulta que significó una muy valiosa contribución para esta monografía. Asimismo, agradezco los enriquecedores comentarios de mis queridos compañeros de ruta de la Facultad de Ciencias Sociales: Alexa Cuello, Mariana Fortunato, Jhony González, Soledad Guerrero, Anabel Rocha, Alejandra Toledo y Micaela Valls. Todos los errores y/u omisiones contenidos en estas páginas, sin embargo, son de mi exclusiva responsabilidad.

² Giovanni Sartori (1992). *“Partidos y Sistemas de Partidos”*. Alianza Editorial, Madrid.

³ Maurice Duverger (1990). *“Los partidos políticos”*. Fondo de Cultura Económica, México.

⁴ Jean Blondel (1968), *“Party systems and patterns of government in Western democracies”*, citado en Peter Mair (1996: 85).

⁵ Las tres primeras categorías responden a las variedades presentes en el *“bloque unipartidista”*, en tanto la cuarta atiende a los sistemas de solo dos partidos relevantes. Las categorizaciones de pluralismo limitado y pluralismo extremo, hacen al desglose del *“bloque multipartidista”* y corresponden a una pauta de entre tres y cinco partidos (con poca fragmentación) y más de cinco partidos (con mucha fragmentación) respectivamente. La categoría de atomización es definida como una clase residual aplicable a sistemas de partidos carentes de consolidación estructural, en los que se atraviesa un umbral luego del cual, ya no es relevante llevar la cuenta del número de unidades partidarias en él existentes.

⁶ Markku Laakso y Rein Taagepera (1979), *“Effective number of parties: a measure with applications to West Europe”*, citados en Daniel Chasquetti (1998).

⁷ R. Taagepera y Matthew S. Shugart, (1989). *“Seats and votes”*, citados en Russell J. Dalton (2008).

⁸ El índice del NEP calcula el inverso multiplicativo de la sumatoria de los cuadrados de la proporción de votos o escaños de cada partido. La fórmula aritmética se expresa de la siguiente manera: $NEP = 1/\sum p_i^2$ siendo p_i la proporción (porcentaje) de votos o escaños de cada partido (léase del i -ésimo partido). En caso que el sistema sea bipartidista, es decir, que existan dos partidos que conquisten aproximadamente todos los votos en disputa y se dividan más o menos la misma cantidad de adhesiones para cada uno, el NEP rondará el valor 2. Un NEP que varíe entre 2 y 2,5, dará cuenta de un sistema partidista conformado por dos grandes unidades y otra pequeña. El índice oscilará entre 2,5 y 3, cuando el sistema albergue, o bien, dos grandes partidos y un tercero de tamaño mediano, o bien, dos partidos grandes y dos o más partidos de porte pequeño. Bajo esta misma lógica, un NEP inferior a 2 significará que el sistema está compuesto por dos partidos, de los cuales uno predomina sobre el otro.

⁹ Otra fórmula que permite medir la fragmentación, tanto electoral como parlamentaria de los sistemas de partidos, fue planteada con anterioridad por Douglas W. Rae (1971, 1977), citado en S. Bartolini (1988) y en Manuel Alcántara Sáez y Flavia Freidenberg (2001).

¹⁰ La mejor forma de instrumentar la aplicación de esta escala es a través de una encuesta de opinión pública o de élites políticas, según el caso, en la que respectivamente se solicite a ciudadanos y actores políticos (generalmente representantes de los Poderes Legislativo y Ejecutivo, así como otros dirigentes partidarios de relevancia) que se autoposicionen a lo largo del continuo izquierda-derecha. Palabras más, palabras menos, la pregunta que se les formula a los encuestados, suele rezar de la siguiente manera: *“En temas políticos la gente habla de ‘izquierda’ y de ‘derecha’. ¿Dónde situaría Ud. sus puntos de vista según esta escala?”* (Ronald Inglehart 1991:321). Complementariamente, también se puede instar a ambos tipos de encuestados a que ubiquen en el eje a los distintos partidos del sistema y/o candidatos. Cabe señalar que las encuestas a élites pueden relevar las evaluaciones de otros actores además de los políticos, por ejemplo las de empresarios, sindicalistas, intelectuales, miembros del Poder Judicial y periodistas, entre otros. Las percepciones ideológicas de élites y electores así recogidas, facilitan el procesamiento de los datos mediante el análisis estadístico, permitiendo un mayor control sobre las mediciones y otorgando mayores garantías sobre la validez de sus resultados.

Existe otra modalidad para medir las posiciones ideológicas de las élites en la escala izquierda-derecha: la que se basa en las evaluaciones de expertos de la política, principalmente científicos políticos e intelectuales, aunque también actores políticos. Esta forma de medición, sin embargo, por su propia naturaleza, frecuentemente puede verse afectada por apreciaciones subjetivas y sesgos de interpretación, no siendo capaz de reproducir las mismas garantías y controles estadísticos apuntados en la modalidad anterior.

¹¹ En la escala de diez puntos, el centro métrico puro no es un número natural, sino que se encuentra entre el 5 y el 6, es decir que equivale al valor 5,5. Dado que quienes han de autoposicionarse en el continuo, deben hacerlo optando por un número natural, esta escala, de alguna manera obliga a los actores políticos/votantes que se consideran “centristas”, a tomar partido por un valor, o bien, tendiente a la centro-izquierda (5), o bien, tendiente a la centro-derecha (6). El mismo efecto se produce cuando lo que se busca medir es la ubicación que electores y actores políticos realizan de candidatos y/o partidos. Algunas investigaciones, en cambio, utilizan una escala de once puntos, donde el extremo izquierdo se sitúa en 0 en lugar de 1, manteniéndose el 10 como máximo valor posible a la derecha y otorgándole al número 5 el centro métrico exacto. Tal es el caso de los estudios de la Corporación Latinobarómetro.

¹² Joseph La Palombara y Myron Weiner (1966). *“Political parties and political development”*. Citados en D. Nohlen (1994: 40) y también en Constanza Moreira (2006: 33).

¹³ La diferenciación en función de la relación de fuerzas entre los partidos, es concebida por J. La Palombara y M. Weiner, a la luz de los conceptos de alternancia y hegemonía. La idea de alternancia implica que dos partidos son similares en fuerza, pudiendo entonces sustituirse el uno al otro en el gobierno. La hegemonía, en cambio, refiere a la prominencia de un partido.

¹⁴ Giacomo Sani y Giovanni Sartori (1983). *“Polarización, fragmentación y competición en las democracias occidentales”*.

¹⁵ Hacia la segunda mitad de los años sesenta, desde un enfoque fundado en la sociología política, Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (2001) formularon su teoría de los *cleavages* para explicar el origen, la estructuración y la continuidad de los sistemas partidistas en Europa occidental. Estos autores identifican cuatro fracturas socio-políticas fundamentales que habrían emergido como consecuencia de determinados procesos históricos en Europa: i) las revoluciones nacionales y ii) la consecuente conformación de los estados nacionales; iii) la revolución industrial y iv) la revolución internacional. Dentro del proceso de formación de las naciones a partir de las revoluciones nacionales, S. M. Lipset y S. Rokkan, apuntan dos divisiones claves: i) la que separa al centro de la periferia (léase, a la cultura dominante de las élites políticas de los nuevos Estado-Nación, de la cultura de poblaciones particulares que se resisten al sometimiento y que difieren en relación a su identidad étnica, lingüística y religiosa); y ii) la que surge del enfrentamiento entre estos nuevos Estados y la(s) Iglesia(s). A raíz del estallido de la revolución industrial, los autores señalan dos quiebres para entender la génesis y estructuración de los sistemas partidistas europeos: i) el que contrapone los intereses rurales de los propietarios de la tierra (sector primario de la economía), con los intereses de comerciantes e industriales establecidos en el ámbito urbano (sector secundario); y ii) el que enfrenta a obreros (trabajo) y a propietarios de los medios de producción (capital). Por último, la etapa crítica de la revolución internacional de comienzos de siglo XX, lleva al quiebre entre comunismo y socialismo.

La teoría de los *cleavages* de S. M. Lipset y S. Rokkan, postula que los electores se alinearán en torno a determinados intereses en función al lugar que ocupan en la sociedad. Consecuentemente, los votantes tenderán a apoyar a aquellos partidos políticos cuyas plataformas ideológicas/programáticas contemplen y promuevan tales intereses (ya sean nacionalistas; étnicos, lingüísticos; religiosos; de residencia urbana o rural; o de clase). Para una exposición de cómo estos clivajes varían en intensidad y consistencia, y cómo la competencia partidista se estructura a partir de sus diferentes combinaciones, ver Stefano Bartolini y Peter Mair (1990) (citados en Flavia Freidenberg 2006: 243).

Además de la tesis que enuncia que la configuración de los distintos sistemas partidistas europeos es fruto del desarrollo concreto de los mencionados clivajes en cada país, S. M. Lipset y S. Rokkan, despliegan otras dos tesis. Una de ellas plantea que la estructuración de los sistemas de partidos de cada país europeo, sería el resultado de las distintas coaliciones socio-políticas formadas por sus respectivas élites dominantes. La otra tesis postula que una vez terminada la I Guerra Mundial, la democratización de los sistemas políticos europeos -proceso de parlamentarización y extensión del sufragio mediante-, sería testigo de un *“congelamiento”* de sus sistemas partidistas, manteniéndose perdurables las coaliciones previamente constituidas (D. Nohlen 1994:43).

Para finales del decenio de los setenta, el politólogo norteamericano Ronald Inglehart (1991), identificará una nueva línea de ruptura, emergente en las sociedades industriales avanzadas de occidente tras la prosperidad económica que sobrevino a la segunda postguerra. Este enfoque pondrá en cuestionamiento la tesis del congelamiento de los sistemas partidistas europeos. A partir de un cambio cultural producido por la expansión del bienestar material y la seguridad física, R. Inglehart estudiará el enfrentamiento naciente entre lo que denomina valores *materialistas* (relativos a la persecución de bienes materiales) y *postmaterialistas* (referidos a la búsqueda de bienes espirituales), y su correspondiente impacto en términos de desalineamientos/realineamientos partidarios. Un ejemplo del impacto que esta nueva línea de división ha causado, es el surgimiento de partidos ecologistas (los denominados *“verdes”*) en el viejo continente.

¹⁶ Como bien ha señalado Marco Ravelli (citado en Norberto Bobbio 1995: 128-132), los conceptos de izquierda y derecha no son absolutos sino relativos, capaces de adoptar distintos contenidos en función del tiempo y del contexto. Para ilustrar este punto, el autor pone como ejemplo los cambios procesados por la izquierda en el siglo XIX desde el movimiento liberal hacia el democrático y hacia el socialista. Ahora bien, independientemente de cuáles sean y hayan sido los contenidos asumidos por ambos términos, estos siempre se han manifestado antagónicos, ergo mutuamente excluyentes: la izquierda *es* en contraposición con la derecha y viceversa.

¹⁷ En palabras de Joel D. Aberbach, Robert Putnam y Bert Rockman (1981:116-117): *“Izquierda y Derecha se originaron...para distinguir, respectivamente a quienes apoyaban los cambios igualitarios y a quienes los resistían. Hoy como entonces, las actitudes hacia los cambios igualitarios son la esencia de esta dimensión ideológica...a fines del siglo diecinueve, la intervención gubernamental llegó a considerarse como una herramienta esencial de las políticas distributivas y la oposición a la intervención estatal se convirtió en una instancia conservadora. Por lo tanto, durante el siglo veinte, el apoyo a la intervención estatal y el apoyo a las reformas sociales han estado fuertemente correlacionadas”*. (La cita es tomada de Luis Eduardo González 1993:121).

En esta misma línea, N. Bobbio (1995:131-132) argumentará que aún teniendo presente la relatividad y variedad de los contenidos del binomio izquierda-derecha a los que refiriera M. Ravelli (ver nota al pie N° 16), existe un principio fundador capaz de resistir al tiempo y al espacio: *“...la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad, y visión vertical o no igualitaria”*. Parafraseando a R. Inglehart (1991: 320-321), es de esperarse que la izquierda adhiera a las posiciones igualitarias y busque promover el cambio social en tal dirección, al tiempo que la

derecha opere en sentido opuesto.

¹⁸ Según palabras del autor francés Marcel Gauchet (citado en N. Bobbio 1995: 28-29), las dimensiones derecha e izquierda, “*han conquistado el planeta, se han convertido en categorías universales de la política*”. Aún así, vale recordar que en algunas de las más desarrolladas e influyentes democracias occidentales contemporáneas, el discurso ideológico se ve dominado por otras etiquetas. Tal es el caso de los Estados Unidos de América, donde la genuina dicotomía política descansa en la oposición entre “liberales” y “conservadores”, o más aún, en clave partidaria, entre “demócratas” y “republicanos”, igual que en Inglaterra, donde la principal línea de división política se da entre los “laboristas” y los “conservadores”. A su vez, el electorado inglés, si bien se identifica fundamentalmente a través de las imágenes laboristas-conservadores, es mucho más perceptivo a la nomenclatura derecha-izquierda que el norteamericano.

¹⁹ Además de la presencia de un mayor número de partidos relevantes, el elemento sustantivo que distingue al pluralismo moderado del bipartidismo, es la general ausencia de mayorías absolutas en el Parlamento y la consiguiente necesidad de formar gobiernos de coalición.

²⁰ El siguiente esquema (de elaboración propia a partir de G. Sartori 1992:160 y D. Nohlen 1994: 39), sintetiza las principales características de tres tipos de sistemas de partidos de acuerdo a la elaboración realizada por G. Sartori en el decenio de los setenta:

<u>FRAGMENTACIÓN</u> <u>POLARIZACIÓN</u>	<u>CLASIFICACIÓN</u>	<u>TIPOLOGÍA</u>	<u>TENDENCIA</u>	<u>MECÁNICA</u>	
Solo 2 partidos	→ Bipartidismo	→ Bipartidismo	→ Centrípeta	→ Bipolar	→ cero
Hasta 5 partidos (baja)	→ Pluralismo limitado	→ Pluralismo moderado	→ Centrípeta	→ Bipolar	→ bajo
Más de 5 partidos (alta)	→ Pluralismo extremo	→ Pluralismo polarizado	→ Centrífuga	→ Multipolar	→ alto

²¹ G. Sartori (1992:162) distingue entre *clasificación* y *tipología*: la *clase* nos habla del formato del sistema de partidos, mientras el *tipo* refiere a sus propiedades.

²² Dentro de las comunidades políticas competitivas, el sistema de partidos predominante, refiere a una situación en la cual, independientemente de las unidades partidarias que compitan en el sistema, un único partido consagra la mayoría absoluta de los escaños durante un período de por lo menos cuatro legislaturas consecutivas.

²³ Estas cinco categorías corresponden a sistemas políticos competitivos. Para el caso de los no competitivos, G. Sartori establece dos tipos de sistemas partidistas, los de *partido único* y los de *partido hegemónico*.

²⁴ Los casos extremos de la República de Weimar en la antesala de la II Guerra Mundial, la II República Española y de Chile en los años setenta, son de los ejemplos más ilustrativos a este respecto.

²⁵ La estrecha vinculación entre el grado de fragmentación y el nivel de polarización ideológica, también se ve matizada al analizar aquellos sistemas donde el alto número de partidos en competición no coincide con importantes distanciamientos ideológicos, sino fundamentalmente con profundas líneas de división en la sociedad. Ya en “*Partidos y sistemas de partidos*” [1976], G. Sartori apunta este matiz para aquellos multipartidismos propios de sociedades *culturalmente segmentadas*, donde tienen lugar importantes rupturas del tipo histórico, étnico y/o religioso.

²⁶ Scott Mainwaring y Timothy Scully (1995). “*Building democratic institutions: party systems in Latin America*”, citados en Scott Mainwaring y Mariano Torcal (2005).

²⁷ S. Mainwaring y M. Torcal (2005: 142).

²⁸ Además del caso de América Latina, los autores citan como ejemplo la investigación sobre sistemas de partidos en el continente africano y en los Estados post comunistas de Europa oriental (S. Mainwaring y M. Torcal 2005: 145).

²⁹ Se entiende por volatilidad electoral, el trasiego agregado de votos desde un partido hacia otros entre distintas elecciones (Adam Przeworski 1975; Mogens Pendersen 1983; Kenneth Roberts y Erik Wibbel 1999. Citados en S. Mainwaring y M. Torcal 2005: 147). El índice de volatilidad electoral, se calcula sumando las diferencias netas de porcentajes de votos obtenidos por cada partido en relación a los porcentajes de votos percibidos en la elección anterior, dividido dos.

³⁰ Siguiendo a S. Mainwaring (1999) y S. Mainwaring y T. Scully (1995), citados en S. Mainwaring y M. Torcal (2005: 146), el afianzamiento de los partidos políticos en la sociedad conduce a que un importante número de electores regularmente apoye a un mismo partido, promoviendo así la estabilidad de la competencia interpartidaria y por ende, la institucionalización del sistema de partidos.

En esta línea, el enraizamiento social de los partidos, se vincula con menores niveles de volatilidad electoral en la medida que, en un contexto de baja incidencia del voto indeciso, si los electores se vuelcan masivamente por el mismo partido elección tras elección, la probabilidad de que se produzcan fuertes cambios electorales se verá menguada. Contrariamente, aquellos sistemas partidarios insertos en sociedades donde los partidos adolezcan de raíces sólidas, serán proclives a mayores cambios entre los distintos comicios, experimentando una volatilidad electoral más elevada.

La investigación de S. Mainwaring y M. Torcal (2005), compara el nivel de institucionalización de una importante lista de democracias industriales avanzadas y democracias y semidemocracias de países en desarrollo de todas las regiones del mundo excepto África, señalando que las democracias industriales avanzadas suelen presentar índices de volatilidad electoral mucho más bajos a los de las democracias y semidemocracias de las naciones en vías de desarrollo, donde el cambio electoral es sensiblemente mayor. No obstante esa fuerte correlación entre altos niveles de desarrollo económico y menores índices de volatilidad electoral, los autores reconocen que, tal como lo sostuvieran

Robert Dalton et. al (2000), los últimos decenios han manifestado un crecimiento de la volatilidad electoral en las democracias industriales avanzadas.

³¹ Anthony Downs (2001). “*Teoría económica de la acción democrática*”. En *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*, pp.93-111. Edición a cargo de Albert Batlle, Barcelona.

³² Joseph Schumpeter (1942). “*Capitalismo, Socialismo y Democracia*”.

³³ A. Downs (2001:101) explica la utilidad de definir el voto a partir de la comparación entre las ideologías de los partidos, en la medida que éstas “...evitan la necesidad de relacionar cada cuestión con su propia opinión [la del ciudadano] del ‘bien social’ (...) Además, si el votante descubre una correlación entre las ideologías de cada partido y sus políticas, puede votar racionalmente comparando ideologías en vez de comparar políticas”.

³⁴ A. Downs asume que los sistemas bipartidistas tenderán a manifestar una distribución electoral *gaussiana*, desarrollando consecuentemente, un tipo de competencia centrípeta y habilitando la estabilidad y efectividad de los gobiernos. Por su parte, los formatos multipartidistas serán más característicos de distribuciones multimodales, donde los votantes se encuentren más dispersos a lo largo del espacio ideológico, promoviendo una dinámica de competencia centrífuga. Cabe señalar, empero, que el autor considera que la estabilidad gubernamental de las democracias es relativamente independiente de la variable número de partidos en competición, dependiendo más bien de la distribución del electorado a lo largo del eje izquierda-derecha. Desde esta óptica, las democracias multipartidistas podrán gozar de gobiernos estables y efectivos si el grueso de sus votantes se aglomera en un espacio reducido del *continuum*, dando forma a una curva con una única cima.

³⁵ Philip Converse (1969). “*Of time and partisan stability*”, citado en S. Bartolini (1988: 231).

³⁶ El modelo downsiniano, bien puede servir para entender y predecir los comportamientos de votantes y partidos bajo sistemas bipartidistas, empero, su aplicación es más limitada en presencia de formatos multipartidistas.

³⁷ La obra más emblemática del *modelo de Michigan*, es sin duda “*The American voter*”, publicada en 1960 (con datos de opinión pública recogidos durante el decenio anterior) por Angus Campbell, Philip Converse, William Miller y Donald Stokes, todos ellos colegas de la Universidad de Michigan. En la mencionada investigación, estos autores identificaron tres tipos de actitudes políticas mediante las cuales se propusieron explicar las decisiones individuales de voto en Estados Unidos: i) la actitud respecto a las cuestiones más importantes de la campaña electoral; ii) la identificación partidista y; iii) la simpatía por los candidatos en competición (citado en Luis Costa Bonino, s/f).

³⁸ Donald Stokes (1963). “*Spatial models of party competition*”, citado en G. Sartori (1992:377-388).

³⁹ Claro que como no deja de recordar G. Sartori, del dicho al hecho hay un gran trecho, y los distintos partidos se reprocharán mutuamente el alejamiento práctico de esas cuestiones de valencia que desde el discurso teórico promueven.

⁴⁰ Citado en Ignacio Zuasnabar (2004).

⁴¹ I. Zuasnabar (2004, 2007). Un ejemplo de esto, es el aumento de electores “independientes” en Estados Unidos tras la traumática guerra de Vietnam (1965-1975) y los otros conflictos políticos y sociales que signaron esos años. De hecho, desde el decenio de los setenta hasta el presente, la evidencia empírica viene demostrando un debilitamiento de las identidades partidarias estadounidenses en favor del crecimiento de los votantes independientes. Y si bien en un principio la literatura se preguntó si tal fenómeno sería temporal, pudiendo leerse justamente a la luz del los convulsionados acontecimientos de la segunda mitad de los sesenta y comienzos de los setenta, las décadas transcurridas desde entonces no han hecho sino consolidar esa tendencia. Así, para el año 2000, el electorado independiente ascendía al 41%, mientras en el decenio de los cincuenta (cuando A. Campbell et. al. recogieron los datos que nutrieron *The American Voter*), dicha población alcanzaba el 25% (Russell J. Dalton 2004).

Este proceso de “desalineamiento” (Russel J. Dalton; Paul Allen Beck y Scott C. Flanagan 1984), puede identificarse también en perspectiva comparada, en otras democracias de occidente y, ha sido vinculado con una crisis de representación de los electores en relación con sus partidos (I. Zuasnabar 2004, 2007).

⁴² Las investigaciones en la materia a lo largo del tiempo y en distintas democracias, indican que los votantes identificados tienden mayoritariamente a ser “fieles” y votar por el partido político con el cual se identifican.

⁴³ Donald R. Matthews y James W. Prothro (1966). “*The importance for the southern electorate*”, citados en G. Sartori (1992:383-384).

⁴⁴ Claro que, para autores como los de la escuela de Michigan, que escriben en Estados Unidos, donde los votantes poco registran las dimensiones izquierda-derecha y donde si bien advierten mejor el conflicto político a la luz de la dicotomía liberal-conservador, se dividen fundamentalmente en clave de autoidentificación partidaria, entre “demócratas” y “republicanos” (y para Stokes votan, en buena medida, orientados por cuestiones), difícil será pensar en términos de imagen de partido y unidimensionalidad de las cuestiones políticas.

⁴⁵ Pensando en América Latina, y siguiendo a S. Mainwaring y T. Scully (1995) y S. Mainwaring y M. Torcal (2005), también puede agregarse el voto clientelar.

⁴⁶ G. Sartori (1992:390) señala que el voto orientado por cuestiones será más dable en sociedades homogéneas (como la sociedad inglesa), propicias a la configuración de formatos bipartidistas (D. Stokes lo estudiaba para Estados Unidos, uno de los bipartidismos más estables y longevos del mundo), donde la polarización ideológica es baja y la competencia política centrípeta. Contrariamente, la votación en torno a cuestiones, será menos probable en sistemas multipartidistas, ya que, a medida que crece el número de partidos en competición, aumentan los costos de información para el ciudadano promedio, quien para poder votar por cuestiones debería tener la capacidad de procesar y vincular “...varias dimensiones de división con varias actuaciones en torno a las cuestiones, y estas actuaciones con las

plataformas de varios partidos en relación con esas cuestiones” (G. Sartori 1992: 401). En los sistemas bipartidistas, la regla general indica que un partido obtiene la mayoría de los votos/escafios y se dispone a gobernar solo, mientras el partido confinado a la minoría ejercerá la oposición con la expectativa de ganar en la siguiente elección. Aquí, los logros y los fracasos de uno y otro bando, pueden distinguirse claramente, al tiempo que es más sencillo identificar qué cuestiones (políticas públicas) embandera y promueve cada partido. Sin embargo, en los multipartidismos, el poder se dirime como mínimo entre tres partidos, reduciéndose las posibilidades de que uno de ellos consagre la mayoría absoluta de los votos/escafios, y siendo entonces habituales los gobiernos de coalición. Bajo las coaliciones, se diluyen las plataformas programáticas de cada partido, dificultándose mucho más la identificación de las cuestiones que defiende cada uno y la actuación en torno a las mismas.

⁴⁷ G. Sartori entiende que, si bien el análisis unidimensional puede resultar demasiado reduccionista en contextos bipartidistas (más propicios a desarrollar un tipo de política pragmática), se vuelve más útil a medida que prolifera el número de unidades en competición y siempre que se avance hacia un oficio ideológico más fuerte. Allí, las percepciones acerca de la posición de los partidos asumen gran relevancia, tornándose “inevitable” recurrir a ellas cuando la cantidad de partidos existentes en el sistema sea muy elevada (G. Sartori 1992: 400-401).

⁴⁸ Ronald Inglehart y Hans D. Klingemann (1976), *“Party identification, ideological preference, and the left-right dimension among western mass public”*. Citados en S. Bartolini (1988: 231) y en Ronald Inglehart (1984). También citados en Oddbjørn Knutsen (1997, 1998), en G. Sartori (1992: 393) y en Guillermo Rosas y Elizabeth J. Zechmeister (2000).

⁴⁹ Estos países son Alemania, Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, Inglaterra, Irlanda, Italia y Luxemburgo (cita en G. Sartori 1992: 393).

⁵⁰ R. Inglehart y H. D. Klingemann (1976), citados en S. Bartolini (1988: 231).

⁵¹ Bajo esta óptica, sectores de la opinión pública, sin percatarse, pueden incurrir en autoubicaciones “erradas”, colocándose en un punto de la escala que, de hecho no coincide con sus orientaciones sobre valores e *issues*, pero que corresponde al lugar espacial en donde creen que se posiciona el partido de su preferencia (O. Knutsen 1997:192).

⁵² R. Inglehart y H. D. Klingemann (1976), citados en R. Inglehart (1984).

⁵³ Las tasas de autoubicación oscilan entre un máximo del 93% (Alemania y Holanda) y un mínimo de 73% de población capaz de ubicarse en el eje izquierda-derecha (Bélgica). (Citado en G. Sartori 1992: 393).

⁵⁴ R. Inglehart y H. D. Klingemann (1976), citados en G. Rosas y E. J. Zechmeister (2000).

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ Ver nota al pie N° 47.

⁵⁷ R. Inglehart y H. D. Klingemann (1976), citados en G. Rosas y E. J. Zechmeister (2000).

⁵⁸ Ver por ejemplo, S. Mainwaring y T. Scully (1995) y Banco Interamericano de Desarrollo, Informe 2006: *“La política de las políticas: Progreso económico y social en América Latina”*, citado en C. Moreira 2006: 34.

⁵⁹ En palabras de Oscar A. Bottinelli (2008a): *“Uruguay albergó uno de los sistemas bipartidistas más antiguos del mundo, constituido contemporáneamente con la conformación de la República bajo la dicotomía blanco-colorado, más o menos coetáneo del bipartidismo británico tory-whig (o conservador-liberal) y del bipartidismo norteamericano demócrata-whig; por tanto, bastante anterior al bipartidismo norteamericano demócrata-republicano.”*

⁶⁰ Como señala Juan E. Pivel Devoto (1956) en su *“Historia de los partidos y de las ideas políticas en el Uruguay”* (citado en Benjamín Nahum 1993:70), *“blancos y colorados sin llegar a constituir aún partidos orgánicos, definen sus tendencias a raíz de la guerra civil de 1836...”*, en el marco de la llamada Batalla de Carpintería que enfrentó al entonces Presidente de la República, Manuel Oribe contra quien lo hubiera sido en el período constitucional anterior, Fructuoso Rivera, ambos, líderes fundadores de las “divisas” blanca y colorada, respectivamente.

⁶¹ En esta línea, Constanza Moreira (1997: 67) señala que *“...Uruguay fue una democracia a partir de identificaciones que tuvieron al Estado y los partidos como sujetos del ‘bien común’ [donde] lejos de construir una ‘imagen política’ a partir de multiplicidad de pertenencias, los ciudadanos uruguayos concentraron sus identificaciones en partidos políticos que supieron proveerlos de una imagen y un sentimiento ‘nacionales’”*.

⁶² Las fuertes lealtades partidistas que signaron al clásico bipartidismo, se habrían retroalimentado a través de la transmisión familiar de las adhesiones. Concomitantemente, estudios sobre las identificaciones partidarias de los uruguayos sostienen que éstos *“...mostraban una tendencia aún más fuerte que los norteamericanos a permanecer fieles a sus partidos durante su vida y a votar consistentemente por ellos”* (Robert E. Bieles 1972, *“Patronage politics: Electoral behavior in Uruguay”*, citado en L. E. González 1993: 178).

⁶³ De hecho, en un país que se nutrió poblacionalmente de flujos inmigratorios, L. E. González (1993:28) apunta que la dicotomía blanca-colorada permeaba incluso a los extranjeros: los inmigrantes italianos, al igual que los franceses tendían a ser colorados, mientras que los españoles solían alinearse detrás de los blancos.

⁶⁴ En palabras de L. E. González (1993:28), el hecho que *“...en todas o casi todas las descripciones sobre los partidos tradicionales se destaquen sus características personalistas y lo sutiles que son las diferencias entre un blanco y un colorado”*, resulta ilustrativo de la dificultad existente al momento de diferenciar entre uno y otro partido sobre bases objetivas.

⁶⁵ A decir de O. A. Bottinelli (2008a), el *“...bipartidismo oriental se asentó primero en reales protopartidos, bandos clánicos, para luego devenir hacia el despuntar del siglo XX en verdaderos partidos políticos modernos de presencia electoral y parlamentaria”*.

⁶⁶ La sabiduría convencional fija el comienzo de la democracia pluralista en Uruguay, o primera poliarquía (utilizando la terminología de Robert Dahl 1971) a partir de 1918, tras la entrada en vigencia de la Constitución aprobada el año anterior. Esta Carta Magna (la segunda que tuvo Uruguay, después de la Constitución de 1830, con la que nace a la vida independiente), si bien instauró una democracia aún restringida, consagró el carácter competitivo de los comicios y estableció las garantías básicas para el libre ejercicio del voto: sufragio secreto, igual y universal masculino (el voto femenino recién se introducirá con la Constitución de 1934, haciéndose efectivo hacia las elecciones nacionales de 1938). Asimismo, la Carta de 1918 institucionalizó una serie de normas electorales claves, que con algunas modificaciones e incorporaciones posteriores, sirvieron de base al sistema electoral (hasta 1996) y repercutieron en el formato del sistema de partidos por larga data: el doble voto simultáneo y la representación proporcional para la Cámara Baja. Este primer período poliárquico, se quiebra en 1933, con el Golpe de Estado del Presidente de la República Gabriel Terra.

⁶⁷ El Partido Socialista accedió a la Cámara Baja en 1910, año de su fundación, mientras que la Unión Cívica obtuvo su primera banca en esa misma Cámara una década más tarde.

⁶⁸ Que entró en vigencia para la Cámara de Representantes con la Constitución de 1918 y para la de Senadores, a partir de la Carta de 1942.

⁶⁹ Establecido hacia 1910 y definitivamente institucionalizado con la Carta Magna de 1918.

⁷⁰ Desde la Constitución de 1934 hasta la reforma de la Carta del año 1996.

⁷¹ La primera “ley sociológica” enunciada por M. Duverger y reformulada como “tendencial” por G. Sartori (1986, *“The influence of electoral systems: faulty laws or faulty method”*, citado en L. E. González 1993: 52), según la cual la fórmula de elección por mayoría simple facilita (“es condición facilitante” de) los bipartidismos y obstruye (“es condición obstruyente” de) los multipartidismos, va en este sentido. Esta tendencia, a su vez, guarda íntima relación con el razonamiento ciudadano del *voto útil*. Según el mismo, en un sistema donde el primer premio es la Presidencia de la República y ésta se dirime (en el caso uruguayo simultáneamente con todos los demás premios electivos -Parlamento, gobiernos departamentales- y sin la posibilidad de votar cruzado) en una única instancia o “vuelta” por mayoría simple de votos, aún cuando la libre competencia electoral está garantizada de derecho, en los hechos, los partidos pequeños no tienen chances verdaderas de acceder a la Primera Magistratura. En tal contexto, el grueso del electorado apuesta por que su voto sea útil, es decir, que realmente incida en la definición del ganador, bipolarizándose en torno a las dos opciones con verdaderas posibilidades de vencer, en lugar de “desperdiciar” su voto en un partido menor. Dicho esto, no hay que olvidar, sin embargo, que bajo estas mismas reglas electorales, el bipartidismo uruguayo colapsó y evolucionó hacia un formato multipartidista, de tres actores relevantes entre las décadas del setenta y el ochenta, y de cuatro agentes importantes, hacia el decenio de los noventa.

Volviendo sobre los efectos de las “leyes de sociológicas” reformuladas en “tendenciales”, la segunda de ellas, según la cual la fórmula proporcional dificultosamente conduce al bipartidismo, facilitando en cambio, la fragmentación, ergo, los multipartidismos, no es aplicable al caso uruguayo durante medio siglo de poliarquía. La “anulación” de los efectos tendenciales de la representación proporcional sobre el formato del sistema de partidos, puede entenderse a partir de la actuación “negativa” que impusieron el doble voto simultáneo y la celebración simultánea de todos los comicios (L. E. González 1996: 120). De esta manera, hasta mediados de los años sesenta, la fórmula proporcional operó en cambio, como condición facilitante de la fraccionalización del bipartidismo uruguayo, reforzando el estímulo (fraccionalista) proporcionado por el doble voto simultáneo.

⁷² Göran Lindahl (1962: 40, 273), *“Uruguay’s new path”* y G. Sartori (1976: 107, n. 11), ob. cit. Ambos autores citados en L. E. González (1993: 31).

⁷³ En realidad, desde la óptica de G. Sartori (1992), el predominio del PC sobre el PN durante la mayor parte de su historia, hace que Uruguay haya ostentado un sistema de partido predominante con formato bipartidista entre 1868 y 1958 y desde 1967 hasta la caída de la democracia en 1973 (recordemos que *“Partidos y Sistemas de Partidos”* fue publicado tres años después del Golpe de Estado en Uruguay).

⁷⁴ Aldo Solari (1991), *“Uruguay: partidos políticos y sistema electoral”*, citado en Jorge Lanzaro (2001).

⁷⁵ Alfredo Errandonea (1994), *“El sistema político uruguayo: análisis de 78 años del sistema político uruguayo”* y Luis Costa Bonino (1988), *“¿Qué son los partidos políticos uruguayos?”*. Ambos autores citados en Constanza Moreira (2004b:30).

⁷⁶ La tesis del bipartidismo uruguayo también fue revisada por L. E. González (1993), aunque posando la mirada en un aspecto diferente. Dicho autor considera que si bien, durante gran parte de su historia (hasta la década de los sesenta), el formato fue bipartidista, el Uruguay asistió a un período de predominancia del Partido Colorado. En este sentido, y siguiendo las clásicas “reglas de conteo” sartorianas, el autor entiende que, bajo gobiernos poliárquicos, previo a la fractura de la segunda ola democrática, el sistema de partidos transitó la siguiente evolución: i) bipartidista entre 1918 y 1933; ii) de partido predominante (el PC) entre 1943 y 1958; iii) nuevamente bipartidista entre y entre 1959 y 1966 y; iv) de pluralismo moderado entre 1967 y 1973 (1993: 30).

⁷⁷ Aún largo tiempo después de la ruptura del bipartidismo, en un contexto de pluralismo moderado, los acuerdos gubernamentales siguieron realizándose entre fracciones antes que entre (los dos) partidos en su conjunto. De hecho, la primera coalición de gobierno celebrada entre ambos partidos *in totum* no ocurrirá hasta el segundo gobierno del colorado Julio María Sanguinetti (1995-2000), en los días en que Alberto Volonté presidía el Directorio del Partido Nacional.

⁷⁸ Para muestra basta un botón: el *coup d'Etat* de 1933, liderado por el hasta entonces Presidente constitucional Gabriel Terra (que había sido electo por la fracción batllista del PC), fue propiciado por los acuerdos entre los colorados anti-batllistas (sosistas, vieristas, riveristas) y los blancos herreristas (mayoritarios dentro del PN). Del lado de la oposición, por su parte, se alinearon batllistas y nacionalistas independientes, así como también socialistas y comunistas dentro de los electoralmente exiguos “partidos de ideas”.

⁷⁹ De hecho, en reiterados pasajes de la historia, la rotación en el Poder Ejecutivo (fuera éste unipersonal o colegiado) de distintas fracciones dentro del mismo partido (que hubiera gobernado en el período inmediatamente anterior), reflejó cambios en la orientación ideológica del gobierno.

⁸⁰ Gerardo Caetano y José Rilla (1995), “*Relaciones interpartidarias y gobierno en el Uruguay (1942-1973)*”, citados en Daniel Chasqueti (2000: 76).

⁸¹ Al decir de C. Moreira (2004b: 32), “*la política real estaba mucho mejor representada por las fracciones que por los partidos, y esta sigue siendo, (...) en los partidos tradicionales, la principal fuente de explicación de sus posicionamientos*”.

⁸² Siguiendo a L. Costa Bonino (1988), C. Moreira apunta que mientras la “comunidad ideológica” se manifestaba sobre todo a nivel de las fracciones, la “comunidad de identidad” se manifestaba a nivel de los partidos (2004b: 31). Si bien, el vínculo con determinadas fracciones históricas (particularmente la “batllista” y en menor grado, la “herrerista”) y con sus líderes, también generó fuertes lazos de pertenencia.

⁸³ La periodización de la segunda poliarquía, se fija entre 1942 y 1973 (si bien, la calidad de la misma ya se encontraba sumamente desgastada hacia finales de ese período). El año 1971, marca la aparición del Frente Amplio como tercer partido relevante y la consiguiente ruptura del sistema bipartidista.

⁸⁴ José Batlle y Ordóñez era hijo del colorado Lorenzo Batlle, quien ejerció como Presidente de la República entre 1868 y 1872.

⁸⁵ En 1946, Luis Batlle Berres fue electo Vicepresidente de la República por la fracción batllista del PC, en la fórmula que acompañaba la candidatura presidencial de Tomás Berreta. En agosto de 1947, cinco meses después de asumir la primera magistratura, Berreta falleció, pasando Batlle Berres a ocupar su cargo hasta el fin del período constitucional en 1951. Tras la colegialización del Poder Ejecutivo impuesta por la reforma constitucional de 1952, Batlle Berres volvió a ejercer la cabeza del Ejecutivo, esta vez como Presidente del Consejo Nacional de Gobierno entre 1955 y 1956 (la nueva Carta Magna preveía que la Presidencia de este órgano de carácter pluripersonal, rotara anualmente entre los cuatro primeros titulares de la lista de candidatos más votada dentro del lema ganador de las elecciones).

⁸⁶ Vale aclarar que, en este tramo de la historia, para ubicar en el espacio ideológico izquierda-derecha tanto a los partidos tradicionales como a sus fracciones, no se apela a estudios de opinión pública o de la élites protagonistas, sino al saber experto de analistas (en este caso L. E. González), dado que las encuestas de opinión pública en Uruguay comenzaron a practicarse tímidamente en la segunda mitad de los años ochenta (si bien se registran algunos estudios en los albores de los años setenta, previo al Golpe de Estado) y sistemáticamente, recién hacia el decenio de los noventa (Daniel Buquet 2004, “*Public opinion and electoral behavior in Uruguay*”. Citado en Lucía Selios 2006: 66).

⁸⁷ En 1950, la selección uruguaya de fútbol venció al equipo de Brasil en la final por el título de Campeón Mundial, en el estadio de Maracanã, en Río de Janeiro. Así, se alzó por segunda vez con la Copa del Mundo y añadió un relato más al imaginario colectivo de “singularidad” uruguaya en el que se enmarcaron los mitos de la “*Suiza de América*”, el “*Uruguay feliz*” y el “*como el Uruguay no hay*”, entre otros.

⁸⁸ Hacia 1962, Luis Enrique Erro, Secretario de Estado durante el primer gobierno colegiado nacionalista, conformó una alianza con el Partido Socialista, creando así la Unión Popular. Dicha agrupación fue un intento de erigir un “frente popular” que mejorara las posibilidades electorales de la izquierda y si bien no prosperó, sirvió de antecedente para la construcción del FA, del que el propio Erro fue cofundador. El otro precedente que desembocó en el nacimiento de este tercer actor que vendría a quebrar el longevo bipartidismo tradicional, fue el Frente Izquierda de Liberación (Fidel), también fundado en 1962 como una alianza que reunió al Partido Comunista y a otras agrupaciones y personalidades destacadas.

⁸⁹ Que entre 1964 y 1966 unificaron sus fuerzas (hasta entonces divididas en dos grandes entidades: la Unión General de Trabajadores -UGT- y la Confederación Sindical del Uruguay -CSU-, y otros sindicatos menores) institucionalizándose en torno a una única central obrera: la Convención Nacional de Trabajadores (CNT).

⁹⁰ Siguiendo la tesis de Aldo Solari (1991, “*Uruguay. Partidos políticos y sistema electoral*”, citado en C. Moreira 2000b: 137), al momento de votar, los trabajadores uruguayos agremiados y fieles al movimiento sindical de base comunista, se inclinaban por los partidos tradicionales, en lugar de adherir al Partido Comunista o a los otros pequeños partidos de izquierda. Bajo este razonamiento, al menos hasta el surgimiento del FA, el sindicalismo habría padecido de una suerte de “esquizofrenia”, apoyando postulados de izquierda en los períodos interelectorales y votando blanco o colorado al momento de los comicios nacionales.

⁹¹ El Partido Demócrata Cristiano (PDC) nace en las elecciones de 1962, como una transformación de la vieja Unión Cívica, partido de cuño católico y conservador, que bajo esta nueva denominación adoptó un perfil renovado y próximo a posiciones de izquierda. Hacia los comicios de 1966, un grupo católico de derecha se separó del PDC presentándose a las elecciones de ese año bajo el lema Movimiento Cívico Cristiano. Este mismo grupo, que en 1971 adoptó la denominación de Unión Radical Cristiana, existe en la actualidad con el nombre de Unión Cívica (nomenclatura que volvió a utilizar desde las elecciones de 1984).

⁹² El General Seregni desarrolló una próspera carrera militar, llegando a ejercer como Jefe de la Región Militar N°1, la más importante del país y con asiento en la ciudad de Montevideo. Hacia 1968, pidió su pase a retiro del ejército por fuertes discrepancias con el gobierno del colorado Jorge Pacheco Areco (1967-1972).

⁹³ Aditivamente, el FA fue mucho más que una mera alianza sumadora de partes con fines de competencia electoral. Desde el comienzo se asistió a la emergencia de “*un corpus propiamente frenteamplista, en términos de identidad y en términos de estructura*” (Lanzaro 2004: 38), con un gran poder movilizador de masas y una activa militancia nucleada en torno a extendidas redes de organizaciones de base (coordinadoras, comités de base), asentadas fundamentalmente en Montevideo.

⁹⁴ En un convulsionado contexto económico, social, político e institucional, Pacheco Areco (un personaje político sin relevancia hasta entonces que, habiendo sido electo Vicepresidente de la República, sucedió prontamente a su líder de fórmula, el General retirado Oscar Gestido, al morir este último pocos meses después de tomar posesión como Primer Mandatario), gobernó con mano dura y al borde de la Constitución (muchas veces del borde hacia adentro y otras tantas del borde hacia afuera), apelando extensamente a las denominadas Medidas Prontas de Seguridad (un recurso institucional similar al “Estado de Sitio”) en línea con la doctrina estadounidense de la Seguridad Nacional.

⁹⁵ El reclamo por el mantenimiento de la legalidad democrática, convivía con un discurso y unas prácticas muy contestatarias de la denominada democracia meramente “formal” o “democracia burguesa” (término utilizado despectivamente por buena parte de la izquierda, principalmente la de corte más marxista y combativo).

⁹⁶ Al igual que en 1933, el *coup* de 1973 fue perpetrado por un Presidente de la República democráticamente electo y perteneciente al PC (que a su vez, había ejercido como Senador del PN durante el segundo gobierno colegiado blanco), Juan María Bordaberry. Junto con las Fuerzas Armadas, Bordaberry disolvió el Parlamento y con él la legalidad en Uruguay, desempeñándose como Presidente de Facto hasta su destitución por parte de los propios militares en 1976.

⁹⁷ L. E. González (1993: 113-114), apelando a J. Blondel (1968), también ha descrito al formato del sistema de partidos entre 1971 y 1989 como de “dos partidos y medio”. Por su parte, Daniel Buquet, Daniel Chasqueti y Juan Andrés Moraes (1998) estimaron un NEP electoral de 3,02 para el período 1971-1989 (comenzando con 2,75 para 1971, ascendiendo a 2,95 en 1984 y trepando al 3,37 en 1989) y un NEP parlamentario (tomando en cuenta la Cámara de Diputados) de 2,98 (2,71 en 1971; 2,92 en 1984 y 3,33 en las elecciones de 1989).

⁹⁸ La Unión Cívica, que no había obtenido representación parlamentaria en 1971, adquirió cierta relevancia a partir de su participación junto al PC y el FA, en las negociaciones para salir de la dictadura (el PN se retiró de dichas negociaciones debido a la proscripción por parte del régimen de su líder Wilson Ferreira Aldunate). En tal sentido, hacia 1984 logró retornar a la Cámara Baja, mas no al Senado.

⁹⁹ Esa percepción de la izquierda se alimentaba de la no obtención por segunda vez del gobierno de la comuna montevideana,preciado botín donde se concentraba la mayor parte de las adhesiones frenteamplistas del país, y único bastión electoral donde dicha fuerza política tenía posibilidades reales de aspirar a ganar.

¹⁰⁰ De acuerdo a un estudio realizado por el investigador británico Charles Gillespie (1991, “*Politicians and generals in Uruguay*”, citado en C. Moreira 1997: 105-106), el sistema de partidos uruguayo presentaba, dentro de los países latinoamericanos que habían protagonizado regímenes autoritarios, las menores transformaciones y una de las más bajas tasas de renovación política a nivel de candidatos, con relación a la última elección democrática anterior (1971).

¹⁰¹ Vale apuntar que no todas las fracciones de derecha de los partidos tradicionales que comparecieron a las urnas en 1984 fueron pro-dictadura. En ese sentido, el sector nacionalista que apoyaba la candidatura presidencial de Dardo Ortiz (contrapuesta a la de Alberto Zumarán quien, ante la proscripción de Ferreira Aldunate fue el presidenciable del polo más de “izquierda” blanco) era de carácter conservador, pero opositor al régimen.

¹⁰² Las elecciones internas de los partidos políticos celebradas en 1982, en la transición rumbo hacia la reapertura democrática, ya habían puesto de manifiesto el castigo infligido por la mayoría de la ciudadanía a las fracciones tradicionales pro-régimen cívico-militar. Esta penalización se ratificó en forma pronunciada en los comicios nacionales de 1984, donde la victoria fue para los sectores opositores al *proceso*, produciéndose así una renovación vía cambio de correlación de fuerzas a nivel de las fracciones.

En el PC, los participantes civiles de la dictadura que en 1971 habían obtenido el 56% de los votos del partido (cifra representada en el voto al electo Primer Mandatario, Bordaberry), descendieron al 31% en 1982 (cifra correspondiente al voto volcado a Pacheco, quien –intento de reelección presidencial mediante- impulsó la candidatura de su “delfín” Bordaberry, apoyó el Golpe de Estado por este conducido y respaldó el plebiscito de 1980 a favor del régimen), cayendo al 24% en 1984 (cifra correspondiente al voto de la candidatura presidencial de Pacheco) (L. E. González 1993: 107-108). La fracción ganadora, que se impuso con el 75% de los votos colorados, fue la que promovía la candidatura presidencial de Julio María Sanguinetti (ex Ministro constitucional de los gobiernos de Pacheco y Bordaberry), quien finalmente fue electo Presidente de la República.

En el PN, los sectores pro-dictadura que reunieron el 34% del voto nacionalista en 1971 (representado por el voto al General retirado Mario Aguerrondo), decrecieron al 26% en 1982 (cifra correspondiente al voto del destacado productor rural e Intendente de Florida en los años cincuenta, Alberto Gallinal Heber, y a todas las pequeñas fracciones no alineadas ni con aquél ni con los nacionalistas contrarios al régimen), desplomándose al 3% de los votos en 1984 (cifra representada por el apoyo volcado a Juan Carlos Paysée, Intendente de Montevideo durante la dictadura) (L. E. González 1993: 108-109). Dentro del PN, la fracción ganadora fue la que postulaba a Zumarán (quien vino a

reemplazar al proscrito Ferreira Aldunate) como presidenciable, que arrasó con casi el 84% de las adhesiones blancas.

¹⁰³ El FA no participó de las elecciones internas de 1982, por encontrarse proscrito por el régimen (desde la cárcel, Liber Seregni, preso político de la dictadura, llamó a la masa frenteamplista a sufragar en blanco, opción a la que adhirió menos del 7% del electorado). Hacia los transicionales y restringidos comicios de 1984 (donde los militares inhabilitaron la candidatura a la presidencia de Seregni, además de la de Ferreira Aldunate), el FA, al igual que los partidos tradicionales, experimentó un desplazamiento en dirección hacia el centro del espectro político, vía cambio de correlación de fuerzas internas. En 1971, el sector con mayor respaldo electoral dentro de la coalición de izquierdas fue el autodeclarado marxista-leninista “Partido Comunista”, que reunió un tercio de las adhesiones. El segundo sublema más votado fue el denominado “Patria Grande”, encabezado por Enrique Erro, que habría albergado buena parte del voto pro MLN –T y consagró más de un quinto de los apoyos frenteamplistas. Para 1984, los comunistas (bajo el sublema “Democracia Avanzada”) menguaron su votación en casi un 5%, mas la mayor pérdida la sufrió la “Izquierda Democrática Independiente” (IDI), fracción que (muerto Erro, en su exilio en París, dos meses antes de la elección) habría nucleado al menos a los votantes de 1971 de Patria Grande no proclives a la guerrilla (L. E. González 1993: 109-110). La IDI arañó el 7% de los votos del FA y fue testigo del liderazgo asumido por el moderado sublema Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP), de la mano de Hugo Batalla (heredero del Movimiento por el Gobierno del Pueblo de Michelini, quien había sido asesinado en 1976 en su exilio en Buenos Aires), que se alzó con casi el 40% de las adhesiones frenteamplistas.

¹⁰⁴ Pocos meses antes de su división, otro acontecimiento que golpeó duramente a la izquierda uruguaya fue la ratificación ciudadana vía referendo de la “Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado”, que amnistió a militares y policías por los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura. El FA en su totalidad, la Unión Cívica, algunos sectores de los partidos tradicionales (el Movimiento Nacional de Rocha y la Unión Blanca Popular en el PN y el Movimiento de Reafirmación Batllista en el PC), el movimiento sindical, organizaciones sociales de lucha por los derechos humanos, víctimas directas de la represión dictatorial y ciudadanos independientes en general, se habían opuesto vehementemente a esta normativa aprobada por el Parlamento en 1986 y en tal sentido, se impulsó vía iniciativa popular un recurso de *referendum* para intentar derogarla. Sin embargo, cuando en abril de 1989 la ciudadanía concurrió a las urnas, lo hizo expidiéndose a favor del mantenimiento de la ley.

¹⁰⁵ El NE concurrió a las elecciones de 1989 bajo una coalición electoral junto a la Unión Cívica y el Movimiento Integración (una pequeña agrupación de origen batllista otrora integrante del FA).

¹⁰⁶ Hasta que le tocó conducir el primer gobierno de izquierda en la comuna capitalina, Vázquez, un adherente al Partido Socialista reconocido por su exitosa actividad como médico oncólogo y dirigente de fútbol, era considerado prácticamente un “outsider” del ámbito político. Si bien se había desempeñado como Presidente de la Comisión de Finanzas de la Comisión Pro Referendum para la derogación de la “Ley de Caducidad”, habiéndose destacado en el cumplimiento de dicha tarea, encarnaba un candidato prácticamente desconocido tanto para los frenteamplistas como para el resto de la ciudadanía.

¹⁰⁷ Hasta entonces, y con la única excepción del período 1959-1963 (tras las elecciones de 1958, año del triunfo histórico del PN luego de 93 años de hegemonía del PC en el gobierno nacional), la comuna montevideana siempre había estado en manos coloradas.

¹⁰⁸ Nieto del extinto caudillo blanco, fundador y líder histórico del herrerismo Luis Alberto de Herrera.

¹⁰⁹ Scott Mainwaring (1993). “*Presidentialism, multipartism, and democracy. The difficult combination*”, citado en Jaime Yaffé (2005).

¹¹⁰ Durante esta primera experiencia coalicional, los sectores colorados del ex Presidente Pacheco Areco y de la “Lista 15” encabezada por el liberal Jorge Batlle, fueron los que otorgaron un mayor y más prolongado respaldo al gobierno nacionalista. En tanto, la fracción del otrora Primer Mandatario, Sanguinetti, luego de un primer año de compromiso con la administración Lacalle, adoptó una posición más desmarcada de la misma, prestando cierta cuota de apoyo para la gobernabilidad, pero tomando distancia e incluso oponiéndose a algunas destacadas medidas del gobierno blanco (ver nota al pie N° 112).

¹¹¹ Al retorno de la democracia, durante la primera administración de Sanguinetti (donde el PC gobernó no en coalición, sino como partido minoritario durante todo el período), se ensayó por primera y hasta el momento única vez, un tipo de coparticipación en el gobierno que además de la presencia nacionalista incorporó a representantes frenteamplistas en algunos directorios de empresas públicas. Esta experiencia recibió el nombre de “entonación nacional”.

¹¹² El ejemplo más ilustrativo de tal cooperación restringida, lo constituye el referendun de 1992, convocado por iniciativa popular y que por abrumadora mayoría (72%), derogó los puntos más medulares de la denominada “Ley de Empresas Públicas”, impulsada por el gobierno nacionalista. En el marco de la promoción, desde la administración Lacalle, de una serie de reformas de impronta “pro-mercado” (y en consonancia con las políticas neoliberales recetadas para América Latina, desde los organismos internacionales de crédito y aplicadas en varios países de la región), dicha ley (que fue aprobada por el Parlamento por un solo voto de diferencia, tras largas negociaciones) establecía, entre otros aspectos, la privatización parcial de la empresa pública de telecomunicaciones ANTEL. La(s) izquierda(s) en su totalidad, junto al movimiento sindical, se alinearon a favor de la derogación de la norma, mas no fueron los únicos. Dentro del propio PN, existieron grupos que contrariando a su propio gobierno, adhirieron a la causa, mientras que en el PC, fue clave el apoyo de la fracción sanguinetista (el Foro Batllista), entre otros sectores, para que la también conocida como “Ley de Privatizaciones” en gran parte naufragara.

¹¹³ En este sentido, el segundo mandato de Sanguinetti se diferenció del gobierno coalicional de Lacalle, el cual retuvo la mayoría legislativa sólo durante el primer año de administración, quedando en minoría todo el resto del período (Chasqueti 1998).

¹¹⁴ La votación de esta reforma de la Carta Magna, que asumió posiciones divididas tanto al interior de la dirigencia del FA como de los partidos tradicionales, fue tan pareja que fue necesario aguardar a la contabilización de los votos observados para tener certeza del resultado final. La nueva Constitución fue finalmente avalada por el 50,5% de los sufragios, cuando el mínimo requerido para su aprobación era del 50% más 1 voto.

¹¹⁵ “*Llegó la hora de votar juntos*” versaba el slogan del subsistema tradicional en la campaña hacia el balotaje.

¹¹⁶ Jorge Batlle Ibáñez, hijo de Luis Batlle Berres, sobrino nieto de José Batlle y Ordóñez y bisnieto de Lorenzo Batlle accedió a la Primera Magistratura en 1999, tras haberse postulado en las cuatro elecciones anteriores

¹¹⁷ Hijo del extinto co-fundador del FA en 1971, Zelmar Michelini.

¹¹⁸ En este sentido, procurando officiar como “volante”, desde su posición de centro hacia la izquierda, el NE supo prestar apoyos políticos al gobierno bicolor, colaborando desde el Parlamento y a través de sus técnicos e intelectuales, acercándose así también a posturas decididamente de centro o incluso de inclinación más liberal (Lanzaro 2001: 180).

¹¹⁹ La “*catchallización*” del FA, va a la par con su “*tradicionalización*” (Caetano y Rilla 1995; Queirolo 1999; Yaffé 1999), es decir con la construcción de una “*tercera divisa*” (Yaffé 2003), dueña de relatos históricos y tradiciones propios (muy referidos a las experiencias de sangre, cárcel, exilio y resistencia vividas durante los duros años de la dictadura), fuertemente arraigados en el imaginario colectivo de sus adherentes y reproducibles intergeneracionalmente.

¹²⁰ A medida que el FA profundizaba su proceso de “*catchallización*”, consagrando la adhesión de prácticamente toda la izquierda y centro-izquierda del espectro político y llegando a conquistar para 2004, a la mitad de los votantes autodefinidos como de centro, ambos partidos tradicionales fueron corriéndose hacia la derecha y perdiendo en ese trayecto a sus “*alas de centro-izquierda*” (C. Moreira 2004b) (Ver [Gráficos 5 al 8](#) en el apartado Anexo).

¹²¹ Al tiempo que Batlle se convertía en el Presidente más impopular de la historia política uruguaya y el PC se encaminaba a los comicios de la mano de un presidenciable impuesto desde las cúpulas partidarias y exento de todo carisma (el ex Ministro del Interior, Guillermo Stirling); el PN cobraba impulso y comenzaba a capitalizar el grueso del voto tradicional. La competencia interna y el recambio del liderazgo desde Lacalle (principal socio de Batlle en la coalición) hacia el Senador Jorge Larrañaga (quien había disentido con la integración nacionalista en el gabinete y cuyo sector Alianza Nacional, se había opuesto a algunas importantes medidas del gobierno) reverdecieron al partido “*del Cerrito*” hacia 2004.

¹²² En los comicios nacionales de 2009, el FA volvió a triunfar en las urnas, siendo ungido Presidente de la República uno de los dirigentes históricos del MLN – T, José Mujica. En la primera ronda electoral celebrada en el mes de octubre, si bien el FA consagró la mayoría absoluta en ambas cámaras del Parlamento, no logró alcanzar el umbral del 50% más 1 de los votos emitidos necesario para evitar ir a una segunda vuelta en noviembre. Así, la Primera Magistratura fue dirimida en un balotaje que enfrentó al candidato oficialista con el ex Presidente Lacalle, quien a diferencia de lo que ocurriera cinco años antes, esta vez había vencido a su correligionario Larrañaga en las elecciones internas del PN. En la instancia electoral de octubre, el FA obtuvo el 47,96% de los votos emitidos, el PN el 29,07%, el PC el 17,02% y el PI el 2,49%. Estos resultados dibujaron un rompimiento con el esquema bipartidista esbozado en 2004.

¹²³ Gabriel Almond y Sydney Verba (1992: 179). “*La cultura política*”. En “*Diez textos básicos de ciencia política*”. Editorial Ariel, Barcelona.

¹²⁴ Lucian Pye y Sidney Verba (1965). “*Political culture and political development*”, citados en C. Moreira (1997: 38).

¹²⁵ Es válido aclarar que algunos de los estudios de opinión pública que offician de fuente para este trabajo, toman como universo de estudio a uruguayos que, sin haber cumplido 18 años de edad al momento de la medición (personas de 15 años en adelante), sí contarían con dicha edad en el ciclo electoral inmediatamente posterior. En este sentido, la población abordada en tales estudios, corresponde a todos los individuos que estarían en condiciones de votar en los comicios siguientes al momento de realizar la encuesta.

¹²⁶ Gabriel Almond (1990). “*Una disciplina segmentada*”, citado en Carmen Haretche (2004:1).

¹²⁷ Referencia en Equipos MORI (2004). “*Las ideologías pautan el escenario electoral*”.

¹²⁸ Ver [Gráfico 9](#) en el apartado Anexo.

¹²⁹ Ver [Cuadro 3](#) en el apartado Anexo.

¹³⁰ Ver [Gráfico 10](#) en el apartado Anexo.

¹³¹ El análisis de G. Sani y G. Sartori (1983) se nutrió de datos relevados entre mediados y fines del decenio de los setenta, habiendo sido los países abordados: Alemania Federal, Austria, Bélgica, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Italia, Países Bajos, Reino Unido y Suiza.

¹³² La *distancia* entre dos partidos se calcula a partir de la diferencia absoluta del promedio de autoidentificación ideológica de los electores de cada partido, dividida entre el máximo teórico de esa diferencia, lo que en la escala de diez puntos, equivale a 9. El valor de la distancia oscila entre 0 y 1; siendo “0” la mínima distancia posible entre dos partidos y “1” la máxima.

En tanto, la *superposición* se mide en función de una escala de cinco segmentos [(1,2); (3,4); (5,6); (7,8) y (9,10)], a través de la resta de los porcentajes registrados por dos partidos en cada uno de dichos segmentos, dividiendo la suma absoluta de esas restas entre el máximo teórico, que es 200, y restando 1 a esa cifra. El valor de la superposición oscila entre 0 y 1; siendo “0” la mínima superposición posible entre dos partidos y “1” la máxima (G. Sani y G. Sartori 1980, 1983 y 1992, citados en L. E. González 1993:144-145 y F. Freidenberg 2006: 263-264).

¹³³ Ver también Cuadros 4a a 8b en el apartado Anexo.

¹³⁴ Ver Cuadro 7 en el apartado Anexo.

¹³⁵ Cabe señalar que la polarización del sistema de partidos uruguayo en 1985 fue calculada a partir de la distancia ideológica registrada entre el PC y el “ala izquierda” del FA (L. E. González 1993).

¹³⁶ Lamentablemente, los únicos datos de los que se dispone sobre la importancia concedida al sufragio discriminada según la preferencia partidaria de los ciudadanos, se restringen al año 2002. Al no contar con información correspondiente a otros años dentro del período 1985-2005, no es posible analizar ni comparar la evolución que dicha variable ha exhibido a lo largo de los veinte años de estudio.

¹³⁷ Es importante tener en cuenta que, debido al pequeño número de casos de encuestados en la muestra con preferencia partidaria por el PI, las cifras referidas a dicha colectividad política son objeto de una mayor probabilidad de error.

¹³⁸ Lamentablemente, la única medición de la que se dispone sobre la importancia concedida a los partidos en contraposición con los líderes discriminado según la preferencia partidaria de los votantes, se limita al año 1987. Al no contar con datos correspondientes a otros momentos dentro del período 1985-2005, no es posible analizar ni comparar la evolución que dicha variable ha exhibido en las dos décadas que comprende este trabajo.

¹³⁹ Datos de la Corporación Latinobarómetro, citados en I. Zuasnabar (2004), indican que hacia 1995, el 69% de los uruguayos percibía algún grado de proximidad con algún partido político, cifra considerablemente más elevada que el 46% del promedio de América Latina y asimismo, superior al 53% de los ciudadanos españoles que para 1992, según datos del Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid, recogidos por Alfredo Retortillo (1995, “*Los españoles y los partidos políticos*”, citado en I. Zuasnabar 2004), se consideraban cercanos a alguno de sus partidos.

¹⁴⁰ Los pilares del Estado uruguayo moderno se cimentaron a partir del gobierno dictatorial del Coronel Lorenzo Latorre, hacia el último cuarto del siglo XIX, cuando logró consolidarse un Estado central con genuino poder coactivo, capaz de garantizar el derecho a la propiedad privada y de proporcionar el marco jurídico-institucional y las condiciones de orden y seguridad imprescindibles para el desarrollo de formas de producción capitalistas y para el ingreso del país en la economía mundial.

¹⁴¹ La Carta de 1830 había declarado a la religión Católica Apostólica Romana como el credo oficial del Estado y no se había expresado con claridad en relación a la libertad de cultos en el país.

¹⁴² Tras un encendido debate y una ajustada votación, el proyecto fue aprobado en la Cámara de Representantes en noviembre de 2002, estableciendo un antecedente inédito en la historia del país (desde 1985, legisladores de distintos partidos habían impulsado sin éxito iniciativas tendientes a legalizar el aborto voluntario). Sin embargo, la ley naufragó en el Senado, amenaza de veto del entonces Presidente Batlle de por medio.

¹⁴³ En lo concerniente al posicionamiento de los votantes del PN, O. A. Bottinelli (2003) puntualiza que en toda la serie de encuestas efectuadas por Factum desde 1993 en relación al aborto, los simpatizantes nacionalistas son quienes han asumido actitudes más oscilantes. En tal sentido, el politólogo entiende que “...*el votante del PN, está dividido entre estar a favor o en contra del aborto, en este momento* [diciembre de 2002, fecha de realización del trabajo de campo de la encuesta citada] *con leve predominio a favor*”.

¹⁴⁴ La investigación de Factum (2005), identifica cuatro áreas o bloques políticos en la sociedad, tras el ciclo electoral 2004-2005: i) el área de izquierda o voto básico de la izquierda, integrado por aquellos ciudadanos que apoyaron al EP-FA-NM tanto en las elecciones nacionales de 2004 como en las departamentales de 2005; ii) el área o voto básico tradicional, compuesta por aquellos uruguayos que en ambos comicios adhirieron a alguna de las siguientes opciones: PN, PC, PI, Unión Cívica, Partido Intransigente y Partido Liberal, incluyéndose aquí a quienes, entre octubre y mayo, fluctuaron entre un partido y otro dentro de esta misma área; iii) el área volátil, constituida por los electores que votaron dentro de un bloque en las elecciones nacionales y dentro de otro en las departamentales, o que respaldaron a un bloque en octubre y pasaron a la abstención en mayo y; iv) el área refractaria, integrada por el conjunto de votos en blanco, anulados y los volcados al Partido de los Trabajadores.

Tal como lo aclaran los propios investigadores de Factum, el área tradicional está ampliamente dominada por el voto al PN y al PC (E. Bottinelli 2005). Los partidos Liberal e Intransigente, son dos formaciones políticas de creación muy reciente (fundados respectivamente en 2002 y 2004) y electoralmente minúsculas, que debutaron en las urnas en el ciclo electoral 2004-2005. Si bien para la presente monografía, no se ha tenido acceso a estudios que den cuenta del posicionamiento de los votantes de estos lemas en el eje izquierda-derecha, resulta claro que sus élites dirigentes, y en el caso del Partido Liberal, los postulados que sostienen, se asientan a la derecha del EP-FA-NM. De hecho, en las elecciones de 2009, el Partido Intransigente –al igual que otro pequeño partido: la Unión Cívica-, pasó a integrar las filas del PN. El Partido Liberal, por su parte, decidió no presentarse a los comicios.

Por otro lado, el Partido de los Trabajadores al que la investigación de Factum incluye en el área refractaria, es un diminuto partido de extrema izquierda, que no integra el FA, y cuyo máximo caudal electoral alcanzado ha sido del orden del 0,03% del total de votos emitidos (en las elecciones nacionales de 1984, año de su creación).

¹⁴⁵ Ese 9,7% de votantes, se compone de un 7,3% correspondiente al área volátil y de un 2,4% del área refractaria (ver nota al pie N° 144).

¹⁴⁶

Hacia el balotaje de noviembre de 2009, que enfrentó a Mujica y a Lacalle, el presidenciable del PC, Juan Pedro Bordaberry (hijo de Juan María Bordaberry), hizo público su apoyo personal al candidato nacionalista. Igual actitud manifestaron los principales dirigentes colorados, aunque a diferencia de lo acontecido en la segunda vuelta electoral de 1999, no existió la firma de un acuerdo del tipo del “compromiso programático” entre ambos partidos tradicionales.